
3 1761 09546717 1

# LAS HADAS.

## LEYENDA ORIGINAL AL ESTILO DE LOS ORIENTALES,

POR

DON JUAN P. DE GUZMAN.



EDITOR, DORREGARAY.



MADRID: 1864.

EN LA IMPRENTA DE TOMÁS REY.
Calle del Limon, 1.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JOAQUIN F. PACHECO.

Señor: ofrecí á V. dedicarle la primera de mis obras, y áun le indiqué el libro de LAS HADAS. Recíbalo como prueba de la gratitud que le debo.

JUAN P. DE GUZMAN.

# LAS HADAS.

## PRIMERA PARTE.

# NOWARA Y CÁMAR.

# INTRODUCCION.

---

Esta es la historia de las Hadas. La inspiraron huríes de garzos ojos, y con mortal idioma la refiere el rawí de las montañas; sin embargo, su esencia mana dulzuras, porque está impregnada de aromas del Paraíso.

Leedla, jóvenes amantes de corazon sencillo; leedla, y tomad enseñanza: que si en sus páginas brillan leyendas de placer y deleite, son placeres del alma, que la elevan sobre las esferas materiales, son deleites del espíritu y sueños de inmortalidad.

*En este libro se encuentra la verdad y la luz;* [1] y, no obstante, no está sacado de ninguna otra leyenda, sino de las fuentes del corazon, de donde procede todo noble sentimiento.

[1] Véanse las notas y el apéndice al final de la Segunda Parte.

Leedle; y si en vosotras, hechiceras hijas del amor, si en vosotras encuentra simpatías, hasta arrancar á vuestros labios la generosa sonrisa de la indulgencia, el poeta os quedará agradecido, y se extenderá su alma en vibraciones de nuevas armonías.

Dios le abra los senderos de su verdad!

---

# I.

## Soles y lunas.

Córdoba es grande: su magnificencia compite con Bagdad y con Damasco y con Basora. El ángel de la felicidad cernió sobre ella sus alas generosas, y el dedo del Señor la marcó para delicias.

Grande es tambien su califa Abderrahman: la ciencia iluminó su mente, y el amor llenó de nobles sentimientos su corazon magnánimo. Siguió el camino del bien, y ay! no camina en tinieblas el que sigue sus huellas.

Ha dicho el Profeta (Dios le bendiga!): «Los justos vivirán »una morada de paz; los jardines y las fuentes serán su patrimo- »nio; estarán vestidos de púrpura y oro, y conversarán entre sí »con benevolencia; y las huríes, de alabastrino seno, serán sus »esposas.» Y escrito está que las promesas de Dios son infalibles.

Por eso Abderrahman es grande, y la felicidad le ciñe en torno con su aureola de gloria inmarcesible. Quiso á Zahrá, y fundó para placeres la ciudad de *la flor* (Medina Az-zahrá), y este palacio admira, áun más que por sus maravillas, que son tantas, por la luz que de ella emana, la luz esplendorosa de un Eden.

Amor es el ambiente que allí se respira, y de allí brotan las armonías melancólicas de los poetas de Occidente entre los sonoros ritmos de aquellos que vinieron del Irak y del Yémen, y se inspiraron en las riberas del Guadalquivir, impregnadas de azahar, mas de calladas ondas.

Frecuentes eran las reuniones de los sabios en Az-zahrá; y el amor á las letras que radiaba desde el trono se esparcia en rayos

de vivas llamas desde los alcázares reales hasta el humilde aduar de los pastores; y se extendió hasta las mujeres, compitiendo en aquel tiempo las poetisas del Harém con los cantores libres del Imperio, que legaron su nombre á la inmortalidad.

Mas ¿qué grande sarao se prepara hoy, magnífico y extraordinario? Las más ricas colgaduras, que Damasco tejió de ricas sedas, encubren las caladas paredes del palacio; y, como lechos de césped, se extienden sobre el blanco mármol del pavimento las alfombras venidas de Ispahan y de la Persia. Perfumes de almizcle y cristalinas gomas exhalan de argentinos pebeteros densos vellones de aromado ambiente, y de las fuentes de granito, primor de delicados artífices, saltan en mil caprichosos juegos copiosos surtidores de agua de rosa y de esencia de azahar.

Bellezas mil de negros ojos animan aquel Eden al fuego de sus miradas y al iris de sus sonrisas, y allí las galantean los más gentiles mancebos del África y del Asia, y los nuevos retoños que produjo Al-Ándalus.

El amor se halla ennoblecido con la ciencia, y alternan con la raza de los valientes, ilustre pléyade de sabios; y están allí confundidos, bajo el resplandor de la luz, los que bebieron la vida en Córdoba y Sevilla, los hijos de Játiva y Toledo, y los de Elbira y Murcia, entre aquellos que, por aspirar la atmósfera de su grandeza, reflejada en el Amir de Az-zahrá, llegaron del Egipto y de la Siria, ó abandonaron las riberas del Tigris por espaciar sus almas conmovidas en las lozanas márgenes del Guadalquivir.

La luz sale á torrentes en fantásticas combinaciones, y de los aéreos techos penden entrelazadas las sartas de flores de los campos de Córdoba y de Cabra con los hilos de gruesas perlas de Bahrein; y no hay corazon que no palpite con las acordadas melodías del oriental laúd pulsado por Zirjab, y con los preparativos majestuosos de la espléndida fiesta.

Bajo el dosel del trono, á la derecha del Amir poderoso, muellemente recostado sobre un divan del color de la púrpura de Tiro, hay un noble personaje; y tales distinciones recibe del príncipe de los creyentes, el califa venturoso y magnífico, que en él se fijan todas las miradas; y se susurra que á él se dedican los festines.

Nada es más hermoso que la vivacidad y expresion de sus chispeantes ojos, parecidos á estrellas en la oscuridad; nada más hermoso que la blancura de su larga barba que descansa sobre el pecho de respiracion templada: por lo demas, aunque sus trajes son ricos, cási regios, su modesta elegancia les dan un viso de sublime sencillez.

La fama le alababa por inmortal poeta, y era su nombre, que llenaba el mundo del Sur al Septentrion, Abú Ismaîl al Casim (Dios le bendiga), que nació en Bagdad en buena luna, dando á la ciudad con su nacimiento atmósfera de gloria; y ahora venía á trasladar su morada á Elbira, porque enamoráronle sus nevadas crestas, y el manto de esmeralda de su extendida y floreciente vega.

Luégo que los laúdes callaron, el espléndido, el bendecido de Dios Abderrahman rompió el silencio leyendo la balada de *La Palmera,* que escribió el primero de su nombre, el primero tambien en el Amirato independiente de los Benû-Omeyyas, y que recordaba con melancólico estro la cuna de su tribu: [1] y cuando hubo concluido, y despues del general aplauso, Ismaîl improvisó esta estrofa delicada:

Si fuere sangre de reyes —la que corre por mis venas,
Más brillante que la tuya —te ciñera otra diadema.
De laurel fuera y no de oro;—que esa es la del poeta.

El entusiasmo llegó al frenesí, y el Amir generoso, rimando, contestóle al coronarle de encina y hojas de laurel con ramos de oro:

Tu poesía en mi palacio—derrama dulces esencias:
Esplendor del Paraíso —son los versos en tu lengua.

Despues los poetas del Andalus siguieron la justa comenzada: y allí cantóse *La Palidez de las Estrellas*, *El Misterio de los Ecos*, y á *La Flor del Azahar*, y á *La del Granado,* y otras muchas cosas más. Qué objeto no han cantado los poetas? Zaidun hizo reir con su *Epístola satírica;* Harisi y Algazalí admiraron por su elocuencia; Mohammad ebn Chobair, de Játiva, y Abdelláh ebn Xabin, de Guadix, distrajeron con la narracion de sus

viajes por Oriente; Osyuthi recitó poemas heróicos y anteislámicos, y despues su poema delicioso de *Los Amores de las nubes y los prados,* (2) que se ha celebrado con elogio, y que dice:

Llega la próvida nube —sobre los prados y selvas,
Que mustios se lamentaban,—llenos de angustia, en su ausencia;
Llega la próvida nube, —y se aproxima, y los besa,
Y llorando con ternura —se deshace en lluvia tierna;
Y los prados se sonrien —de júbilo, por la vuelta
De su amada cariñosa —que fecundados los deja.

Abdelberr refirió en anécdotas graciosas los hechos más gloriosos de los ilustres progenitores del espléndido Abderrahman; y, por último, Ebn Alfaradhi contestó, á la casida que leyó la esclava Leila, con estos versos de embriagador perfume:

El resplandor de la aurora—apareció por el soto:
Y se alegraron las flores —y cantaron los arroyos:
¿Será Leila que los velos —ha apartado de su rostro?

Juzgad de los aplausos: todas fueron lenguas de benevolencia. Y ciertamente lo merecian, porque jamas se dijeron conceptos tan delicados.

La noche mediaba, y terminábase la fiesta en un opíparo banquete de manjares escogidos, carnero y espuma de leche, frutas y dulces, arrope y alhajú; cuando hé aquí que un heraldo de la guardia esclavona anuncia la llegada de dos jóvenes apuestos, llegados del Yémen, de la dinastía real de los Benu Himyar, que habian construido en su residencia de Sanaâ el alcázar de Gomdan, de cuatro colores, tenido por maravilla del arte y fábrica de los genios. (3)

Á la presencia de Cámil y Tharif, que así se nombraban los dos garridos donceles, suspenso quedó el concurso: pero los hombres experimentaron una impresion que en el momento no pudieron explicar, y las bellas sintieron latidos de atraccion, con emocion visible que reflejóse en sus rostros virginales.

Entre estas bellas, Nowara y Cámar, hijas de Ómar As-saig, resplandecian con más seduccion por su hermosura; mas siempre habian sembrado desdenes entre sus infinitos rondadores, y jamas

sufrieron la tibia melancolía del amor en sus corazones endurecidos por el orgullo. Sus mejillas áun permanecian ligeramente sonrosadas por el carmin de la virginidad; ningun pesar profundo las habia hecho palidecer; y como por desdeñosas dominaban, tampoco se habian enrojecido vez alguna por el casto rubor de la impresion primera, que engendra la simpatía, primer rayo del amor.

Eran semejantes á las camelias africanas: brillan hermosas, como las más lindas entre las flores, con aspecto arrebatador; pero, al llegarlas al olfato, no dejan en él aroma alguno lisonjero, y en esto las aventaja la modesta violeta de los valles. Porque una mujer sin amor, ya lo sabeis, es una camelia sin perfume; no tiene alma.

Pedida la vénia, cada uno de los dos jóvenes yemeníes leyó un brillante poema: el uno sobre *el valor y los héroes*, y el otro sobre *el laurel de la gloria;* despues danzaron en la zambra, en donde lucieron su agilidad, como su elocuencia en las poesías: luégo cantaron tiernas baladas orientales, y distrajeron por último el humor de los eruditos y de los sabios con ingeniosos enigmas de difícil interpretacion.

Abderrahman se mostró tan honrado y complacido, que mandó alojarlos en su alcázar grande de Córdoba, adonde fueron trasladados en palanquines; y señalóles por aposento el nombrado *Almochaddad Arraudha*, junto á los verjeles. Las hermosas les admiraban atribuladas; los jóvenes les tuvieron desde luégo por rivales; y alguno que pasaba por altamente sabio, sintió envidia miserable al ver tan elegante desenvoltura.

Nowara y Cámar palidecieron por la vez primera.

---

# II.

## No espanta el eco de una tumba?

Los Benu-Omeyya de Córdoba habian levantado la cultura arábiga en España á una altura que hacía sombra con sus escuelas de Córdoba, Sevilla, Valencia, Málaga y Almería, y mil otras á las que desde Oriente alcanzaban nombre universal en Egipto y en Siria, en Irak y en Persia.

Si como protectores de las letras y de las ciencias, Saîfeddáula, Adheddaula y Cassar forman en Oriente una trinidad deslumbradora, su brillo se oscurecerá ante los califas de Occidente Al-Hácam II, Hixem II y el ministro de este último Almanzor. Pero quién dió el impulso? El magnífico Abderrahman. ¡Brille su nombre eternamente con caracteres de gloria, esculpidos sobre diamantes!

Desde la fundacion del Califato, Córdoba tiene una historia brillante; pero, Moâwia, el primero de los Benu-Omeyya, ¿no fué ya un excelente poeta? ¿qué mucho que sus hijos heredasen los rayos de su inspiracion? Dios conoce á los que siguen la luz, y les abre anchas sendas.

Abderrahman I, miéntras se ciñe la corona de los reyes que le ofrece un pueblo entusiasmado, y miéntras alza en Córdoba mezquitas al Dios Único, canta melancólicos versos, suspiros que envia á su suelo natal con el rumor de las palmeras mecidas por las brisas de Occidente; luégo Abderrahman III canta su poder y sus palacios, y más tarde las cuerdas de la cítara, conmovidas por las egregias manos de Hixem y Al-Hácam, vibrarán nuevas armonías

para expresar los sentimientos de sus corazones. El espíritu del saber, pues, iluminó todo el Califato con el fuego de inspiracion y la atmósfera de gloria que se reflejó en su cuna desde el desierto. De esta manera, desde luégo fué feliz y privilegiado.

El ejemplo real fecundó en el Andalus la semilla de los sabios: por otra parte, de los remotos países del Oriente, todos los que sentian en sus pechos el placer de los combates y sus fatigas, y los de corazon afeminado, avaros del deleite y de la molicie, unos y otros encontraban en España campo extenso donde gozarse en sus delicias. Para los unos era ocasion favorable el continuo movimiento de los nazarenos libres de Leon y Navarra, cuyo poder aumentaba de dia en dia amenazando disipar el Islam en la Península; para los otros ofrecia dones sin número una naturaleza fecunda y espontánea, engalanada con el maravilloso espectáculo de un paisaje tan vario y de una vejetacion tan rica y tan amena.

El Andalus era, pues, el nido adonde se acogian las aves perdidas en las lejanas comarcas que baña el golfo Pérsico y las inmobles aguas del Mar Muerto. Así vinieron los dos guerreros de la dinastía real de los Benu-Himyar, Cámil y Tharif.

La sangre les hizo hermanos, y hermanos eran tambien por sus caracteres y sus sentimientos, y su virilidad y su hermosura. Cuando abandonaron los pintorescos campos de la patria para buscar caballerescas aventuras y conquistar ilustre fama, juráronse mutuamente sobre los pomos de sus alfanjes, que templaron las fraguas de Damasco, tener siempre una voluntad unánime, y no ceder jamas á los encantos del amor, que afeminan los sentidos y debilitan el valor.

Así juró Cámil:

—Juro por el soplo de los embravecidos vientos;

juro por las nubes que traen las lluvias;

juro por los vientos que mueven las olas;

juro por los ángeles que ejecutan la voluntad de Dios, que serán cumplidas las promesas que ahora hago; que el honor será mi guia, y que jamas cederé al amor de las mujeres.

—Y yo lo juro, respondió Tharif, por la montaña;

lo juro por el libro santo escrito sobre el pergamino;

lo juro por el templo visitado y por su sublime techumbre;

lo juro por la venganza celeste, que caiga sobre mi frente á no cumplirla.

Despues ayunaron todo un mes, el mes sagrado de Rámadham; dieron siete vueltas á la Kaâba; Al-áisar, el alfaquí, les bendijo, é hicieron rumbo á la córte de los Omeyyas, que ya gozaban nombre universal.

*En-nar, En-nar, gualá el-âar!* era su grito de batalla: «¡El fuego, el fuego, y no la deshonra!» Y la victoria les coronó siempre con felices laureles; mas su caballerosidad quedó proverbial hasta entre los vencidos y los esclavos. Y hubo vez en que, al morir un enemigo traspasado por el acero de Tharif, se creyó dichoso y á Dios imprecó por él en su última oracion en brazos ya de la muerte.

Otra vez, Cámil estaba en el zoco del Cairo. Mohammad el Bekrí, de la honrosa tribu de este nombre, era ultrajado por Atik, de baja estirpe, que, habiéndose hecho rico con el tráfico de las caravanas, tomó con pobre orgullo los humos de caballero, aunque sólo en su parte más defectuosa; porque el tizon siempre tizna, y el que tuvo mala simiente, mala tendrá la raíz y malo el fruto.

Y era el objeto de pendencia tan desigual, el amor de Botseina, la gacela que, repudiándole temerosa del tigre mal nacido, radiaba con el brillo del amor más fino por el gentil caballero de noble cuna y antigua raza de valientes.

Mas sucedióle á Mohammad que, aparejado para dulces galanteos, habia olvidado su yathagan y su alfanje. Fuego echaban sus ojos, y rugia como leon cogido en lazo por pérfidos cazadores. Cuando la cólera estalló con más furor en su pecho y enronqueció su garganta, entónces dijo:

—Si fueras hijo de nobles padres, buscado me hubieras con mis armas, que dan la muerte; pero fuiste miserable en tu cuna, y miserable serás hasta la sétima generacion.

Desgraciado el que no cree la hora de la venganza! Atik la olvidó, porque soñó con la muerte de su contrario, y los insultos iban acompañados con la sonrisa infame del cobarde triunfo. ¡Dios confunda á los malvados! Pero ay! Él vela por los buenos; para

ellos creó gratas palmeras de agradable sombra y opimo fruto, junto á refrescantes fuentes, en medio de las venenosas arenas que el Semum arrastra, é islas de feliz descanso en el desierto inmenso de los mares.

Brilla el puñal en las manos de Atik; y al sacudir el golpe horrendo que llevará la muerte, su brazo se halla detenido por una fuerza superior. Torna su vista al lado por donde sufre la resistencia que le sujeta, y sus ojos, iracundos con la rabia del encono frustrado, encuentran la mirada tranquila de un guerrero generoso.

Era Cámil, quien, arrancándole el puñal amenazante con su diestra, gritaba á Mohammad:

—Muera el escorpion por su misma picadura: esta es la muerte de los miserables.

Atik fué traspasado con agudísimos dolores.

Mas al reconocerse los jóvenes ilustres, recordaron rencores antiguos de familia, rencores indestructibles; y Cámil, no pudiendo perdonarle, dijo á Mohammad maravillado:

—Toma la espada de tu agresor ya exánime, y lucharás conmigo; y ay! que te daré la muerte. Sin embargo, si no quieres batirte porque tienes espantos, corre á ocultarte en la sombra, donde yo lo ignore. Yo te dejaré avanzar mil pasos; pero ¡ay de tí si te alcanzo! Mi abuelo mató á tu abuelo, mi padre mató á tu padre, y yo seré el exterminador de tu familia, y la hundiré en olvido eterno.

Mohammad era valiente; mas su corazon generoso y agradecido, que éstos son caracteres de los buenos, por otra parte dábale temores tener que perder las caricias de Botseina, la gacela de quien soñaba deleites, igual á la cual en hermosura no soñó ni hurí del Paraíso. Como que tenía ojos azules! Así, Mohammad corrió mil pasos; Cámil, no obstante, le aventajaba en la carrera, y ya se le aproximaba: entónces, el mancebo perseguido se acogió en los hogares del contrario, y Cámil le dió hospitalidad. ¡Es la ley! Y cuando Cámil oyó de sus labios la causa de sus recelos, tendiéndole la mano, que habia tocado el corazon, olvidó sus enemistades y le perdonó para siempre.

Una voz, sin embargo, zumbaba en sus oidos, y brotaba de las tumbas.

Cómo espanta su eco pavoroso!

Era la voz de sus abuelos; porque, ya sabeis, en el desierto los odios son eternos, y se extienden hasta más allá de la vida humana.

Pero Cámil ¿no habia tocado con su mano el corazon? ¿Hay un juramento más firme? Sagrado es para Dios mismo.

El eco de las tumbas continuaba pertinaz en sus oidos; y no teniendo ánimo para escuchar sus reconvenciones, con Tharif abandonó el Oriente, y vino á la córte de Abderrahman, glorioso del Sur al Septentrion.

---

# III.

## Juegos y fiestas.

Qué grato es el dia despues de los festines! El alma se dilata en los recuerdos, y entónces son dulces hasta aquellos accidentes que pasaron para nosotros desapercibidos.

La luz todo lo inunda de alegría, pero la mujer todo lo inunda de amor. Despues de la zambra se traducen y comentan sus miradas indiscretas y hasta las indiferentes, y sus inocentes sonrisas de placer. Cuidad no descuidaros; el favor más sencillo os compromete: que no asome á vuestro rostro ningun sentimiento que lata en vuestro ánimo, porque, al denunciaros, os vende.

Fingid, y siga la farsa: de este modo amareis al que en el fondo de vuestro corazon no amais, y el amado ignorará vuestros favores por desdicha. Acaso ¿no teneis corazon y voluntad libre para ceder á sus impulsos? No; porque os encadena la virtud del pudor. Pobres mujeres! Pero ah virtud seductora! tú las das mayor valor.

Nowara y Cámar palidecieron á la vista de Cámil y Tharif. ¿Me quereis explicar esa emocion terrible que en amor se llama primera simpatía; que roba las rosas de las mejillas; que se entromete en la profundidad de nuestro pensamiento; que nos eleva en sueños de dulzura incomparable; que imprime, en fin, un rastro melancólico en nuestra mirada y una vaguedad constante en nuestro espíritu?

Al sol siguiente, todo un pueblo entretenia sus ocios ó distraia sus trabajos con la curiosa relacion del gran sarao. Y ¡cosa singu-

lar! el nombre de Abú Ismaîl el Cásim no resonaba en labio placentero; porque la atencion se fijaba en el último accidente que dejó impresion más extraordinaria.

Los viejos en todo Córdoba repetian con admiracion los nombres de los hermanos venidos del Yémen; con emulacion visible los jóvenes ponderaban su arrogancia; las discretas elogiaban sus encantos con sencillez; las de alma vulgar, atizadas por la envidia, aunaban siempre á su recuerdo el de la palidez de las dos hermosas doncellas de ánimo altanero en otras veces, encubriendo ahora la noticia, para darla más interes, con cierto velo de misterio que ellas mismas estaban deseosas de descorrer.

En el palacio de Abderrahman, sin embargo, lejano de esas mezquinas pasiones; en la ciudad de *la flor*, avara solamente de la gloria, no resonaban con propicio ambiente otros nombres que los de Cámil y Tharif, y esta voz recorria los salones del califa, las oficinas de sus ministros, el alhemí de la sultana y el harém de las queridas; y otro que tal acontecia en el Alcázar grande de Córdoba, desde el salon de *Alcamel* al de *Assorur*, y desde el *Arraxia* al *Almobarik*.

Y con esto, de tal manera creyóse desairado el poeta de Bagdad, Al Cásim, que hacía silencioso su despedida del palacio del esplendor, palenque de sus laureles conquistados, miéntras que en él se preparaban nuevos festejos con que obsequiar á los dos jóvenes huéspedes.

Ellos dos solos fueron los que le acompañaron hasta las próximas cumbres; y cuando le hubieron perdido de vista, entónces, alzando los ojos al cielo, rogaron á Dios por su ventura.

Luégo, al volver, tocado el desengaño en la soledad de El Cásim, convinieron en apresurar su salida de la córte y buscar en Toledo las tribus originarias de las fértiles llanuras del Yémen. Pero Abderrahman sorprendió sus proyectos y dificultó sus planes, y les dijo:

—Si os quedais en mi córte, la dareis el esplendor y la claridad. Yo he llenado de pingües beneficios al poeta Yúsuf ebn Ammar y al historiador Áhmad ebn Saâd.

»El poeta Calafat y el erudito Kabur fueron tambien objeto de

mis predilecciones, y por mi munificencia para con ellos obtuve gratas lisonjas de Al-Mocni y de Al-Mothi, de donde procedió el sobrenombre de *Magníficô* con que se me distingue.

»Yo os colmaré tambien de favores, y vosotros me dareis los resplandores de vuestra gloria.

—Nos basta el favor del cielo, Cámil le contestó; Dios y el Profeta nos llenarán de beneficios, porque no deseamos más que al Señor.

»Por otra parte, recien venidos como estamos del Oriente, áun bien se nos recuerda la desgracia de los Barmakidas, [4] en pasados tiempos, para temer los favores de los reyes.

»Y no creas! tambien circula sangre real por nuestras venas.

—Pero Haron honró al sublime Abul Hásan.

—Su brillo se eclipsa con la traicion hecha á Chaâfar.

»Tú mismo has dejado partir en el silencio y la oscuridad al poeta cuya frente ornaste anoche de encina y de laurel.

»Sin embargo, la gracia con que hoy nos honra el Amir de los fieles, pensando en nosotros, es bastante á darnos el contento; y por la fuente del sagrado Zemzem te juramos, que Córdoba nos tendrá por doce soles.»

La noticia se extendió por el Imperio todo: Córdoba resonó con el estrépito de nuevas fiestas, y de las más distantes comarcas vinieron á gozarlas las más bellas damas que el Amirato entero poseia y los donceles más gentiles. Y cuando al sexto dia se preparó el torneo en que los jóvenes guerreros, Cámil y Tharif, sostendrian el palenque con los soldados venidos de los montes toleitanos, de azul marlota y turbante blanco como la nieve, Córdoba se vió henchida con los paladines más famosos de Sevilla y Niebla, de Jerez y Algeciras, de Jaen y Lisboa, oriundos de los conquistadores salidos del Hems y de la Palestina, de la Persia y del Kinnesvin, y del Egipto y de Damasco. De manera que la córte de Abderrahman reunió en su seno en aquel dia, con bendicion del cielo, todo lo más grande en valor y en hermosura que el sol iluminaba en su rotacion universal.

Ómar As-saig dirige la taifa de los cordobeses de alfanjes y de abuelos damasquinos; Ómar, el padre de Nowara y Cámar.

Su veste de púrpura, flotante con graciosos pliegues, brillaba con los pulidos adornos de las manos torneadas y primorosas de las vírgenes; mas su rostro estaba pálido con la palidez de las doncellas, porque infundióle temores. Tal es el amor paternal: bendito sea!

En lid donde habia entrado el vigoroso anciano, siempre salió triunfador; su espada alzada en el combate, resplandecia con el fulgor siniestro del rayo desprendido; su lanza blandida en el torneo, dejó sin jinete siempre al mejor caballo del contrario.

Con latidos de temor por esta causa palpitaron algunos jóvenes corazones á quienes interesaba con viva simpatía la suerte airosa de los hermanos yemeníes; recelos hubo hasta en el seno de las hijas de Ómar. Ellos solos, con temerario arrojo, mostraban indiferencia.

Cuando Abderrahman ocupó el trono preparado bajo el solio de rayos de oro, un general aplauso resonó en la plaza; y los gritos de alegría, el eco de la animacion y del bullicio superabundaba hasta ahogar los acordes armoniosos de las músicas.

Zahrá, *la flor*, le acompañaba; hermosa estaba entre sus doncellas como la luna entre los demas astros, como la rosa entre las demas flores; y cuidad que con ellas vinieron Fáthima y Oneiza, cuya belleza era proverbial.

Si en el número extraordinario de jóvenes hermosuras que allí asistia, habia algunas con quienes comparar á la sultana favorecida, la vista luégo se fijaba en las hijas de Ómar, Nowara y Cámar; y, no obstante, aquella vez las azucenas habian ocupado el lugar de las rosas, bajo las ojeras amarillas; y por un instinto malicioso, los ojos que en ellas reposaban volaban luégo al lugar de Cámil y Tharif, cuya mirada general é indiferente era causa de dudas, y en algunas de placer. Esta es la envidia!

Qué lid tan espantosa! Allí cejaron los valientes ante los valientes; y á los piés de Cámil y Tharif depusieron sus laureles conquistados los héroes de los combates en los campos de Elbira y Zaragoza.

Á los yemeníes, en tanto, ni la multitud los cansa, ni el cansancio encuentra en ellos vencimiento. ¿De qué sirvió ejército tan

formidable? Estrecha pareció la senda para la precipitada huida.

Mas Ómar les queda, y Ómar es temible como una tempestad sobre las olas.

Á Ómar acompaña Saffar, su hijo querido, mozo de soberano brio: cuatro son los valientes en la lid! Dios los proteja.

Pero quiénes han de llevar las palmas de la victoria? porque esa es la suerte de los combates. Ay de los vencidos! Sus nombres se escuchan con desden.

No hay corazon que no palpite, y el poeta conmovido quisiera suprimir estos detalles. ¡Cuatro son los valientes en la lid, y todos buenos! quiénes vencerán?

Relámpagos chispeantes parecen los fieros brutos del desierto al rasgar sus ijares los acicates diamantinos. ¡Tal era la carrera impetuosa!

Desbordad dos torrentes, que se encuentren. ¡Qué horrendo será el choque! Como las olas del mar, unas contra otras al estrellarse, se desharán sus masas compactas en menudas chispas, que absorbe la inmensidad.

Nube densa de polvo cubre la lucha de tenebroso velo: tal, en las entrañas de una roca impenetrable á nuestra vista, hierve y se fermenta la ardiente lava del volcan que estalla. Rodead de misterio el resultado apetecido con anhelo, y el corazon impaciente desesperará. Así la ansiedad se pinta en los ánimos fatigados.

Despues un grito terrible anuncia la novedad. Dos caballos desbocados se desprenden de aquella informe masa de arenas levantadas, pero los jinetes vencidos yacen en tierra. Quiénes son? Hélos ahí.

Eran Tharif y Saffar: ninguno fué del otro triunfador.

Sólo Ómar y Cámil tuvieron pujanza para resistir mutuamente sus ataques vigorosos; mas vueltos á la lid, y vueltos á encontrarse, la lanza de Cámil hizo saltar del arzon de su alazan al anciano de Damasco, entre la algazara horrenda de encontrados y múltiples sentimientos.

Y dicen, los que todo lo estudiaron con minuciosidad, que los ojos de Nowara y Cámar brillaron con una chispa de placer en ver la suerte del combate, y victorioso al guerrero feliz.

El poeta no se atreve á confirmar esto. Pues qué! ¿no sería un abierto desacato al cariño paternal, que por nosotros se sacrifica? Acaso fueran rumores de la murmuracion, que no respeta nada.

Durante el banquete de mil divanes, muchos poetas cantaron maravillas, y Cámil improvisó.

Hé aquí su casida perfumada:

¿Quién más feliz que el califa—que en el Andalus gobierna?
Estos campos, por ventura, —nuestros campos no semejan?
La suavidad de este clima —y del aire la pureza
Á los de Siria aventajan —y los de Siria remedan;
El Yémen no tiene suelo —de más feraces cosechas;
Y en sus aromas y flores —más que la India se eleva.
Al Hecház mancilla causan —los productos de su tierra;
Sus metales al Catay; —y hasta al Aden sus riberas.
¿Quién más feliz que el califa—que en el Andalus gobierna?

Y el califa contestóle con galantería: esta es la esencia de sus palabras:

Dones mil me ha dado el cielo; —pero de tan altos dones,
Ninguno tan grande ha sido —como el tenerte en mi córte.
Mane tu lengua dulzuras, —fragancias tu labio brote,
Y á tus piés verás rendido —al señor de los señores.
Mas si de Zahrá te ausentas, —aunque tu ausencia me enoje,
Llevadse consigo, amados, —el recuerdo de mi nombre.
Que por mi diadema os juro, —y Dios mis palabras oye,
Que el vuestro, oh amigos! nunca—de mi memoria se borre.

Luégo, pedida la conveniente vénia, Mubarec ebn Meruan, el historiador florido de Muza ebn Nozeîr, pasó á recitar la historia de los Benu Himyar, de cuyo real trono fueron último vástago Cámil y Tharif.

Una cosa se advirtió en el entretanto, aunque para muchos pasó desapercibida; y era que, aunque Ómar As-saig estaba allí, Nowara y Cámar habian partido con Saffar. ¿Qué diria de esto la murmuracion?

# IV.

## Los Benu-Himyar.

Y era verdad lo que la oficiosidad contaba y sorprendia; sin embargo, ¿por qué si es tan grato al espíritu, por qué si es una necesidad de la vida y un alimento del corazon, el amor le llena de esa profunda melancolía que respiran las sombras crepusculares de la tarde?

Nowara y Cámar, aquellas bellezas de grato sonreir, que burlaron con locas alegrías los sueños más castos del amor, ahora desfallecen en sus llamas; le rumian en su silencioso retiro con ilusiones de futura gloria; le sueñan despiertas con pueril devaneo en sus insomnios de la noche, y se desvelan; fijo lo tienen entre el ruido bullidor de la zambra, y fijo en sus pasos intranquilos por los bosques y por los prados.

Cada eco las murmura sus afectos; cada luz se los abrillanta; cada flor se los exalta; y de esta manera viven de ellos las doncellas regaladas, y ellos toman incremento á su soplo vivificador, y las tiranizan, dominándolas.

Y qué hermosas son! miradlas: qué dulces ojos! ellos respiran placer; sus talles, qué garridos! como las palmas; sus acentos, argentinos, pero suaves. Tienen atractivos celestiales, y enamoran. Feliz quien las bebiere una mirada apasionada!

Cuando volvieron de la fiesta, Nowara dijo á su hermana:

—Oh! si Cámil me poseyera, un manto eterno me cubriera de esplendor, y yo le coronaria de flores brillantes.

Y Cámar contestó:

—Feliz fuera yo con la sonrisa de Tharif; para él guardaré mis dulzuras y conservaré las flores. ¡Ay del esclavo que toque las rosas que para su lecho destino! porque es preciso gozar de dichas inmortales.

Despues observaron su soledad, y lloraron.

Luégo buscaron los jardines y las sombras. Las palmeras las cobijaban; el rocío á su pesar humedecia sus sienes, y la noche avanzaba; pero ellas, absorbidas en su meditacion, no echaron de ménos su divan.

De pronto, sordo rumor interrumpió el silencio de la soledad y de la noche: asemejaba al ruido acompasado que al andar producen las espuelas aceradas. Dos corazones palpitaban con sorpresa, mas de placer; dos pensamientos se alzaron con ilusiones quiméricas de amor.

Unos labios pronunciaban arrobados:

—Ah! ven y te daré dulzuras, y te abriré mi corazon.

Otros, no ménos locos, exclamaban en el delirio del éxtasis:

—Sí; cúbreme de besos y dormiré á su arrullo; y el genio del amor nos cubrirá con nubes sonrosadas.

Y cuatro ojos, que el amor enloquecia, buscaban por la profundidad de la calle de entrelazados álamos los objetos que ilusos imaginaban.

Un viejo de blanca barba y cuerpo áun erguido, cubierto con la roja marlota de las fiestas, al pasar junto á ellas, interrumpiendo sus devaneos, apercibióse perspicaz de sus latidos, y las dijo:

—Hijas mias (era Ómar): esperais mi vuelta con recelos, y vuestras frentes están empapando las gotas húmedas de la noche. Venid á vuestro aposento y os contaré maravillas; que, aunque hoy he sido derribado por la vez primera de mi vida, hasta es honor recibir los reveses de tan buenos caballeros.

Qué extrañas palabras acaban de escuchar? La ilusion es rápida y sonrosa sus imágenes. Para el enamorado todo es motivo de grata interpretacion.

Estaba derramada una noche profunda sobre la haz de la tierra: la atmósfera era húmeda, y el ambiente fatigoso. Más ¿qué importaba la humedad ni las sombras?

La ansiedad espera mal, pero el mandato de Ómar es irresistible.

Ómar refirió á sus hijas, impacientes por el término, toda la historia de los ilustres abuelos de su vencedor, conforme la escuchó de los labios de Mubarec, que mereció por esto lisonjas y alabanzas.

—«La tribu de los Himyar se remontaba á Cahtan, hijo de Heber, y nieto de Sem, quien dió á luz á Sabá, y éste á Himyar y á Cahlan. Era por lo tanto una de las nueve únicas tribus árabes de sangre pura, no mezclada con la de los hijos de Ismail, hijo de Agar; ni con la de los descendientes de Cux, hijo de Cam, que habitaron el Kurdistan, y las orillas del Eufrates, y se extendieron hasta las playas del golfo Pérsico, donde el mar áun deposita bancos de perlas.

»Su nombre era respetado en todo el Oriente, y hasta en las regiones más remotas; y sus grandes privilegios se dilataban por todo el mundo; pues, mediante ellos, tenian morada reservada en la ciudad sagrada de Haram, en la Mesopotamia; divan en la Meca; y todos los de su esclarecida estirpe sepulcro en las pirámides de Egipto, al lado de Henoch y de Sabá, que en ellas duermen el sueño tranquilo de la inmortalidad.

»Ántes que el Profeta de Dios, Dios le bendiga! trajese la verdad y la luz con aromas celestiales, el Sol era el astro que adoraban los himyaritas, así como los de Kinana hacian sacrificios en holocaustos á la Luna; y en Sanâa, capital del Yémen, su region feliz, consagraron á Vénus el templo admirable de Beit-Gomdan; que, pasados los siglos, vendria á convertir en ruinas la espada temible del valiente Ótsman, caudillo de Dios, el único, el clemente, el justiciero.

»El gran Alejandro, conquistador veloz de dilatadas regiones, no sufrió sin embargo un descalabro, porque la muerte atajó sus proyectos sobre el Yémen; pero Lúculo y Pompeyo, Galo, el general de Augusto, y Palma, el teniente de Trajano, rindieron allí su orgullo invencible, y tuvieron que confesar que los árabes no se conquistaban. Y esto era cuando Roma llenaba el mundo con sus águilas intrépidas.

»Cahtan, que fué el primero de ellos que ciñó diadema, se coronó de mimbres; mas engendró á Yárob, padre del Yémen, y en éste fué gloriosa la diadema. De Yárob nació Yahsob, por otro nombre Sabá, que hizo guerras triunfadoras, y tantos prisioneros, que sólo con éstos fabricó ciudades y altos fuertes, y entre ellos los de Sabáa sobre el Marel, cuyas llanuras faltas de agua, áridas y secas, las hizo fecundas encerrando líquidas masas con diques y dobles muros en lagos artificiales. Y por último, de éste fué de quien nació Himyar, que ha dado un nombre ventajoso á la brillante dinastía.

»Mas sucedió por altos é incomprensibles designios de Dios (su nombre sea ensalzado eternamente) que el agua de los manantiales y de los torrentes aprisionada en estos lagos arrastrase con vigoroso ímpetu sus diques formidables, escapándose con violencia y talando el país. Esterilizáronse los jardines y los huertos, siempre llenos de flor y de abundantes frutas de paladar delicado, y entónces muchas tribus se dispersaron, abandonando con lágrimas copiosas el dulce suelo de la patria; porque ¡es tan duro el destierro necesario y tan amargo el pan del extranjero!

»Dios iluminó sus vias sin embargo: de esta manera los proscritos fundaron reinos independientes, el de Gassau y el de Hira, aquel en la Siria Damascena, y éste en el Yrak. De modo que de Sabáa, con el reino del Hecház, fundacion de Choram, hermano de Yárob, salieron los gérmenes gloriosos de tres grandes imperios.

»Los que continuaron en el Yémen, siguieron bajo la férula de los reyes, hijos de Himyar, hasta que Dzu Nowas Du se vió obligado á arrojarse al mar, por motivos religiosos, cuando Teófilo introdujo allí las doctrinas del hijo de Mariem, nacido en Nazareth. Dícese, no obstante, que la region de los himyaritas fué teatro en aquel tiempo de milagros portentosos. Pero es lo cierto que, despues de Dzu Nowas, cuatro príncipes etíopes gobernaron el país, hasta que, despertando de su letargo Seîf, los arrojó del trono de sus abuelos y de los campos queridos de la patria.

»Mas como Seîf era solo, y pocos en un principio sus parciales, hé aquí que le prestó ayuda Cosroes hasta acabar la lucha y afianlacorona en sus sienes; y como estas ayudas extranjeras traen

siempre en pos de sí vergonzosas tutelas, Cosroes, y sus descendientes luégo, la ejercieron sobre Seîf, y sobre los hijos de Seîf, hasta que Baden, hijo de Habib, sometió su gobierno al Profeta de Dios.

»Y cuenta la fama de este Habib, padre de Baden, que como se resistiese á creer la mision profética de Mohammad (Dios le conserve en su gloria imperecedera), y como se lo mostrase al mismo Mohammad con pecho sincero, el Profeta entre los profetas le invitó á pedir el milagro que quisiere. Y fué maravilla luégo, de que los ojos se espantaron, pues al mandato del escogido de Dios se partió en dos mitades la luna, que descendió sobre la tierra, y cada una de estas dos partes se introdujo en una manga de su vestido, y al salir por la del lado opuesto la una mitad se dirigió hácia el Oriente y la otra hácia el Occidente, volviéndose luégo á unir en el zenit de las esferas. Con lo cual los espectantes profesaron todos su religion con entusiasmo, y le entonaron cánticos de alabanza.

»Mas Mohammad dijo á Habib: y se ha cumplido!

—Aunque tus ojos destilasen más lágrimas que gotas tiene el Océano, jamas cubrirás la falta que en no creerme has cometido; por lo tanto, en el nombre de Dios Altísimo te juro que no gozarán mucho tus nietos del trono que les dejas por herencia.

»Y fué así; porque su hijo Baden, como ya os he dicho, le sometió á su gobierno generoso.

»Desde entónces la raza permaneció proscrita, pues abandonó su suelo por no servir de objeto en las guerras intestinas; y cuando, pasadas muchas generaciones, los hijos de sus nietos tornaron á las llanuras patrias, no ambicionaron el amargo poder de la corona, aunque sus actos les pregonaron sin cesar con fama lisonjera como buenos, sin ocultar jamas su régia estirpe.

»Tales son las ilustres raíces de esos jóvenes apuestos, Cámil y Tharif. Rayo de Dios! y qué fuerza la del brazo del primero! La del gigante de la montaña; él solo fuera capaz de levantarme.

»Abrazad, hijas mias á vuestro padre, á quien el cielo concedió, por última gracia, blandir por la postrera vez mi cimitarra con guerreros de progenie tan esclarecida.»

Pero las hijas de Ómar, que impacientes habian escuchado el largo relato, no hacian otra cosa más que sollozar y gemir.

Nowara, áun esperaba con ansiedad lo que en su ilusion locamente revolvia; pero Cámar, más afanosa, no pudo reprimirse por más tiempo, é hizo á su padre esta pregunta:

—No hay más? dijo.

Y Ómar, confuso, quiso continuar su elogio y su alabanza.

Entónces Nowara le interrumpió con angustia:

—Oh padre mio! exclamó; si supieras el mal que has hecho á tus hijas queridas, sellado hubieras el labio y cuidado de no dejar escapar ni una palabra indiscreta; pero Dios lo quiere! y es preciso apurar las amarguras. Cuando se casó Ismaîl con Amina, flor de la ilustre familia de los Zaritas, ¿no murieron de celos doscientas doncellas? Ah! muramos en la oscuridad, puesto que de amor palidecemos.

Ómar no pudo reprimir la sorpresa ni la amargura: Nowara hablaba un lenguaje desconocido, pero el corazon la prestaba abundantes pensamientos. Lo que Ómar oia, aturdia su cerebro y rasgaba sus entrañas. Él comprendió rápidamente toda la pasion de que se hallaban inflamadas aquellas jóvenes almas, y, por desgracia, no ignoraba el juramento solemne de los hermanos yemeníes; porque éstos, con su natural franqueza, lo refirieron aquella noche en el divan animado del Amir, y como padre, el corazon le latia en fibras encontradas.

Su alcázar, en tanto, era la mansion del dolor, y ni las más lisonjeras promesas, ni los tiernos consuelos paternales, eran bastantes á secar fuentes copiosas que el dolor abriera. Desde entónces comenzaron sus desvelos.

La noche pasaba en tanto, y el esplendor seguia al astro de la noche.

Ay de las vírgenes! Dios se apiade de ellas!

---

# V.

## Cassr-An-naora.

Qué espectáculo tan sublime el de la Naturaleza! Sus galas son inimitables. Cubrireis de alfombras el pavimento de vuestra morada; las paredes de ricas colgaduras; y de los techos artesonados, donde hicísteis grabar en el cedro labores infinitas de plata y de nácar, hareis pender brillantes lámparas de oro pulido, que irradien como soles; pero todo será pequeño y reducido; habrá en todo la frialdad de la inmovilidad; todo reflejará la falta de la palpitacion, y cansará con su monótona simetría.

En la Naturaleza, por el contrario, todo es vida y movimiento: por lo demas, ella os ofrecerá muelles alfombras en sus llanuras dilatadas, cubiertas siempre de verdes gramas y menudo césped, y bordadas con ricos ornamentos de matizadas flores; sus horizontes de luz os circuirán en torno, como cortinas desplegadas; y un cielo siempre lleno de esplendorosos astros se levantará sobre vuestras frentes, despejadas por el ambiente puro y despejado. ¿Qué más ventura? Arroyos diamantinos, fecundos valles y praderas, montañas gigantescas de pardos picos, pájaros trinadores, espíritus y mariposas..... Dios sea ensalzado! El alma del poeta se siente arrebatada, y su espíritu se estremece con el placer de la gloria al aspirar el aire del infinito.

Juntad á las maravillas espontáneas de la Naturaleza el arte de los hombres, y vereis cuán grande es Dios, qué copiosos sus dones. Bendito sea! Abderrahman mandó alzar tiendas en la campiña floreciente, alrededor del alcázar levantado de la noria (Cassr-Annâora) que acababa de construir.

Era el mes de Xaâban: los almendros estaban ya poblados de pomposo follaje; pero los manzanos y melocotoneros estaban en flor; y así las lilas y los tilos, y las acacias y los rosales. Por tanto, cuánto profuso aroma por los campos!

El califa solemnizó el fausto suceso de Cassr-An-nâora celebrando en aquel alcázar de recreo un concurridísimo banquete, en el cual usó de sus acostumbradas liberalidades con la gente de su Córte y de su Estado, regalando á los arquitectos y alarifes con grandes recompensas y muníficas dádivas.

Con esto, ademas, obsequiaba en el sétimo dia á los héroes del Yémen; al paso que, con los festejos preparados esta vez en Cassr-An-nâora, se descansaba de las fatigas del torneo con ejercicios variados.

Para ello mandó abrir anchas plazas y circos para las carreras de los caballos, y fantásticos jardines para las damas y la zambra. Y la mañana venida, luégo empezó la algazara con la nueva luz del alba sonrosada; y *Bab Chenna*, la puerta que llevaba á los jardines, se hallaba henchida de gente bulliciosa, como de abejas que zumban la entrada de la colmena cuando la tarde cae.

Los campos mismos parecian tomar parte en la alegría general sonriendo; por eso los cielos resplandecian más llenos de luz; las praderas de más flores; las enramadas de más aves; el ambiente de más frescura: y era la luz de la alegría, que todo lo inunda con rayos de placer.

El cansancio no habia marchitado los rostros juveniles; mas el amor llevaba impresas sus huellas en muchos de los concurrentes, aunque con caracteres distintos: y todos afluian hácia el lugar que ocupaban Cámil y Tharif, porque eran amados de todos, y su vista inspiraba confianza.

La curiosidad maliciosa echaba de ménos la presencia de Nowara y Cámar; mas distraia los ocios con epígramas picantes, y su vehemente amor inesperado era el pasto de la murmuracion.

Sólo los guerreros yemeníes lo ignoraban; pero qué importaba? sus corazones ¿no estaban cerrados para el amor?

Los primeros placeres fueron las carreras: en ellas se disputaron la velocidad y el brio los caballos venidos del otro lado de los

mares, de los desiertos ardientes, incomparables en fogosidad, y los que pastaron tiernas yerbas en las riberas del Guadalquivir, de noble estampa y arrogante resoplido y vagarosa crin.

Cámil y Tharif montaban brutos koclanes, de fuertes brazos y anchos pechos, de aquellos llamados *Chelfe*, oriundos de las llanuras del Yémen, y cuya genealogía, la más noble, llegaba hasta confundirse con los caballos padres de Suleiman el de Jerusalen. Así, pues, eran agilísimos en todos sus movimientos, todos fuego, é infatigables sobre toda ponderancia. Ningun caballo resistió con ellos, y los hubo aquel dia en el hipódromo oriundos del Irak y del Egipto, de hinchada nariz, y cola que arrastraba.

El caballo de Tharif era el más fino. Con él habia atravesado dos veces el desierto en marchas admirables, y la distancia que hay desde la Siria al Océano Índico, y desde el Mar Rojo, que recuerda el tránsito de Moises, hasta el Eufrates. Cuando nació, delante de tres testigos, que juraron haberlo sido, luégo se celebró su advenimiento con régias fiestas: se crió con mimos extraordinarios, y Tharif le amaba tanto como al recuerdo de su madre, ¡bendicion sobre su tumba! y como á la palmera nacida á la puerta del aposento de su infancia. En sus grandes carreras, algunas contó de cien millas sin descanso: y dos veces salvó á Tharif en los peligros. Él fué la admiracion de todos, y por esto recibió muchas caricias y elogios muy merecidos, porque en medio de su fogosidad era dócil y manso como una gacela domesticada.

Cuando las carreras terminaron, el sol brillaba en todo su esplendor desde la mitad del cielo, y sus rayos causaban calor y molestia. Entónces la multitud fué disipándose, y unos se acogieron con Abderrahman en Cassr-An-nâora, y otros acudieron á las tiendas; mas el aposento de Abderrahman en el alcázar resplandecia con el brillo del trono y con la presencia de Cámil y Tharif: allí tambien estaban los xeques de las tribus, y el arraez Almudhaffar, tio del califa, y muchos sabios y poetas y valientes. Ómar As-saig faltaba sólo, con Saffar y con sus hijas.

Cada uno refirió las anécdotas agradables de su tribu; por lo tanto, allí se escucharon en aquel dia hechos generosos y nobles empresas; pero el alma donde más se dilató fué en el recuerdo de

la patria primitiva en el Oriente, donde estaban depositados los sepulcros de sus abuelos en luengas generaciones.

Despues Ax-Xerif ebn Hásan refirió buenas acciones de Hásan ebn Aly, padre inmortal de su familia. Todos sabemos que Hásan era un santo; pues, á pesar de esto, al escuchar su indulgencia y benignidad para con su esclavo, ¿en quién no habia de despertar dulces sentimientos? ¡Alabado sea el nombre de Dios, que hizo almas tan grandes! Mas Obeidallah, alfaquí, venido de la Meca por la voluntad expresa del Amir, contó tales rasgos de liberalidad de tres xeques del Hichaz, sorprendidos por Daldal bajo el hábito exterior de un mendigo desdichado, que la concurrencia entera, y hasta Cámil y Tharif, que sabian muchas cosas de éstas, y hasta el mismo califa complaciente, aplaudieron de todas veras entusiasmados; y hubo corazon generoso que hizo salir una lágrima sentida en párpados que ya la edad doblaban hácia el sepulcro. (5)

Nassah-el-Áchlab explicó tambien el digno desprendimiento del esclavo Cais. Sabeis lo que le sucedió? Pues escuchadlo.

Viajaba Cais por el desierto, de quien él solo sabía las rutas desconocidas, porque el Semum las ciega en su tránsito peligroso. Quién lo ignora?

Ni un árbol, ni un matorral, ni una fuente en medio de las interminables llanuras de una esterilidad uniforme: un sol de fuego vivo; cielos que no empaña jamas ligera nubecilla; un aire caliginoso y sofocante; un suelo que echa chispas y abrasa; sed devoradora, que se aumenta por la ilusion continua de lejanas aguas; el Semum que amenaza á cada paso con sus cortinas rápidas de arenas arrastradas y su aliento emponzoñado; tal es el desierto! Quién le cruza?

Cais le atravesaba en su caballo; era veloz el bruto como el viento, y lo llevaba á la carrera. Veamos por qué.

Sus víveres se le habian agotado en la larga caminata; mas de agua, que es el alimento del desierto, de agua apénas llevaba la bastante para humedecer una sola vez el seco paladar. Él, sin embargo, no temia; sabía de un oasis encantado y de delicias. Aun le quedaba una tirada de treinta millas; y qué importaba? ¿no era su alazan veloz como el viento impetuoso?

Mas ved aquí que sus ojos se encuentran sorprendidos de pronto, al descubrir un objeto misterioso en medio de la llanura, aunque apartado un largo trecho de su senda.

Cais torció el camino y llegó. Qué vieron sus ojos?

Loul, la perla, el caballo más afamado del Oriente todo, yacía muerto en tierra, y Jálid su dueño, que le idolatraba, sobre su cadáver llorando sin cesar hacía tres soles; pues su pérdida era irreparable. Ademas, á Jálid el agua se le habia evaporado, y sus copiosas lágrimas secado todo jugo interior, de manera que Cais le encontró casi asfixiado y próximo á morir.

Como ya he dicho, Cais no llevaba más agua que la bastante para humedecer una sola vez el paladar, y el calor era sofocante, y creciente la sed irresistible en la soledad calenturienta del desierto. Jálid podia morir; quién lo sabria?

Hubo un momento de perplejidad; gritóle su conciencia? Nadie lo sabe; pero es lo cierto que el esclavo exclamó, alzando al cielo los ojos con lágrimas de compasion:

—Acaso yo moriré; pero le habré salvado!

Y entónces aplicó el pomo reservado á los labios del moribundo.

—Dios lo bendiga! exclamaron todos los labios de los circunstantes, al limpiar una gota que resbalaba por sus mejillas.

Nassah-el-Áchlab continuó:

—Jálid bebió y respiró con desahogo.

—Sálvelo Dios, Dios mio! exclamó el xeque Obada ebn Jazrech.

—Cais montó al salvado Jálid en la gurupa, el Áchlab dijo prosiguiendo, y partieron luégo. El corcel hubo de amenguar el paso; era doble la carga, y fatigoso el dia. Sin embargo, esta carrera fué la más célebre de su vida.

»No soy el narrador de los espantos; pero atroz fué la jornada!

»Cuando vieron próximo el lugar del descanso, el oasis apetecido, el alma se les asomó á los ojos con rayos de alegría. ¡Presumidla! Luégo sabrosos dátiles y cocoteros de anchas hojas les dieron sombra amada, grata frescura, ricos manjares.

»Pero la ruta de Jálid era contraria á la de Cais, y al partir al dia siguiente llevaba el caballo volador del esclavo; éste sólo se reservó su jacerina, recuerdos de su abuelo.

—Ah! Bendecido de Dios! clamaron todos.

—Para él tengo yo cien corceles muy fogosos! dijo Obada.

—Diérale yo mi caballo de batalla! exclamó Tharif.

El Achlab les interrumpió, porque seguian entusiasmados.

—Cais tuvo un sueño delicioso: al despertar se encontró en el aduar sosegado de sus abuelos, y rodeados de las caricias de Xams, su esposa, y de las de Wahxi y de Nozha, sus pequeñuelos.

—El cielo le colme de bendiciones!

Y á esta expansion siguióse el aplauso prolongado.

En este momento Ómar As-saig, el Sahabal-medina, apareció en el dintel. Estaba pálido como la muerte, y sus ojos inyectados de lágrimas.

La multitud se conmovió con angustia y con temores; Abderrahman se estremeció de amargura: ¡tanto pueden las lágrimas de un anciano tan esclarecido y respetable!

Mil demandas se le hicieron; y en verdad, que no era la curiosidad la que las guiaba, ántes bien las produjo el interes y la simpatía.

La discrecion disimuló la respuesta; sólo debió saberla el poderoso Amir, porque con él fueron las pláticas.

¿Amenazarán peligros al glorioso Imperio? ¿Habrán alzado sus frentes altaneras los hijos peligrosos del revuelto Ebn Hafsun? Ó ¿asaltarán las costas nuevos guerreros de los califas de Oriente, ó más soldados del África llegarán á atizar luchas sangrientas? ¿Serán los nazarenos de Leon ó de Navarra precedidos de sus reyes, ó los condes de Castilla ó Barcelona con sus huestes insensatas? Qué! ¿No bastará á Bagdad el ver dentro de sus murallas caer cortada la cabeza de Al-Alá ben Moguits, llevada allí con temerario arrojo por los soldados victoriosos del Andalus? ¿Ni recuerdan los descendientes de Carlo-Magno la rota de Villadaña, ni el desórden de la Aquitania? ¡Ay de los hijos de Pelayo si el Amir poderoso de Córdoba se encoraja!

Todo era, sin embargo, confusiones; y en el incierto campo de las posibilidades, vagaban los ánimos impacientes.

En tanto continuaba la entrevista de Ómar con el monarca, y fué larga. Cuando ésta concluyó, Ómar salió veloz sin despedirse,

y abandonó el campo. Dos esclavos tuvieron los estribos de plata, y ligero partió luégo en su cuatralvo hácia la ciudad, dejando el sitio de las fiestas. Éstas, la tarde llegada, continuaron con animacion. Nadie se acordó de los que lloraban y de los que sufrian. La modestia, la oscuridad, el silencio, hé aquí las dulces prendas del dolor.

Jamas en las zambras cordobesas reinó ni más franqueza, ni más alegría; ni abundaron en damas más hechiceras. Pero, ay! aunque estaban allí la dulce Radhya, y Nozima la graciosa, y Saîda la feliz, junto á la blanca diosa de las serranías de Ronda, Lobna, y Xams ad-dohá, el sol meridional, como el mundo galante llamaba á la hija de Obada, y otras mil y mil y mil hermosuras más, faltaban las beldades más agradables á los ojos, más tristes al corazon: Nowara y Cámar, las vírgenes pálidas de amor, las hijas venturosas del feliz Ómar. ¡Ábralas Dios los senderos de la felicidad!

Ziryab dirigió nuevas canciones; y vírgenes de armoniosa voz las cantaron en coro, ocultas en las espesas enramadas y laberintos de laureles y naranjos; de manera que asemejaban los cantares de los ángeles, saliendo del Paraíso.

Cantáronse las glorias del Señor Dios grande que iluminaba el Imperio con su mirada benéfica; despues la magnificencia del alto y poderoso Amir de los muslimes, el espléndido Abderrahman; y el brillo de su trono y la justicia de su gobierno eficaz; y, por último, los elogios de Cámil y Tharif, con cuya presencia inundada estaba la córte de placer.

Luégo sirvióse leche y azúcar y grato alhajú; y el dia acabado, y hecha la oracion, se dió la vuelta á Córdoba con atronador estrépito.

Suponed los más apuestos mancebos que el Andalus tenía, caracoleando con sus caballos de fogoso genio en torno á las literas de las bellas más deslumbrantes del Imperio. Y aquí una frase apasionada, y allí un suspiro, y luégo un reproche, ora una promesa, ora una cita clandestina, y en fin, todo ese ardor y movimiento difícil de describir.

Tal fué el sétimo dia de las fiestas en Cassr An-nâora!

# VI.

## El nido de las palomas.

—«En insomnios pasé la noche: te esperé y no viniste: oh! ¿qué profundo velo de tristezas han empañado mis pupilas?

»Me desperté y me levanté al punto: ¿qué me importaba la noche oscura? Fuí al jardin de los recreos á buscarte: no hallé ni áun flores.

»Ven, amigo mio, exclamé; ven, Cámil amado: yo tengo mis dulzuras para tí.

»Oh! si allí hubieras estado, hubiera derramado yo flores sobre tu cabeza; pero como no viniste, derramé mi alma en tu recuerdo.

»Si tú procedes de generosos abuelos, tú me buscarás; ¿no ves que desfallezco de amor?

»Soy jóven y hermosa: ¡cuántas jóvenes envidiaron el brillo de mis ojos!

»Mira, amado mio, mis cabellos son negros como una noche profunda; mis labios de coral; mis dientes blancos como las perlas, pero de más puro esmalte; y mi cuello, como una columna de sal gemma.

»En las granadas de mis pechos prendo yo amores: ¡cuántos se hubieran proclamado felices si por ellos hubiera palpitado mi corazon!

»Pero no, amado mio; mi corazon es tuyo, como mi alma.

»He soñado placeres, y eras tú el objeto de mis sueños. Ah! Bendito seas!

»Cuando mis brazos se enlacen á tu cuello, gustarás el placer. Te quiero tanto!

»Ven, y cúbreme con el manto de tu amor; mira que muero!»

Tal leyó Cámil admirado al volver de los festines; y érase un pergamino perfumado, aunque manchado con gotas de los párpados, y colocado cuidadosamente sobre su divan: pero fué más grande su estupefaccion cuando, volviéndose hácia Tharif, le vió leyendo tambien. Otros ménos discretos y prudentes se hubieran engreido con locura; pero Cámil y Tharif se miraron con inteligencia, y el último recitó así el contenido de su billete:

«Tengo aún la frente húmeda con las gotas; me la empapé esperándote y no has venido; oh compañero!

»Si vieras la gruta (preparada) que he formado entre tilos! Las palomas y las tórtolas arrullan allí sus amores.

»Tharif querido, cuando tú vengas gozarás deleites; pues qué! me verás tú morir impasible y frio?

»Ayer he llorado todo el dia; la noche la pasé llorando; mira tú si te ama mi corazon!

»Ay Tharif! hijo venturoso de Himyar! tú no sabes lo que enloquece el amor; ven y te contaré mis cuitas, y me amarás; yo te contaré cómo en el alma se ingiere la pena, tú á mí el placer.

»¿Hay sombras más espantosas que las de la duda? Cuando tú me veas, palpitará tu corazon. Soy tan hermosa!

»Tengo la frente pálida de las hijas de Siam; pero mi talle es esbelto como las palmas y arrogante como los cedros. ¡Inclínese á los besos de tu amor!

»Si yo he aprendido á amar en tu mirada, ¿cómo no me quieres? Y si tú me quieres, ¿cómo me abandonas en la soledad de mis tristezas? Ven, y te daré delicias. ¿No aspiras á las huríes? Ven y tómame; yo soy una hurí.

»Los que me vieron me amaron; pero yo guardo mi cariño para tí.

»Ay! que no torne á llorar, amado mio; ¡han sido tantas ya mis desventuras, aunque soy tan jóven, desde que te ví! ¡Pregunta al alba si esta mañana no me encontró llorando!

»Cuando la noche medie, en mi jardin te esperaré para delicias; que venga Cámil, y gozará las suyas.

»Y tú me idolatrarás y te enloquecerán mis halagos; mi esclavo te enseñará la senda y guardará la puerta. Síguele, y ¡Dios te bendiga!»

Agradar, no lisonjea? entónces, el que infunda cariños enloquecerá; pero sus corazones estaban empedernidos, y los hacian firmes los juramentos.

Acaso les latieran conmovidos, y sus rostros no mostraban impresion alguna desconocida. Así el hombre sabe domar y vencer los impulsos de la naturaleza con una firme voluntad.

Áun no habian salido del espanto, cuando hé aquí que se les presenta ante la vista la repugnante figura de un esclavo etíope de miembros desproporcionados.

Grande cabeza de cerdas ensortijadas; ojos de fiera del desierto; gruesos labios abultados y horrible boca; corto y ancho cuello; la barba sobre el pecho, y el pecho dilatado; brazos y piernas pequeños hasta la deformidad; dientes blancos, como perlas en hilos apretadas; piel negra como la endrina, y áun más brillante: tal era su figura, que amedrentaba.

—Dios es grande, clemente y justo! murmuró al acercarse, y se inclinó.

—Á Él la alabanza, contestó Cámil; ya sabeis que de él era la palabra.

—Sólo á los buenos da la felicidad! continuó el esclavo.

—Para ellos creó sus glorias inmortales.

—Para ellos está reservado el Paraíso, y son las delicias de la tierra.

—Los bienes terrenales son transitorios; mas los tesoros del cielo son eternos. Dios los destinó á los fieles que tienen en él confianza.

—Bendito sea el nombre de Dios! Él os dió envidiables laureles, y ahora os brinda amores celestiales. Más allá de este palacio, donde habita el esplendor y la magnificencia, hay otra morada deliciosa en punto ameno que besa el Guadalquivir por todas partes, pues, para conseguirlo, ábrese en dos anchos brazos y la ciñe con amor. Son allí sombrías las enramadas, y el ambiente está fatigado de tanta frescura y olor. Ahora es mansion de suspiros; mas

si vosotros vais allá, generosos hijos de Himyar el del templo de colores, los suspiros se convertirán en cánticos de gozo, y el amor derramará virginales deleites sobre vuestras frentes. ¡Allí os aguardan las gracias y la hermosura y..... el amor!

—Dios conoce á los que siguen la luz y á los que caminan en tinieblas por veredas torcidas; ¿cómo si á él llegaron nuestros juramentos, cómo infundió tribulaciones en los pechos de las vírgenes? Porque leimos sus frases apasionadas y quedamos sorprendidos. Ah! Mayor fuera esa gloria que todo á cuanto pudiéramos nosotros aspirar; pero cómo abjurar? La maldicion de Dios caeria sobre nuestras cabezas, y la desgracia perenne de su enojo. ¡Tal es el atroz castigo del perjuro que quebrantó los votos!

—Dios, al abrir las vias, dirige la ruta. Si pudiéramos andar sin luz, para qué el sol? Si es vano é inútil el amor, ¿para qué infundirlo en nuestras almas?

—Pero el sacrificio ¿no exige privacion? ¡Dichoso el que se sacrifica, porque se consagra á Dios! Él le dará sobrada recompensa.

—Ay! que si á Dios es aceptable y grato el holocausto propio, ¿puede acaso admitir con benévola voluntad el que hagamos de otros pechos? quién nos dió para ello el poder? Bueno es el que consuela al desgraciado; mas no, mil veces no, el que abandona al mísero á su dolor intenso y solitario.

La voz de la verdad trae la conviccion á los corazones rectos; ese es su soberano influjo. Cámil y Tharif se miraron. ¿Hubo en ellos algun pensamiento indiscreto? Ello es que los dos mancebos no pudieron sufrirse las miradas mutuas, y bajaron la vista con vergüenza.

De Cámil, ya lo he dicho, era la determinacion en todo caso; su voluntad decisiva; y á ella unia Tharif sus esfuerzos.

—Conduce, dijo al esclavo, si tú sabes.

Despues habló bajo con Tharif, y al terminar estrecharon sus diestras enlazadas sobre el uno y el otro corazon, exclamando con voz apénas perceptible:

Esto dijo Cámil:

—Por el soplo de los embravecidos vientos!

Y Tharif:

—Por la montaña y por el libro santo!

Qué sendas tan amenas conducen al placer! Luégo que salieron del laberinto inmenso de las calles desiertas por la hora, una frondosa alameda se extendia en larga y doble hilera hasta el lugar.

Á orillas del Guadalquivir, no léjos del rumor de la ciudad, se alzaba un palacio de regio aspecto, que podia competir con Cassr-An-nâora, aunque no con el de Az-zahrá, pues Az-zahrá era la maravilla del genio y el alcázar de las perlas.

La luna iluminaba este palacio, y reflejaba de tal manera en los vidrios de las mil fantásticas ventanas y pabellones, que le hacian resplandecer con el brillo del diamante. Y así en verdad era llamado.

Hizo el esclavo una señal y se abrió el postigo de la puerta; dos fuertes manos asieron de los brazos de Cámil y Tharif al penetrar en el zaguan con oscuridad completa, y ellos se dejaron arrastrar. Y esta vez los valientes del Yémen se estremecieron con estupor; pero quién está exento del pavor de las sombras?

Cruzaron luengas galerías que resonaron con el rumor de sus pasos indecisos; despues un patio entoldado de vides corpulentas; y al pasar otra puerta se encontraron con asombro en la ribera del Guadalquivir, festonada de mimbres y laureles.

Al abandonarlos en aquel paraje sombrío y solitario, sus conductores desaparecieron, cerrando tras de sí las puertas de la entrada.

Todo estaba convenido de antemano; mas todo era misterio inexplicable en los corazones de Cámil y Tharif. Otros ménos valientes, á poder, hubieran retrocedido; los dos claros hermanos, por el contrario, latian impacientes con el ardoroso anhelo de tocar el término, y se introdujeron en la barca preparada.

Los remos cumplieron su destino, y á su impulso pronto tocaron en la opuesta orilla. Era un Eden.

Vistosas enramadas, flores, ninfas, lagos, fuentes, hadas y ondinas, genios y amores, ecos y sones, y rayos y sombras; todo pudo fingírselo allí la fantasía; todo se armonizaba en aquel sitio en un concierto feliz. Y qué atmósfera tan purificada! y ¡qué ambiente

tan perfumado! y qué frescura tan embriagadora! Los jóvenes guerreros sintieron conmovidas por la primera vez las fibras más delicadas de su alma; y era que por la primera vez respiraban las auras del amor.

No son tan hermosas, como aquella y en aquel paraje, las noches del desierto de Kapchak; ya sabeis: en él no hay árboles, ni montañas, ni colinas, ni bosques; pero es un llano feraz y siempre verde, y sus noches encantadoras.

Cuando Cámil y Tharif saltaron á la fértil márgen, la barca desapareció; entónces oyeron ecos de atraccion y cánticos de genios. Su sonido dirigieron la senda. Presto se hallaron ingeridos en un pabellon, que era obra de espíritus desconocidos.

Contempladle.

Robustos tallos de brillante follaje alzan alrededor los laureles olorosos hasta la altura de las primeras ramas de los álamos y olmos; únense éstas en amorosos lazos formando doseles impenetrables, y juntan su verdor al de sus siempre frescas hojas, las hojas de rosales trepadoras, y trepadoras yedras, y floridas enredaderas; de manera, que alternan en su extendido espacio aéreo blancas y azules campanillas, rosas de pálidos pétalos y botones amarillos.

Luégo, en la vasta cavidad que dejan, cubren el suelo verdes gramíneas, y en su centro saltan en caprichosos juegos multitud de saltadores, tapizando las alabastrinas losas, receptáculo de las gotas salpicadas, juncos y malvarosas de menudas flores y profuso aroma.

Ábrense las puertas hácia los cuatro vientos, y sus dinteles están admirablemente festonados por jazmines, madreselvas y pasionarias, conduciendo hácia ellos largas calles de boj y romero, laberintos de lilas y naranjos, cuadros de tilos y sicomoros, con paredes impenetrables y bóvedas sombrías.

Entra la luz allí de un modo misterioso, y nunca con toda la majestad de sus brillantes resplandores; y en su cúpula altanera albergan en gratos nidos de arena y paja, fabricados con sus picos, las aves de toda la comarca, de modo que, en llegando el dia, aquello es confusion de trinos, y durante las noches silenciosas suelen escucharse querellas del ruiseñor. ¡Es la hora de los amantes!

Era, pues, un pequeño Paraíso.

Al penetrar Cámil y Tharif en él, estaba desierto y desamparado, y una noche profunda derramaba allí sus sombras y tinieblas; cuando pasaron algunos instantes, distinguió, aunque tímidamente, los objetos una débil claridad: era que Nowara y Cámar sin duda se aproximaban, como gacelas temerosas; mas cuando pasado hubo un largo espacio de tiempo, la luz se aumentaba por grados, y era que por fuera el alba sonreia.

Los mancebos desesperaban ya, cuando escuchóse leve ruido de un aliento fatigado; luégo dos esbeltas figuras cruzaron el dintel de la puerta de Oriente (de allí venía la claridad); sus flexibles talles, sus chilabas vagarosas, blancas como el armiño, lo escaso de la luz, sus pasos trémulos é indecisos, la agitacion y recelos de que se hallaban poseidas, las daban el aspecto de dos diosas, y eran entónces las diosas del pudor enamoradas.

El más osado y atrevido hubiera depuesto á su presencia las armas de su intrepidez y de su desenvoltura. Por lo que toca á Cámil y Tharif, jamas sintieron conmocion más fuerte en sus espíritus apenados.

Ambos oraron en lo íntimo de sus conciencias, y ambos pidieron á Dios su fortaleza; mas sus corazones no dejaban de palpitar.

Venian las doncellas asidas, enlazando sus brazos torneados de una blancura y morbidez deslumbradora por las elegantes cinturas, que se conmovian como ramas acariciadas por brisa lisonjera, y sus ojos atribulados no los osaban levantar del pavimento.

Mas es lo cierto, que alguna hoja feliz de entre la grama brilló á el alba con una perla suspendida, y eran las lágrimas que surcaron las mejillas delicadas.

Dios sea loado!

---

# VII.

## Penas que matan!

Aquí el poeta quisiera descansar; le faltan fuerzas para pintar la entrevista. Él es tambien jóven, y sabe lo que son los dardos del amor. ¡Tambien ha experimentado las amarguras del desden!

Dicen los sabios que nada se puede expresar mejor que aquello que más se siente. Yo tengo mis dudas; porque nunca supe trasladar al papel mis sentimientos con todo su brillante colorido: hé aquí la causa por qué siempre escribí mal.

Cómo darle forma material á lo que sólo pertenece al espíritu? El alma se absorbe en ello, y le paladea, porque se eleva á regiones imaginarias, más allá de lo que existe; pero, concretarlo á los objetos conocidos, es privarlo de su idealidad; y ya sabemos que en el amor, cuando es del alma, la idealidad es el encanto que más fascina.

Descríbanse las paces de dos amantes que riñeron: será fácil. Lágrimas y suspiros, recuerdos, reconvenciones y promesas y juramentos; y ya los amantes se adormecerán con los delirios del éxtasis. Pero cómo pintar las luchas del pudor?

Nowara y Cámar se encontraban en presencia de Cámil y Tharif; ya los tienen delante: cómo permanece mudo el amor? ¿no era tan elocuente en la soledad de sus almas? Hé aquí sus contradicciones. Oh sublime emocion!

Sellados estaban los labios; sólo el corazon hablaba; pero son

mudos los ecos del corazon. Sin embargo, ¿qué extraña agitacion sentian en los suyos Cámil y Tharif? Los latidos responden á los latidos. No habia palabras, y habia mutua correspondencia. Oh! Si hubieran continuado mucho tiempo en este expresivo aturdimiento, Cámil y Tharif estaban perdidos. Sus frentes ya se abrasaban; la fiebre enardecia sus cerebros. El amor, dicen, es una locura; pero bendita sea la locura del amor!

Si Nowara y Cámar hubieran hablado, sólo hubieran dicho triviales y vacías puerilidades, porque el enamorado no puede hablar de sus sentimientos delante de la persona que le fascina con sus gracias. Hay un temor que hace pegar la lengua al paladar; que niega pensamientos á nuestra inteligencia. ¿Cómo explicar estos recelos en medio de sentimientos tan naturales? Son manifestaciones del pudor; y, no obstante, el pudor siempre es sublime.

El primero que habló fué Cámil: leed lo que dijo; son sus palabras:

—Hemos recorrido todo el Oriente punto por punto. Ninguna hermosura nos hizo palpitar; pero vosotras habeis sembrado en nuestras almas confusiones. Enorgullézcaos este triunfo; mas desistid de vuestro empeño; porque está dicho, y lo hemos afirmado con juramentos indestructibles y eternos: no podemos ceder á los impulsos del amor.

El silencio siguió á estas frases: Tharif lo interrumpió:

—El más valeroso mancebo que gloriosas hazañas haya contado y muchos trofeos de victoria, dijo, se dará por muy satisfecho si por premio de sus afanes le fuera posible penetrar con simpatías en cualquiera de vuestros corazones. ¿Por qué hicimos nosotros pactos solemnes? Dios lo quiso! Porque sólo vuestro amor nos daria la felicidad; pero ay! es quimera! ¿No tiene garridos donceles el dilatado Andalus? ¿No les teneis seducidos con vuestros encantos? Serán más venturosos que nosotros, ay mísero de mí! Brindadles pues los tesoros de vuestro cariño.

Las frases de Tharif fueron dardos agudos que traspasaron de dolor pechos temerosos. ¿Serian ligeros ó indiscretos?

¿Quién pudo dirigir los impulsos del corazon, que son tan espontáneos? Quién sus misterios?

Sucede, y quién lo ha experimentado? que fija sus afectos en un sér desconocido porque se prenda de él. Préstale entónces los encantos de su fantasía; mediante ellos le hace bueno, y le adora con desinteres y hasta con locura.

Otras veces una mirada, un suspiro, una accion generosa y liberal, una discreta contestacion, un elogio sincero, otra cualquiera causa, al parecer insignificante, nos atrae hácia un sér á quien ántes conocíamos ó tratábamos desde la infancia; que con nosotros hizo los primeros juegos y cogió las primeras flores; que ayudónos acaso en nuestras primeras intriguillas de Cupido: entónces nos fijamos en él y nos apasionamos, pero con esa pasion que no nos deja pensar, ni comer, ni gozar, y que á las veces, y sin saber por qué causa, nos arranca una lagrimilla solitaria, ó nos pone de un humor desabrido. En este caso es muy frecuente preguntarse:

—¿Cómo yo nunca reparé en sus gracias, si fué siempre tan bella? Hé aquí la mitad que yo buscaba: ¡así me sentia intranquilo!

Nada más natural; pero es lo cierto que el sér que llega á enamorarnos, sea de la una manera, sea de la otra, nos roba para sí de tal manera alma, voluntad, gusto y atencion, que para el amante no hay, todos lo sabemos, ni otro mundo, ni otro sol, ni otra vida que la contemplacion constante, la idea continua, la abstraccion perenne del objeto de sus afectos excitados.

Cuando á Zeîneb, hija de Yahya ebn Debag, le ofrece Áhmad, su amante desdeñoso, el amor de Ishac, aunque á éste adornan brillantes cualidades, Zeîneb traspasó el pecho de Áhmad á puñaladas con el yathagan de doble filo que arrebató furiosa de la cintura del mancebo. ¿Hay mayor ultraje que éste en el amor?

Ólwa estaba enamorada del esclavo Amrú, ¡un vil esclavo! su padre la ofrece al valiente Fárach, el africano, porque Fárach era muy rico y de elevada alcurnia; mas hé aquí que, cuando Fárach penetra en el divan de su prometida para conducirla, la encuentra en el lecho con Amrú, á quien daba sus primicias. Ólwa y Amrú fueron muertos en el acto; pero sus almas ¿no se volverian á unir en el Paraíso? Á tanto llega el sacrificio en la mujer.

Despues del ultraje, todos los labios permanecieron mudos; y hubo un momento de frialdad, de ansiedad y de duda.

Mas Nowara habló: qué suavidad derramaba su armonía!

—Os llamamos para el amor, no para el consejo: la sombra del dolor sabemos que nos sigue. Y qué! ¿no hemos de tener esperanzas? Toda la vida en esta tierra no es más que un largo viaje que hacemos en el trascurso de una noche sombría. Ay! los malvados temblarán de la luz. Pero ¿qué hemos de temblar nosotras las que amamos? ¿Puede haber más inquietud en el infierno? ¿No tenemos el infierno en nuestro corazon? Gozad de vuestras glorias á la luz del dia: nosotras aquí nos quedamos para gemir en la oscuridad; aquí nos sorprenderá la muerte.

Cámil y Tharif temblaron como la hoja en el árbol; asiéronse las manos trémulas con los movimientos del corazon; se miraron y dijeron:

—Por las nubes que traen las lluvias!

—Por el templo visitado y su sublime techumbre!

Cámar continuó:

—Ay, venturosos hijos de la luz! cuando el corazon os lata y toque fibras insensibles; cuando el cansancio estremezca vuestros miembros en frente del enemigo; cuando vuestra espada salte en pedazos al golpear duros cascos, ó herido caiga el corcel de las batallas; cuando el dolor ofusque vuestras sienes abrumadas; en las fatigas del combate, en las tribulaciones todas de vuestro corazon, acordaos de nosotras, acordaos de nuestros males, y sentireis consuelo; porque ninguno es más grande que nuestro dolor. La fortuna en la tierra no es siempre igual y duradera; ¿no nos sonrió á nosotras con lisonja?

»Ahora ha echado en nuestros senos los gérmenes de la ansiedad, y han arraigado. Pronto la muerte se cebará en nuestros cuerpos desfallecidos, y entónces volaremos al Eden: de allí son las palmas del martirio.

»Mas desde él os serviremos de guia en los caminos, de escudo en las batallas, de compañía en la soledad.

»Porque el amor que por vosotros hemos sentido tiene aromas de inmortalidad. Es tan profundo! Ay! ¡Felices nietos del dichoso Himyar! Ya no os pediremos caricias ni dulzuras; nuestros deleites os los guardamos para el Paraíso; pero no miradnos con indiferen-

cia; pagad con amor nuestros amores, y sea un amor ideal, y se alimente de sueños y esperanzas.

»Nosotras nos encerraremos en las grutas á pensar en vuestro amor. Las mariposas y los céfiros invisibles nos traerán vuestros acentos de placer y os llevarán nuestros suspiros. Nuestras sombras encantadas os seguirán al campo, en la fatiga, y os empujarán en las sendas, en el cansancio.

»Ay! Venturosos hijos de la Luz! Amadnos ó moriremos: porque no es posible resistir por más tiempo la ansiedad.»

Cuán firme resolucion! Pasa el Semum barriendo los desiertos, y las palmeras doblegan á su paso sus plumeros y su talle, aunque se levantan otra vez. Sólo las rocas son inflexibles como los corazones de Cámil y Tharif. Pero no; tambien el pico penetra en las entrañas de la roca. Entónces, ¡sólo sus corazones no se pueden herir! ¡Son los primeros que no cedieron á las lágrimas de la afliccion! Cabrán en ellos sentimientos generosos? Todos les llaman buenos caballeros.

Cuando amenguan los impulsos naturales bajo la presion de la voluntad y de la energía, nuestra alma, avara de sensaciones continuas, crea sentimientos eficaces que manifiestan y contienen en sí alguna llamarada de los primitivos, por más que se les encubra bajo el velo de nombres ficticios. Lo que es verdad es, que entónces pierden mucho de su primitiva esencia, y mucho de su intensidad.

Á la *fé*, de esta manera, sustituye el *entusiasmo;* á la *caridad*, la *filantropía;* al *amor*, el *honor* y la *galantería social*. Estas son aberraciones; es un modo de que existan las cosas, y que aparentemente no sean las mismas. Pobre egoismo humano! Sólo hay verdad en la naturaleza inanimada: allí las leyes son constantes é irrecusables; puestos en condiciones, siempre iguales, se hallan en el espacio dos elementos: chocan, y se forma una gota purísima de agua: abre una flor, sopla la brisa, estremécese el pistilo, cede el pólen, recógelo el estambre, y ya está la flor fecundizada: así cumplen inmutables su destino; y los medios para llenarlo son siempre idénticos, de absoluta uniformidad, en todos los tiempos, en todos los lugares.

El destino del hombre es amar, y Dios infundió para esto los sentimientos: el hombre los vicia, y forma de la fe, el entusiasmo; de la caridad, la filantropía; del amor, la galantería. Mas ¡qué notable diferencia! El entusiasmo, la filantropía, el honor, ¿no son apasionados? La fe, la caridad, el amor, son más espontáneos, más tranquilos, siempre graciosos, gratuitos.

Cuéntase de una princesa que quiso dar su mano al que mejor supiera expresarla su cariño. Como era hermosa y tenía un trono, abundaron pretendientes.

Unos la enviaron perfumados billetes llenos de elocuentes frases; otros, ramilletes expresivos con cifras de flores y lazos adecuados; otros, poesías de una cadencia gentil y altisonante; alguno, ricas joyas labradas con emblemáticas figuras; algunos, un corazon brotando llamas; y otro, un corazon brotando sangre.

Llegó el dia del concurso: ¡cuántos objetos de un exquisito gusto se presentaron! La vista no sabía lo que elegir.

La princesa fué llamando uno á uno á los numerosos galanteadores, y cada cual llegó presentándola las pruebas de su afecto; mas la princesa á ninguno aceptó, y todos habian pasado, menos uno.

—Trae la tuya, le dijo á éste.

Él no se movió; pero el alma se le queria salir por los ojos, y, no obstante, expresaban una profunda melancolía, de esas que no se pueden mentir.

—Qué dices tú? le preguntó de nuevo la princesa.

—Que te amo! dijo al cabo el doncel con desfallecimiento, y se le saltaron dos gruesas lágrimas que resbalaron.

Era en efecto su amante desde la infancia, y la princesa se casó con él.

Esa es la expresion verdadera del amor.

Por eso lo hemos visto: la fé, la caridad, el amor, han vivido en el corazon de todos los hombres, sin excepcion, y en todos los tiempos; las virtudes, hijas del orgullo humano, aunque sean emanacion de aquellos sentimientos, han tenido sus épocas de apogeo, pero nunca fueron constantes en la historia de la humanidad.

Perdonad al poeta estas digresiones, ajenas quizás á la época á

que refiere su leyenda; pero ¿no estamos en pleno siglo XIX? entónces, ¿quién no acaricia en su mente el prurito de quererlo explicar todo con humillos de filósofo?

Digo, pues, que Cámil y Tharif callaban estupefactos, y en su cerebro no hallaron ni una disculpa que fraguar para su lengua.

La luz del alba en tanto iba penetrando allí, aunque con misterio; y en verdad que daba un sello fantástico á la escena, de suyo melancólica. El aturdimiento de los mancebos contrastaba con el dolor de las doncellas. Ninguno se atrevia á mover la planta vacilante; ninguno á levantar la vista del pavimento: y, de ellos, no se apercibia ni el respirar. Sólo el rumor del agua y los primeros trinos de las aves que empezaban á despertar, alzaban sonidos, que el viento devoraba con precipitacion.

Cómo explicar estos instantes! ¡Horrible es la incertidumbre como el desden! No: más que el desden. La incertidumbre tiene átomos de esperanza que despedazan con ánsia corrosiva. Despues del desden, qué queda? La desesperacion, acaso el infierno, quizás la muerte; pero la muerte es siempre la paz.

Ay del que en mares oscuros no tiene tabla en que salvarse!

En estos momentos críticos y solemnes tienen los amantes puerilidades sublimes: Obeida, en un caso semejante, cortó rosas y azucenas, se coronó con ellas, pulsó su guzla, y cantó y bailó con indiferencia delante del desdeñoso Hamza: éste fué dominado en aquel momento, y Obeida luégo fué la madre feliz de sus hijos y la alegría del hogar.

Nowara y Cámar tenian fascinaciones insignes: hubieran deseado poderse evaporar repentinamente, como se exhala un perfume, y excitar la admiracion de Cámil y Tharif; hubieran deseado tener toda la hermosura deslumbrante é incitadora de las huríes más escogidas, y á sus piés postrados dos ángeles, á quienes ellas mirarian con desden; ¿no habian de provocar los celos de Cámil y Tharif, á pesar de su desaire? hubieran querido..... pero ¿á qué más? ¡son tan singulares tonterías las que engendra en la mente el amor desairado!

Cámil y Tharif por su parte en nada pensaban, y lo pensaban todo; en los momentos de lucidez recordaban las tranquilas llanu-

ras del Yémen que abandonaron: acaso ¿tambien sufrieron tormentos? No lo explicaron, pero es muy verosímil.

Al cabo Cámil habló, y dijo:

—Hermosas hijas de Ómar! Sembrásteis en nuestros corazones semillas de gratitud: oh! quién fuera tan feliz que os pudiera amar! Entónces yo depusiera mis armas de batalla, y asiendo el instrumento de ecos sonoros, no ensayaria á cantar otra cosa que vuestras alabanzas. La de Tharif se uniria á mi voz, y ambos viviríamos con vosotras en una perpetua felicidad. Mas ¿cómo romper los juramentos sagrados hechos sobre la piedra negra? Sería eterna la maldicion: el dedo del Señor indicaria nuestra morada entre la de los réprobos; una eternidad de sombras nos espantaria, y nuestros hijos en siete generaciones, sin poder borrar el mal estigma grabado sobre sus frentes, llenarian de denuestos y horribles imprecaciones nuestros nombres, maldecidos siete veces por los siete cielos.

»Dios lo quiere! No pedid agua saludable al desierto que abrasa; no pedid amores á nuestro corazon. Este fué el objeto de nuestra venida, y no somos dignos, lo confesamos, de vuestra abnegacion. La luz, sin embargo, sobreviene; si nos vieran salir, sobre vosotras se ensañarian las lenguas de la murmuracion, que son depravadas: ahora que áun las sombras vacilan, mandadnos arrojar; y ay! por Dios eterno os pido que nos olvideis!

Ninguna contestó; pero luégo apareció por el dintel de Occidente el esclavo que hácia allí los introdujo.

—Seguidme, les dijo, y Dios tenga piedad de esta morada! Mas ay! que el dolor ha sentado en ellas sus reales.

Los jóvenes salieron: las hermosas áun permanecieron inmóviles mucho tiempo despues; pasados los primeros instantes, Ómar se presentó. Su rostro estaba cadavérico; sus pupilas macilentas, su boca contraida, y el cuerpo algo encorvado. En dos dias vivió muchos años.

—Dios lo quiere! exclamó.

—Ah padre mio!

Un rayo de sol penetró con mil esfuerzos por entre las ramas agrupadas, y vino á iluminar aquel cuadro sombrío. Y es que la

naturaleza pocas veces es constante con nuestros sentimientos aflictivos.

No habeis visto brotar un rosal sobre una tumba?

No habeis visto posar una mariposa sobre una flor marchita?

¿No habeis visto brillar un sol sereno en medio de las tempestades qne los vientos desencadenaron?

Alabado sea perpetuamente el nombre del Señor!

---

# VIII.

## La gruta de las mariposas nocturnas.

¡Para respirar tristezas crepusculares, al caer las tardes tranquilas! Los poetas melancólicos entónces ensayan sus casidas perfumadas de aromas celestiales.

Esto dijo de ellas un poeta andalusí, de Valencia: (6)

Cede la luz al espirar el dia;
Las apiñadas nubes el sol dora;
Del crepúsculo débil la agonía,
Qué tiene de divino que enamora?
Por qué más dulce son arroyo y fuente?
Por qué más triste se enajena el alma?
Qué singular placer el pecho siente?
Es que hay horas de amor, y el afan calma.

Nowara y Cámar, despues de haber llorado con desconsuelo durante todo el dia, al llegar las sombras con la última luz que se apagaba, dirigieron sus trémulos pasos hácia la negra gruta de las *Mariposas nocturnas*.

Es aquel lugar sombrío, pues allí se agrupan más densamente las hojas de los árboles, á cuyos troncos, carcomidos por los años, sólo se enlaza la verdioscura yedra que nunca ha dado alegres flores.

De allí huyeron amedrentadas las aves, y con espantos; y el

rumor monótono del agua que destila en las profundas cavidades, tiene algo de misterioso y horrendamente asustador.

De noche, allí entonan sus siniestros aullidos el ave de las sombras y de la muerte, el pardo buho; mas cuando la luz rebosa en el horizonte cristalino, allí no hay flores, ni insectos, ni brisas olorosas, ni pájaros cantores.

¡Sólo la sombra y el rumor del agua que destila en las profundas cavidades!

¡Qué sello horrible ha marcado aquel lugar junto á las ondas sonrientes del Guadalquivir! Porque en el infierno corren rios, pero son de fuego.

Nowara y Cámar penetraron allí en aquella tarde funesta, despues de los fatales desengaños, y era ciertamente por la primera vez en toda su vida.

Hay alguna cosa más atroz que los dolores; es el terror, son los espantos.

Á las veces ellos son capaces de aliviar todas nuestras penas, para las cuales no bastaron rios de lágrimas. ¡Tal es el temor que imprimen en nuestro espíritu, y su inquieta desconfianza!

Luégo que se encontraron allí las doncellas sin consuelo, tuvieron miedo, pero un miedo que las entumecia, y se admiraron con estupor de su soledad.

Entónces quisieron retroceder, y una fuerza superior las detenia, de manera que estuvieron próximas á desmayar desfallecidas.

Se abrazaron estrechamente; cerraron sus hermosos párpados cuanto pudieron, y así esperaron.

Esto sucedió despues. Oh maravilla! Dios sea loado!

Tres grandes mariposas salieron de las grutas profundas; eran de una blancura amarillenta, y de cierto color delicado; mas de las alas, de finísimas escamas, llevaban impresas grandes manchas negras, ceñidas de irradiaciones tornasoladas.

Revoloteaban en infinitos giros, é iban y venian, ya descendiendo hasta tocar el suelo, ya elevándose en el aire, ya cerniéndose tranquilas con sosegado vuelo alrededor de las frentes inclinadas de las vírgenes; y el eco que allí resonaba no pudo sorprenderlas ni un zumbido.

Sus alas, parecia que derramaban luz en la oscuridad de aquel recinto tenebroso; y al agitarlas en el aire, desenvolvian aromas en él adormecidos por el ambiente emponzoñado de la cueva.

Pasados los primeros instantes, Nowara y Cámar, Cámar la del cuello admirable, levantaron la cabeza; y cuando apercibieron en su alrededor los tres blancos insectos de leves alas, que nacen en los cálices de las flores, se conmovió su espíritu fuertemente conturbado por un funesto agüero, hasta que sus inocentes juegos lograron infundir confianza en las doncellas.

Luégo se amaron; y es que el candor y la inocencia tienen entre sí mutua atraccion; la atraccion de la fraternidad.

En tal momento, dando treguas al dolor, las dulces niñas de húmedos párpados las brindaron caricias infantiles; y Nowara logró aprisionar una mariposa, la más hermosa y fugitiva, y de más brillantes alas.

Mas sucedió que al tocarla se deslizó y descompuso como una nube ligera del estío al tocarla un rayo del sol canicular.

En este instante apareció una claridad blanquecina que iba por momentos tomando intensidad y llenando de esplendentes colores toda la gruta, é instantáneamente se extendió en todos sentidos con proporciones gigantescas; luégo, de la dorada techumbre, que ascendió muchos codos, cási hasta tocar la region de las nubes y del arco iris, empezó á desprenderse copiosa lluvia de flores y polvos de oro, cada uno de cuyos átomos, herido por los torrentes de luz, brillaba como una estrella en un cielo sereno, y parecia que los derramaban angélicas manos cogiéndolos del seno de la aurora.

En este momento Cámar, la del seno delicioso, áun no del todo apercibida, cogia con trémulas manos el segundo de los insectos, nacidos del cáliz de las flores; pero á su roce repitióse la admirable maravilla: así fué que, al disiparse esta mariposa, dejó en pos de sí un rastro intenso de enloquecedora fragancia, y luégo se dejaron oir en todos los ángulos, ántes silenciosos, acordes melodías de celestial concierto, sin que la vista humana de las dichosas vírgenes, que estaban atónitas, pudiera percibir sér alguno de forma material, ni el oido más perspicaz el eco de instrumentos conocidos.

Y cuando este misterio fué cumplido, la mariposa que habia quedado solitaria, disueltas sus dos hermanas, alzando tambien el vuelo inquieto, sumergióse en aquel piélago de luz y de ambrosía. ¿No se abisma el espíritu con tanta maravilla? Pues todavía hay más. ¿Qué cosa por estupenda no puede hacer el genio creador del poeta? Si ellos quisieran, el mundo cambiaria de faz á una sola palabra suya. Ah! ríndase la creacion ante su llama, porque ellos sienten que se inflaman por el mismo espíritu de Dios.

Vaga nube ocultó al insecto breve espacio de tiempo; pero muy luégo apareció bajo la forma aérea de una diosa trasparente.

Su cuerpo, perdido entre los vapores, no dejaba distinguir con claridad completa más que su cabeza gallarda y hermosa sobre toda ponderacion, coronada con reflejos del alba y ceñida de un círculo de luceros siete veces más brillantes que el foco condensado de la luna.

El cuello torneado parecia de cristal. Así era terso y delicado!

Su seno era incomparable.

De las redondas ubres, terminadas por flores de granados, cuyos pétalos no se acabaron de desplegar al aura mansa, salian abundantes caños de néctar sabrosísimo, alegría del paladar, y una brisa divina con soplo sosegado la extendia en gotas más pequeñas que las de la más tenue llovizna, hasta llenar todo el recinto, que con ellas tomaba frescura deliciosa y perfumes que embriagaban, de manera que era todo el ambiente de dulzuras.

Á su presencia se aumentó la claridad y la luz, y la seguian más de diez mil huríes de ojos verdes, todas de una belleza indescriptible. Cómo pintar lo que está fuera de lo humano?

Fuera preciso subir al sétimo cielo sobre el lomo del violento Borraj, conversar con los ángeles de aquella esfera, y tomar los caracteres escritos sobre las planchas inmortales de diamante, incomprensibles de todos modos á la inteligencia humana, pobre y raquítica de suyo.

De allí están tomadas las descripciones de las huríes, consignadas en las suras del libro sagrado; y, no os admire! aunque revelado al Profeta más querido de Dios (Dios le colme de los resplandores de su gloria) por medio del arcángel Gabriel, son pálidas

y frias en comparacion de las que allí se guardan, y forman despues la lectura favorita del Paraíso, siendo tanta y tan agradable, que no se terminará en la eternidad, áun leyéndola sin descanso.

Nowara y Cámar, en el aturdimiento de tanto fenomenal espectáculo, andaban vacilantes y remisas; en su incertidumbre ignoraban hasta lo que experimentaba el corazon, si eran recelos y temores, ó si locas alegrías que triunfaban de su dolor. Pero es lo cierto, que sentian un encanto sobrenatural.

La vaporosa ninfa nacida de la ambrosía habló con blando acento:

—Oid, hermosas entre las vírgenes; y ay! no se estremezcan vuestros pechos (asustados).

Á las armonías de su simpático acento callaron las armonías celestiales; y entónces continuó en són de melancólica canturia:

—Yo soy la felicidad; tras de mis huellas dejo impresa la gloria con sus laureles apetecidos; mas en mi seno guardo las inmortales palmas que jamas se marchitan; viven en la eternidad.

»Para vosotras las guardé, porque el Señor me dijo:

—»Cubierta está la tierra de lágrimas; protege bajo tu manto generoso todo corazon sin esperanza.

»Entónces pregunté por vuestro llanto; los ángeles que velan por vosotras me respondieron:

—»Un amor funesto taladró sus corazones, y nadie se lo podrá arrancar. Ay de las vírgenes! Porque eran hechiceras como el amor.

»Inquirí y os ví; vuestras pupilas estaban secas ya de llorar tanto; pero abierto el corazon.

»El mar, batiendo las duras faldas, socava la montaña y la derrumba; pero cómo dominar sobre la arenosa playa? Allí son ineficaces sus esfuerzos.

»Playa estéril son los corazones de Cámil y Tharif.

»El Señor, sin embargo, los destinó para vosotras; ellos inclinarán las frentes altaneras. Hay un dia, y está escrito.

»Pero oh! doncellas encantadoras; ese dia no es de este mundo; para él está reservado el Paraíso; su goce será inmortal.

»Y cómo en el entretanto sufrir lo agudo de vuestro dolor?»

El cuerpo es débil, y languidece; pero el espíritu no es inmortal?

»Venid, hermosas entre las vírgenes; los años más prolongados de toda una vida terrena son ménos que un soplo en la mansion eterna.

»Entre la muerte de Cadihja, la incomparable, y la de Mohammad, el Profeta de Dios, mediaron cuarenta años; y aunque Mohammad se rejuvenecia diariamente en la caverna de Heres, los años, con todos sus sucesos, pasaron para la esposa escogida en el breve tiempo que echó en exhalar un suspiro.

»Venid; para vosotras guardé un lugar privilegiado en mi seno de paz.

»Escrito está, y morireis. Sea alabado el nombre del Señor!

—Ah! ah! exclamaron aterradas Nowara y Cámar cayendo en la tierra con desmayo.

Bronco trueno retumbó con estruendo majestuoso en el espacio, y la ilusion quedó desvanecida.

La noche era sombría como la muerte de negras alas. Flores, insectos, ninfas, acordes, todo desapareció; en la gruta de las mariposas nocturnas sólo quedó la sombra y el rumor de las gotas destiladas en las profundas cavidades.

Nowara y Cámar, áun permanecian por tierra desmayadas.

---

# IX.

## La verdad resplandece como la luz.

—Á la media noche penetré en vuestro divan; penetré y érais idos: porque sentí desvelos y busqué vuestra dulce compañía; pero el divan estaba solitario.

—Era la noche fatigosa, y en el insomnio nos alzamos del lecho; corrimos al verjel, y allí nos ha sorprendido la luz de la aurora.

—Cómo sentís recelos en mis alcázares? Para vosotros ¿no fueron las ovaciones?

—Gracias al Amir magnífico. Su nombre encontrará en nuestros pechos eterna gratitud; pero las tribulaciones del espíritu ¿pueden oscurecer sus liberalidades?

—Escuché murmuraciones en vuestro desdoro, y enojéme: tuve dudas sombrías, y vine á saber la verdad. Valerosos hijos de Himyar, yo os pregunto por vuestros santos juramentos; y, ya sabeis, del perjuro es la infamia, y el baldon, y la muerte eterna. Á la media noche penetré en vuestro divan, y le encontré vacío: mil lenguas dicen que, miéntras le dejábais en la soledad, manchásteis los cabellos respetables de un anciano, con el deshonor de sus hijas, locas jóvenes apasionadas.

—Qué nueva desgracia nos persigue, oh Dios de justicia? Mas la verdad brilla siempre con luz resplandeciente. Vil es la lengua del murmurador; y siete, siete veces siete, setenta mil, setecientos mil millones de veces engañador y falso, el que aseguró cosas inciertas.

Aunque dicha esta vehemente repulsa con el acento de conviccion que indefectiblemente persuade, el Amir continuó impasible:

—Los que os vieron al dejar barcas veloces, lo contaron. Ved si la verdad tiene sus pruebas. La mancilla de mis xeques se refleja sobre mi trono. Y sufriré yo manchas oscuras? Ademas, Ómar As-sâig es el gobernador de mi ciudad y de mi alcázar.

—Si la verdad se pintase en el semblante, al ver el nuestro, poderoso Amir de los creyentes, hubieras desechado nubes funestas, que tendió la perversidad. Mas cómo evidenciarnos?

—Á la media noche penetré en vuestro divan, y lo encontré vacío.

—Dios lo quiso.

—El alba os sorprendió por esos campos: tú lo dijiste.

—Estaba escrito.

—Ah! el mundo es todo engaños: en Dios sólo reside la verdad.

—El justo perseguido se inclina y detiene el aliento, hasta que han trascurrido los dias del triunfo de los malos.

—Porque testigos, que no mienten, os vieron; y comprendieron vuestras hazañas de la noche. Ah! los mares y los montes no pesan tanto á la tierra, como los injustos y los ingratos. ¿Teneis quejas de mí?

—Oh! poderoso Amir, Amir magnífico! nos diste generosa hospitalidad y espléndidas fiestas: tu Imperio todo resonó con la voz de nuestras alabanzas. Cómo tal mutacion? El silencio es el honor del bien nacido. La noche fué de pesar y grave: nada más puedo decir. Todo otro juicio es infundado, y falsa é imprudente toda otra aseveracion. Y yo te juro, por la quietud eterna de mis abuelos, que mintieron los que pensaron mal.

Éste es el más poderoso de los juramentos: una tumba jamas puede mentir; y una sombra evocada, viene siempre en auxilio del que la demanda. Pero no ignorais que Cámil desoyó sus gritos de venganza contra el Bekrí, y su enojo no tuvo límites. Así, en el momento crítico abandonaron á los acusados hermanos á sus esfuerzos solos.

—Los que lo aseguraron están dispuestos á la prueba de la lid, dijo el califa, prosiguiendo en sus cargos.

—La fuerza no es suficiente para luchar con héroes tan poderosos.

—¿Ignorais que uno de mis títulos es el de vengador de la soberbia?

—Tu poder es grande, y le acatamos.

—Os hallareis en el campo y frente á frente, y lanza contra lanza.

—Dios lo quiere.

—El vencido será proclamado infame.

—Es lo justo.

—Su cuerpo será expuesto en sitio público para escarmiento.

—La verdad resplandecerá.

—Cuando el sol medie en su carrera, en el campo de las fiestas, frente al alcázar nuevo, en Casrr An-nâora.

—No querrá Dios que aquel sea campo de ignominia para nosotros, porque estamos puros como la nieve.

—Dios es grande.

—La esperanza en Él; pues de Él procede la verdad, que es eterna.

Cámil y Tharif salieron: Abderrahman quedó solitario y sombrío.

La antecámara á poco resonó con lentos pasos.

El Waquí, cadí supremo, Ax-Xath, el jurisconsulto; y Muza ebn Aâsim, el secretario, se presentaron despues con inclinacion profunda.

—Grande y clemente es Dios! dijo El Waquí.

—Y justiciero, replicó Ebn Aâsim.

—Derrame la felicidad sobre tu Imperio, dijo ademas Ax-Xath.

—Su liberalidad no tiene límites, volvió á decir El Waquí.

—Cuando el sol haya mediado, les interrumpió el califa, el de los ojos azules; cuando el sol haya mediado su carrera, abrireis la puerta del juicio.

—Dios guarde al Amir poderoso, sabio y justo!

Se inclinaron y partieron.

Vinieron despues los heraldos, en pos reyes de armas, capitanes valerosos, y con ellos Aly Ferhon, Seid el Áhmad, Abul Fárach y Daud ben Hayyan.

La entrevista fué silenciosa: Abderrahman ni alzó la vista para mirarlos; con lo cual, ninguno osó mover la lengua.

Pasaron horas.

Luégo, timbales y lelíes atronaron con sus ecos; y el sordo zumbido de la confusion tumultuosa resonaba por los ámbitos; en breve una numerosa comitiva, presidida por Abderrahman, se dirigió al antiguo campo de las fiestas, que hoy se conmoverá con el estruendo del combate.

Sin embargo de esto, el salon de justicia estaba abierto, y en él deliberando jueces y jurisconsultos, los más afamados del Califato andalusí.

Cuando se abrió el campo, presente Abderrahman, Cámil y Tharif se presentaron los primeros; despues los acusadores; y éstos eran Ferhon, Seid Áhmad, Daud ben Hayyan y Abul Fárach.

Otzman Ebn Yecid les partió el sol.

El concurso miraba silencioso.

Cámil partió contra Aly, Tharif contra Áhmad. Breve fué la lucha: Áhmad y Aly Ferhon cayeron bañados en sangre hirviente de sus costados, abiertos por puntas aceradas. Un grito de terror se levantó por toda la extension en que la multitud bullia. ¿Qué podrá el lobo temeroso cuando el leon ha rugido?

Mala fué la suerte del combate! Gigantes son los héroes del Yémen; y su corazon tranquilo, y la seguridad de su justicia, infunden más vigor en sus músculos hinchados.

Fárach y Hayyan rodaron tambien exánimes. ¡Tan fácil les fué el triunfo!

La multitud estaba absorta y conmovida, Abderrahman maravillado; cuando hé aquí que se presenta en el circo, sobre un negro pisador de airosos cabos, un nuevo guerrero de azufrado rostro é indómita pujanza.

—Saffar! gritó la concurrencia.

—Saffar! El hermano! gritó el califa.

—Saffar! la hermosa Halewa; y se desmayó la vírgen, porque le amaba tiernamente, y vió el suceso de Aly y Fárach, y Seid y Hayyan.

Cámil fué quien le acometió; mas su lanza chocó sobre el es-

cudo del adversario, miéntras que Saffar fué más dichoso. Él desgarró el hombro á su enemigo.

Quién pinta la emocion? Movimientos contrarios, paralizacion de ideas, temor en unos, placer en otros, anhelo en todos.

Herido está por la primera vez el héroe invencible: la lanza de Saffar sacó la sangre. Qué ansiedad en los semblantes! Cayó cual la avalancha de las cumbres, y se estremeció el cedro, que los vientos no pudieron bambolear. Gloria á los valientes! ¡Córdoba entera resonará con su aplauso; su nombre se dilatará por todo el Andalus, y los mares lo llevarán en sus vagidos hasta las regiones extremas, en donde nace el sol!

Los guerreros se preparan para la nueva embestida.

Ya aguijan sus corceles veloces como los rayos, é impetuosos como los torbellinos; mas ¿qué nuevo y extraño accidente los detiene?

El Amir los mandó esperar.

Todos los ojos se tornaron hácia Abderrahman: con él estaba Ómar.

Se expondrá acaso el anciano á la lucha, si Saffar muere? Todos lo temen, porque Ómar es arrojado y temerario. Mil hay que en este caso arrostrarán por él la muerte; porque, luchando con guerreros como Cámil y Tharif, la muerte es cierta. Pero ¿no es generoso morir por un anciano respetable y por el honor de dos gacelas?

Abderrahman y Ómar hablaron breves momentos, que no obstante fueron largas horas para el deseo no comprimido ni sujetado.

Cuando hubieron concluido el Amir y el Sáhib el-Medina, el primero arrojó en mitad del campo abierto el cetro de su Imperio, con grande admiracion de la concurrencia.

Temia Ómar por la muerte de Saffar? Mil hay allí que se sacrificarán por él gustosos.

El combate y la prueba estaban concluidos: un heraldo publicó que Cámil y Tharif estaban limpios de toda mancha; limpios como el sol, y que eran buenos caballeros sobre los más buenos.

Nadie se atrevió á aplaudir como en tales casos se acostumbra.

Los muertos fueron declarados infames de mala ley, y sus cuerpos expuestos en los zosos más públicos de Córdoba.

El campo, pues, se despejó: Abderrahman volvió á su palacio, el grande de Córdoba; llevaba á la diestra mano á Ómar y á Cámil, á su izquierda iba Saffar y Tharif: la córte y el estado, y la guardia y la numerosa comitiva, caminaban en pos.

El Palacio de la Justicia se mandó cerrar, sin escuchar la resolucion de los sabios y de los jueces.

Lo que pasó en el divan del Amir, nadie lo supo; mas la sesion fué larga, y á ella asistieron Abderrahman, y Ómar y Saffar, y Cámil y Tharif.

Despues, aparejados dos fogosos potros, Cámil y Tharif se despidieron de Ómar y Saffar con mutuas lágrimas, y partieron en distintas direcciones.

Córdoba fué lenguas del hecho por muchos dias; pero la verdad nadie la supo.

Sólo Dios que todo lo penetra! Alabanza!

---

# X.

## Han muerto las gacelas!

Divinos poetas han dicho en sus poemas:

«Insensato el que pretende que dure el cuerpo humano! ¡Es tan poco sólido como la rama de la palmera, y tan fugaz como la espuma de las aguas!»

Y otro exclamó sobre lo mismo: «La juventud, la hermosura, la vida, las riquezas, son otros tantos haces de paja que se lleva la corriente tras sí.»

Y áun algun tercero ha escrito tambien: «Torrente arrebatado que hácia la mar se arrastra; tal es la imágen de la vida humana!» Y este fué Valmiki; le conoces? Cantó muchas cosas bellas, y entre éstas, cómo se formó la ambrosía. Su *Ramayana* es un libro inmortal, y forma en el Paraíso parte de las lecturas favoritas del Profeta. Lástima que aquel no le hubiera conocido! La obra entónces sería perfecta; porque, á su superior inspiracion, hubiera añadido la luz del Islam, que es la luz de toda ciencia.

Pero, volviendo á mi cuento. El Nilo, el Eufrates, el Tigris, el Suin, el Yor, con ser los cinco rios más grandes del Universo, segun sabios viajeros, entre los que se cuenta el verídico Ebn Jhatib, (7) que escribió lo que vió y no lo que quiso ver, estos cinco grandes rios no tienen igual curso; el Sindia, el Ganges, el Jun, el Athil, que se tiende en los desiertos de Kipsiak; y el Saro, á cuya márgen se levanta la gran ciudad del gran Imperio, ya apénas se les pueda comparar. Qué diremos de los otros rios menores?

Así tambien es la vida: unos la cuentan larga como Abraham, Isaac, Jacob, que duermen hoy en sus sepulcros de Gaza; (8) otros llegan hasta la edad del Profeta; algunos mueren en la juventud, muchos en la infancia; son flores que troncha el vendabal, que no cuida de las jóvenes, ni las escoge.

Nowara y Cámar estaban próximas á morir; ¡ay de las vírgenes! para ellas ya no hay remedio. ¿Qué hará el anciano Omar sin sus gacelas?

Miradle: su respiracion agitada, sus ojos espantados, una gota asomada á la pupila; la sien sobrecogida de un temblor glacial; no dice el rostro todo lo que siente el corazon?

Ay! Az-zahrá, palacio del deleite, palacio de la flor! Tus bóvedas no resonarán más con el estrépito de sus gracias como cuando alegres cantaban, ó cuando se expresaban con su encanto decidor tus vírgenes de negros ojos, tus vírgenes de seno incomparable.

Ah! Dadlas vida, Señor! ¿Es posible que tronche el aquilon la flor áun en capullo? No gozará de su juventud? ¿Para qué fué entónces la vida? Pero ay! que una tos continua desgarra las gargantas de las pálidas doncellas, y á sus labios asoman de vez en cuando espumas siniestras de oscura sangre.

Y hermosas estaban aún al borde de la tumba!

Todas sus facciones habian tomado el sello de una espiritualidad celeste; y aunque estaban amarillentas, como azucenas en su segundo sol, sus pómulos áun conservaban un ligero carmin, como flores temerosas de desplegar los pétalos.

Y era que sus almas se evaporaban, como dos perfumes exhalados, y se elevaban con alas invisibles hasta confundirse con la nube blanquecina; esta es la muerte del amor! ¡Sublime es hasta en los últimos momentos!

Ómar no apartaba su pupila intranquila de sus hijas; vagaba, con los crudos recelos de la desesperacion, del lecho de Nowara al de Cámar, del de Cámar al de Nowara. Nada fuera bastante á distraer su atencion; el alma toda habia acudido á sus ojos, y éstos, sin pestañear, estaban absorbidos en el último accidente de las hermosas doncellas que morian.

Nowara mostró en un momento de fatiga alguna inquietud.

Omar no pudo reprimirse más; nuevas lágrimas enardecieron sus párpados, y con voz ronca, pero amable y dulce como su cariño, dijo:

—Hijas de mi alma, ¿qué os faltó al lado de vuestro padre que os adoraba? Él soñó venturas y os las dió.

»Ah! cómo pagais muy mal tanto cariño! ¿qué hará el anciano de cuerpo ya encorvado; qué hará el anciano sin la luz que era su encanto? Vendrá á tierra como tronco viejo, y ni una lágrima se derramará sobre su fosa.

»Ya se acabaron mis sonrisas; dónde buscar mi alegría?

»Ay! ¡palomas mias, hermosas mias, hijas amadas de mi corazon! Por qué no os acompaño tambien? Los años que áun me restan los pasaré en la amargura; no habrá consuelo alguno para mí.

»Veré nuevos retoños en torno del olivo; él los cobijará con su sombra; mas, cuáles serán ya los retoños que cobijen mis canas?

»Veré hermosas doncellas discurrir por los campos tras de las mariposas y de las flores; ¡ninguna, ay! me sonreirá, ni me traerá sus ramos, ni se dirá hija de mis entrañas!

»Ay, queridas mias! cómo arrastrar tan amarga soledad?»

Él lloró, y su llanto no tuvo fin.

Nowara y Cámar no contestaron; sus rostros se cubrieron de una lívida palidez, y humedeciólos un sudor frio, frio como la nieve; sus ojos se cerraron dulcemente; sus bocas, como dos flores para exhalar su fragancia, se entreabrieron para lanzar su espíritu con el último suspiro que áun ahogóse en sus gargantas!....

Cuando Ómar alzó la frente abatida por el mismo dolor de sus palabras..... Nowara y Cámar habian sido; ya no existian! ¡Felicidad para sus almas!

—Maldicion sobre los impíos! gritó el anciano desesperado; maldicion!

—No muera yo, señor, sin ver tu venganza! exclamó Saffar entrando y comprendiéndolo todo de una rápida ojeada.

Y padre é hijo se estrecharon con los lazos del dolor y de la desesperacion.

Rómpase la lira del poeta; estalle su corazon en mil pedazos!

Murieron las más hermosas de las hermosas, y murieron de

amor: benditas sean en la profundidad de sus tumbas! Dos dias despues leíase sobre un sepulcro:

Oh, sepulcro! tú ni un cielo —ni una rauda jamas fuiste;
¿Cómo pues en tí se encierra, —siendo espacio tan humilde,
Una luna tan brillante, —y una rama tan flexible?

Y otro poeta dijo junto á la tumba en otra ocasion:

Sepulcro que las dos joyas—ricas de Córdoba guardas:
¡Báñente con su rocío —las nubes de la mañana!

Sus almas volaron á la eterna gloria; ni áun fué preciso purificarlas en el fuego: qué más martirio que su pasion?

Rómpase la lira del poeta; estalle su corazon en mil pedazos! ¡no es hora de canciones; es la hora de la pena profunda, hora de llanto!

Nowara y Cámar murieron: dónde tendrá ya inspiracion? ¿dónde ahora cantar la hermosura y las gracias? Un soplo las arrastró en pos de sí, y se disiparon veloces. Ay! ángel de la poesía y del sentimiento! toca ahora mis sienes con tus alas, y sentiré nuevo estro, nuevos brios, inspiracion á torrentes; porque las vírgenes que hasta aquí me inspiraron con sus sonrisas y con su amor, aunque funesto, murieron!

Quién ahora aliviará en su duelo al pobre anciano Ómar? Ellas eran la alegría de su senectud, y le mantenian rejuvenecido con sus caricias. Qué solitario es el dolor! ay! ¡como que nace de lo más íntimo del alma!

Ómar salió demente por las calles; le sofocaba la atmósfera mefítica de su palacio. El dolor disculpa su locura, pues iba exclamando á gritos por todas partes:

—«Sépanlo todos, todos; sepa todo el mundo mi dolor! ¡Nowara, Nowara, la que era luz y alegría; y Cámar, Cámar, la escogida; Nowara y Cámar, mis hijas amadas; Nowara y Cámar han muerto; sí, han muerto las hijas de mi corazon!

»Nowara y Cámar han muerto! ¡Comprended cuál será mi do-

lor! Seré pájaro triste de los valles; lloraré como la tórtola hondos pesares.

»Nowara y Cámar han muerto! Inmóviles están sus ojos que alegraban; cómo ha de haber consuelo para mí?

»Salid, doncellas, ya; salid de vuestros divanes; ya no hay luz que os eclipse.

»Nowara y Cámar han muerto! Las ha marchitado el amor; mas eran puras, puras como la barba blanca de su padre, que jamas se envileció; puras las arrebató la muerte; pero ¡han muerto de amor!

»Maldicion sobre el perverso! él dejará las vias del Señor. ¿Las sigue acaso el que siembra el negro luto?

»Sangre destila mi corazon: esas son las lágrimas del padre!

»Quién no llora al ver mi dolor? Porque, sabedlo todos; nadie lo ignore: Nowara y Cámar, Nowara la de los ojos de flor, y Cámar, Cámar la de la frente espaciosa de azucenas, ¡Nowara y Cámar han muerto! Sí, muertas, muertas como mi corazon!

»Sépanlo todos para llorar: Nowara y Cámar han muerto: ¿no veis cómo el sol palidece? Pues esta noche no habrá luna; ¿cómo ha de haber luz, si la luz ha muerto?»

Córdoba entera acompañó al anciano en su desgracia; habian, efectivamente, palidecido en ella los astros sonrosados del amor.

Abderrahman lo supo, y dijo al santo alfaquí de la Meca, Obeidallah:

—¡Nowara y Cámar, las dos hermosas perlas de Ómar, han muerto!

—Estaba escrito! contestó el alfaquí.

Y los dos oraron con alabanzas á Dios. Loado sea!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

# LAS HADAS.

## SEGUNDA PARTE.

# CÁMIL Y THARIF.

# INTRODUCCION.

---

Alabanza á Dios único, clemente y misericordioso! Alabado sea el nombre santo del Señor! Todo lo que existe, de Él procede; de Él, que es inmensamente grande, grande, sin que haya comparacion más que consigo mismo!

Abrió su mano generosa, y el mundo fué creacion de maravillas; mas en todas partes está con el soplo vivificante de su espíritu, haciendo brotar incesantemente la vida.

Todo obedece á su voluntad irrecusable; y no hay cosa alguna, por pequeña que sea, que esté distante de sus ojos.

Dirige el rumbo de la vaga nube que el rayo del sol colora; la dirige por medio de la inmensidad de los espacios; murmura entre las olas de los mares, entre las olas tranquilas, pero ruge en las veloces; en el Líbano empuja el tallo del cedro que resiste á las edades y es incorruptible, y en el desierto de rojas arenas alza la palmera elegante, que resiste el ímpetu mortífero del Semum venenoso, y cria el coral bajo las aguas.

Él hace y desbarata á su antojo, y de Él es toda voluntad.

En su sagrado nombre, que venerarán los siglos, empieza aquí la Segunda Parte del libro de *Las Hadas*, ameno por lo maravilloso, y maravilloso por lo grande. Todo en él es sobrenatural: mas ¿es poeta quien se arrastra sólo por la baja esfera de lo comun y tangible? La mente debe elevarse á los espacios de lo ideal, y esa es la inspiracion.

Dios me ilumine con sus sublimes rayos, y exhalará mi leyenda aromas deliciosos de ámbar y de ambrosía.

Ojalá!

---

# I.

## El imperio de Abderrahman.

Los ancianos campesinos veintidos veces habian cegado sus rastrojos desde el nacimiento de Abderrahman al dia en que, lleno de entusiasmo y de la más viva alegría, un pueblo entero le alzó sobre el trono de donde habia caido asesinado su padre Mahommad.

Y érase las delicias y el encanto de Córdoba, y el más hermoso de los muslimes; porque tenía el color sonrosado y los ojos azules, como en un ramo de rosas, matizado de jazmines, dos flores de acónito ó de algodon que estuvieran simétricamente colocadas. Luégo era amable, como una hurí para el bienaventurado, y gentil y erudito como siete sabios, cada uno de los cuales abrazase siete ciencias ó siete lenguas todas distintas; y, por último, era prudente, tanto como un anciano de largos años y de sucesos difíciles.

Y Áhmad Almaccari dijo de él:

De Moisés la mano blanca —Dios á Abderrahman ha dado;
Mano potente que el agua —de la dura peña extrajo;
Mano sublime que hiende —las ondas del mar hinchado.
La que, cuando Dios lo quiere, —domina por alto arcano
Los elementos en lucha, —las tempestades y estragos.
Con ella llevó la enseña —del Islam bendito y santo
Adonde jamas ninguno —le llevó de glorias harto.
Que duerma en paz en su tumba! —que Dios le tenga en descanso!

Mas cuando Abderrahman subió al trono, en los dominios de los infieles gobernaban García en Leon, y en su nombre Galicia

y Asturias tenian á los condes sus hermanos, Ordoño, que pronto le sucedió en el trono, y el buen Fruela; en Barcelona era conde Sunyer, y en Navarra Sancho García (Abarca); y dicho se está que eran todos valientes y de la raza de los valientes; como que los más procedieron de las fieras de Covadonga.

Ademas, en Bobaxtro, en Ronda y en Archidona áun se movian los muwaladíes, levantados por Hafs, el hijo de Ómar ebn Hafsun, Dios le maldiga! el guerrero invencible á quien no pudieron dominar los califas anteriores. De manera que los ojos de mil enemigos, internos y fronterizos, contemplaban con amorosa y halagüeña expresion sus dientes brillantes.

Mas Abderrahman era bueno, y Dios le abrió sendas. Los pueblos le ascendieron con frenesí, y desde luégo la lisonja murmuró en su oido con justicia los sobrenombres de An-Násir ledin Allah ó *el amparador de la religion de Dios*, y el de Amir al Mumenin, que quiere decir *príncipe de los creyentes.*

Es verdad que erigió mezquitas, y fué la de Córdoba tan suntuosa, que oid lo que por esto escribió el insigne poeta Mahommad ebn Mahommad Al-baluní: son sus palabras, que rebosan miel y azúcar:

De la religion en honra, —más de ochenta mil dirhames
Abderrahman ha gastado —de los más ricos metales.
Los ha gastado erigiendo —un altar y un templo grandes
Para el uso de su pueblo —y en la fe para afianzarle.
Cubre el oro las techumbres—con profusion, y brillante
Como relámpagos rojos —que las negras nubes parten.

Así el Señor le dió venturas.

Él solo pudo vencer á los Benu-Hafsun, tomándoles primero á Archidona, con lo que los hizo reducir á sus primitivos términos; y despues de arrollarlos junto á Elbira, los arrojó del mismo Bobaxtro, con lo que ahogó para siempre la insurreccion.

Y sabeis quiénes eran los Hafsun?

Voy á referirlo, aunque poco diga al interes de mi leyenda, siquiera por lo que su vencimiento magnificó al gran Amir de los muslimes, el espléndido, el grande, el más amado y el que más

honró á Dios é hizo justicia á su pueblo, Abderrahman III, figura de las más simpáticas de mi libro, y de las más queridas de la historia.

Ómar ebn Hafsun era muwaladí desde tres generaciones; y Ebn Jaldun nos ha conservado su maldita genealogía, porque descendió de infieles.

Ómar era hijo de Hafsun, hijo de Ómar, hijo de Chaffar, hijo de Xatim, hijo de Dzobian, hijo de Fergalú, hijo de Alfonso, conde rumí.

Ómar habia nacido en Torrecilla, cerca de Parauta, cerca de Ronda, cora de Tecorona. Nació desde luégo con instintos de infiel, y dicen que su madre era mozárabe; así, pues, creció siendo amigo de los nazarenos, á quienes no quiso exterminar, como planta maldita de jugo amargo, la generosidad funesta de los Amires.

Mas está escrito: la planta de jugo amargo no puede dar sabrosas frutas, aunque se la riegue con miel y néctar del Paraíso, ó con las aguas del Cautzor y del Salsala.

Ómar se levantó con mozárabes y muwaladíes; venció á Amer ebn Amer, wizir de Rayya, y áun á su sucesor Abdelazis ebn Alabás, hasta que Haxem ebn Abdelazis lo atrajo á sí con grandes ofertas, y lo llevó á Córdoba, en donde recibió muchas mercedes del califa bondadoso.

Era éste Amir Mahommad I, padre que fué de nuestro Abderrahman; con que ya veis si era antigua la sedicion; porque, ya sabeis, á Mahommad sucedió en el trono Al Mondhir, y luégo vino Abdal-láh, y por último Abderrahman.

De los malos es la ingratitud: así Ómar, luégo que se cansó de la córte más pulida del orbe, él que era tosco y rudo, cási bárbaro, como mal nacido, aunque estaba lleno de altas aspiraciones, aprovechó la ocasion primera y volvió á enarbolar nuevas banderas, extendiendo la insubordinacion por todos los ángulos del Imperio.

De manera que era general la revolucion, pues al mismo tiempo se removieron el wizir de Mérida, Abderrahman ebn Meruan; el de Faro, Bekr ebn Yahya; el de Boja y Marlota, Abdelmelik ebn Abilchawad; y Sadun el Serrambaquí, y Seîd ebn Gualid ebn Martarú, que lo eran entónces de Coimbra y de Luque.

Con todo esto se estremeció el trono de Córdoba; pero áun hay más.

Á Ómar se le unieron los mejores caudillos de aquella época, que lo fueron, aunque sea fatigoso enumerarlos, Al Ohaimir, el más diestro flechero entre todos los flecheros, como que nunca disparó su arpon sin muerte; Hafs ebn Almarra, de mala intencion y de una pujanza de gigantes; Nabil y Ax-Xomais, que fueron hazañosos por lo osados y lo temerarios; y los condes Xarbil ebn Hachag, y Ebn Hásan.

Á éstos hay que añadir toda la tribu de los Benu Rafac, capitaneada por Hareta ebn Hamdun; la de los Benu Matruh, cuyo jefe era Ixam, con otras muchas que no recuerdo, todas de gran valor.

Por esta causa Ómar ebn Hafsun venció á Al Mondhir, ántes de que este príncipe subiese al trono; y el cual, aunque luégo le ganó victorias, adquiriendo á Archidona y los castillos todos de la cora de Bago, tuvo que hacerle mercedes; como su hermano Abdal-láh se entendió nuevamente con él, dándole el gualiato de Rayya, aunque en compañía de Abdelwahab ebn Abderruf.

No era esto, sin embargo, del contento de Ómar; y ved aquí que en su tercera insurreccion puso en grande aprieto el califato, pues adquirió tanto poder, que subyugó bajo su dominio las coras enteras de Rayya, Elbira, Jaen y Bago, inclusas las ciudades de Málaga, Ronda, Granada y Baza; y luégo á Baeza, Úbeda, Cazlona, Alcaudete, Cabra y hasta Bolay, que sólo distaba siete millas de Córdoba. Tal era su arrojo y su osadía!

Ay, de los que no temen el castigo de la iniquidad! marcado tienen su dia: caminan como sobre una vereda de rosas, y hé aquí que van siempre sobre difíciles senderos, y está la caida donde parece mayor la seguridad.

Ómar perdió en Bolay la gran batalla, é inmensa fué la carnicería contra los suyos: Xarbil cayó aquel dia: sus huestes se dispersaron, como ondas de humo en el espacio, y en su fuga ignominiosa Archidona le cerró las puertas, y solitario y desamparado se refugió en Bobaxtro con un puñado de temerosos de la muerte.

No se escapó Ómar, no obstante, de la muerte.

El reves sufrido le entristeció tanto, que á los pocos dias murió en su cueva inexpugnable, dejando el mando á sus hijos, que lo eran Chaffar y Suleiman, Hafs y Abderrahman, áun cási adolescente.

Y sucedió, por altos juicios de Dios, que Chaffar fué asesinado, por el mandato de su hermano Suleiman, quien, habiendo sido cogido á su vez guerreando contra el califa, y decapitado en Córdoba, dejó, quizás de no muy buena voluntad, el gobierno á Hafs, su próximo heredero, cuya suerte ya veremos.

Ómar fué maldito de Dios para los muslimes; y, sin embargo, uno de ellos, de gran saber y mucha fama, el insigne historiador Ibn Adzari, en su obra titulada *Bayan Al-Magreb*, ha escrito sus alabanzas de este modo:

«Fué Ómar ebn Hafsun, dice, un azote de Dios y un castigo con que Alláh afligió á sus siervos, aprovechándole lo revuelto de los tiempos, lo rebelde y corrompido de los corazones, y la perversidad de los ánimos, aficionados al mal y dados á la sedicion.

»Pero, juntamente con sus desmanes, era muy amante de sus compañeros, llano y modesto con sus amigos; y, á pesar de sus maldades é impiedad, era muy celoso de amparar á los suyos y evitar que no hiciesen ni recibieran ofensa ni agravio.

»Con esto ganaba los corazones.

»Acontecia en sus tiempos que una mujer podia caminar sola de una á otra comarca, con sus alhajas y sus bienes, sin que nadie la saliese al encuentro para despojarla ni ofenderla.

»Su espada era el escarmiento de los criminales; y procedia con tal equidad, que daba crédito lo mismo á una mujer, que á un hombre ó un niño, ó á cualquiera que viniese á querellarse contra cualquiera persona que fuese, sin pedir para el caso más testigo que su queja y afliccion, y hacía justicia con sus mismos hijos.

»Era humano y benéfico con todos los hombres, y honraba á los valerosos; y cuando podia más que ellos, y los vencia, los trataba con magnanimidad.

»Á los que mostraban esfuerzos en los certámenes y ejercicios de armas los regalaba brazaletes y otras preseas de oro, y todas estas cosas contribuian en su favor.»

Tal dice el escritor ya mencionado; sin embargo, en los labios de todo buen muslim no habrá más que maldiciones para ese perro hipócrita, á las veces islamita, á las veces cristiano.

De Dios, que es grande, es sola la verdad! ¡Sea alabado por los siglos y perennemente!

---

# II.

## Venturosos los que van á la lid!

Ya sabeis quién era Ómar. Pues bien; cuando Abderrahman tomó las riendas, todavía poseia á Toledo, muchas ciudades del Mediodía y una gran parte oriental del Andalus. Pero Abderrahman llamó á la guerra á sus caudillos, y pronto se rodeó de cuarenta mil soldados, que dividió en ciento veintiocho banderas.

El arráez Almudhaffar, tio del califa, es el que dirigió el combate junto á los montes de Cuenca. ¿No vísteis triunfar su veloz caballería? Peñascos que se arrojan de la cumbre, fueron sus fuertes pelotones, al caer con fiero ímpetu sobre sus espantados enemigos. Quién resiste sus terribles oleadas?

De esta manera penetró en Zaragoza, y resolvió prontamente los movimientos de las Alpujarras en la cora de Elbira, y los de la serranía de Ronda, que comprendia la de Tecorona, cuajada siempre de gente inquieta y por demas revoltosa. Luégo murió Ómar, como se ha dicho.

Abderrahman tambien venció á Chaâfar, á quien mató Suleiman; y á Suleiman, á quien llevó á Córdoba. Hafs perdió luégo á Bobaxtro; y, sin lugar ya para la defensa, se rindió con su hermano Abderrahman al califa, á cuyo servicio entraron.

Y aconteció entónces, que el Amir, para escarmiento de malvados, mandó desenterrar los restos de Ómar ebn Hafsun, y juntos con los de Chaffar y con los de Suleiman, sus hijos, los hizo colocar en la puerta llamada Bab As-sudda, aunque otros dicen que fué sobre la de Bab Al-wadí; pero es lo cierto que allí estuvieron hasta que las águilas y los halcones los hicieron desaparecer.

Dios confunda á los malos!

Mas, ¿creereis que sobre esto sólo diera el Señor victoria al grande, al magnífico, al sabio, al prudente Abderrahman? Seguidme en mi relato, que, aunque seré muy breve, ya vereis cómo sus armas brillarán levantadas con el signo de la muerte sobre los campos de Afranch, y hasta por bajo de las murallas de Tolosa.

El primer año del reinado del poderoso y espléndido Amir de los muslimes (910 de J. C.), García, el primer reyezuelo de Leon, hizo una algarada contra los moros de Hafsun, y taló y quemó á Talavera. Y dice la crónica, que de los soldados de Ómar no mataban los de García más que los islamitas, pues á los mozárabes y muwaladíes, que se habian vuelto cristianos, los conocian por una señal que llevaban sobre el pecho.

Venció Abderrahman á los hafsunitas; murió García de Leon, y ese infiel Ordoño II que le sucedió, quiso hacerse amar entre los suyos con destruccion y mengua del Islam; llevó la algarada hasta Mérida, cuyos campos devastaron; corrieron á la tierra de los godos, á Castilla; y volvieron á poner en grande apuro á la nueva Talavera, con lo cual el valor del príncipe se exaltó, y mandó publicar el alchihed ó guerra santa, á la cual nunca dejan de concurrir los fieles.

Oh admirable poder de la inspiracion! Ya veis cómo os he traido, despues de un cúmulo de extrañas narraciones, al lugar donde hemos de reanudar el hilo mágico de nuestra historia; porque habeis de saber, que el dia en que Abderrahman dispuso las fiestas en obsequio de Cámil y Tharif en Cassr An nâora, allí supo el califa la temeridad de los infieles, que á decirle fué Ómar As-saîg, á quien lo refirió un mensajero venido de las fronteras. Es verdad que entónces tambien habló algo al Amir de los amores de sus inocentes hijas Nowara y Cámar; paz y salvacion para ellas! y esto fué porque el Amir le dijo:

—Has faltado á las fiestas de este dia, el más feliz para mis reinos, pues que obsequio en él á los más galanes mancebos del mundo, al inaugurar los goces á que destino este nuevo alcázar.

—No lo permitiera Dios, señor, y fuera yo más feliz, contestó Ómar.

—En qué pudieron perturbar tu sosiego? Sus glorias ¿acaso eclipsarán tus glorias, que ya aseguran con respeto tus venerables canas?

—Valiera más que fuera esto! ¿Qué son las efímeras glorias que concede el mundo, si está intranquilo el corazon, de donde procede toda felicidad?

—Pero no acierto la causa de tus inquietudes!

—Oidlas, señor. Ojalá que yo las ignorara! Nowara y Cámar, mis hijas queridas, las que, despues de Zahrá, eran la gloria de Córdoba, están pálidas. Nubes copiosas han empañado sus ojos bellos como el astro de la luz, y son sus hondos pesares el amor que ha penetrado en sus almas con fuego de destruccion. Mirad, señor; su llanto es incansable: ¿cómo ha de poder sufrirlos el corazon del anciano encanecido? Y son la causa de la pasion que han concebido, esos jóvenes donceles, que el amor de las huríes más plácidas merecieran; pero por quienes Nowara y Cámar, mis hijas queridas, desfallecen de amor. Toda la noche la pasaron entre lágrimas, y llorando las sorprendió el sol esta mañana; llorando están y enamoradas, y no hay consuelo para ellas.

—Que agoten los encantos de su seduccion; no son hermosas? contestó el califa; porque ya sabes sus juramentos: y ¿á qué proponerles quebrantarlos? Jamas cederian, y en cambio quedaria desairado mi ruego: ellas tienen hechiceros atractivos, y cautivan; que los pongan en juego, bajo tu guarda cautelosa; acaso cuando éstos no hayan sido eficaces, entónces interpondré con ellos los ruegos de mi amistad.

Ómar, sabeis que salió, y convino con Nowara y Cámar la escena terrible de la isleta, que todos conocemos; pero, durante ella, el ojo de Ómar As-saîg vigilaba por el honor de sus hijas; bien es verdad, que la caballerosidad de los mancebos se lo abonaban. Sin embargo de todo esto, Saffar lo ignoraba todo, y áun el mismo Abderrahman.

Cuando Cámil y Tharif salieron con la primera luz del alba de aquel paraíso donde habian sembrado la desesperacion y la muerte, ya habreis entendido que fueron sorprendidos por Aly Fheron, Said Áhmad, Abu Farach y Daud Hayen.

Eran estos cuatro gallardos donceles enamorados de la belleza de Nowara y Cámar, y acostumbraban rondar su palacio y surcar los canales en ligeros esquifes, al són de templados adufes, cantando tristes endechas y apasionadas trovas.

Y habian convenido en respetar la eleccion de las doncellas, cuando las desdeñosas, rendidas por sus continuos favores, y áun más por su asidua constancia, se dignaran entre ellos elegir. Con lo cual eran soberanamente amigos, y así amaban juntos, dándose mutua compañía; porque en aquellos tiempos, con motivo de las perpetuas sublevaciones, estaban llenos de malhechores los campos y las ciudades. De manera, que ellos fueron los que hicieron saber la velada de Cámil y Tharif en los jardines de Ómar As-saîg con lenguas fementidas de murmuracion, que por sólo esto debian estar cortadas; y de esta manera tambien fué como Saffar supo y creyó la deshonra de sus hermanas, llenándose de cólera y de hiel, hasta volar al lugar de la prueba en Cassr An-nâora, á morir ó hacer ver á los dos famosos yemeníes que no impunemente se dejaban en Córdoba manchas oscuras que anublaban el honor.

Cuál fué la suerte del combate, es ya cosa sabida. ¿Pudo resplandecer más clara la verdad? No obstante, si Abderrahman la hubiera ántes conocido, no hubiera permitido la atroz lucha; y á haber llegado á los oidos de Ómar con más precipitacion el escándalo de su honra, le hubiera impedido. Pero qué hacer el califa?

Puesto en punto tan desproporcionado el asunto, tuvo el Amir que ceder sus deseos de influencia respecto á Cámil y Tharif: lo contrario hubiera parecido perfidia, y habia cuatro corazones derramados, los de los cuatro guerreros muertos. Ademas, ¿no habian decretado los hados la muerte de las hermosas entre las hijas de los hombres? Lo que está escrito, há por fuerza de cumplirse. Ellas mismas ¿no supieron su destino en la terrible noche de las sombras, en la cueva espantosa de las mariposas nocturnas? Estaba, pues, escrito por el dedo de Dios. ¡Loado sea, loada sea su voluntad suprema!

Mas la acusacion lanzada en la frente de Cámil y Tharif, aunque al parecer borrada por la prueba, dejaba siempre rastro siniestro de dudas en el pueblo; así, pues, manchaba con deshonor

sus nombres inmaculados, y esta mancha refluia en el califa si siguiera prodigándoles su proteccion régia. Vióse, pues, obligado á desterrarlos con lágrimas en los ojos, áun despues de cerciorado de la verdad: de esta manera, Cámil y Tharif sufrieron el castigo de su orgullo altanero, pues ofrecieron, con juramento propio, pasar doce soles en Córdoba, y no fueron sino ocho, con lo cual aprendieron á no olvidar las palabras que deben preceder á todo ofrecimiento de un buen muslim; pues ninguno debe decir jamas: «yo haré esto mañana,» sin añadir al instante: «si tal es la voluntad de Dios.»

Mas fué grande decision la de su destierro de Cámil y Tharif; pues á su valor debió Abderrahman el exterminio completo de los hafsunitas, y la reduccion de Ronda y la de la Alpujarra; despues de lo cual, cuando Ordoño II, el príncipe de los infieles en Leon, traspasó las fronteras, ellos se pusieron al lado del Amir con dos banderas numerosas compuestas de muchas taifas, y que por sí solas valian más que todas las que en aquella expedicion reunió el Príncipe de los Creyentes.

Y hay que advertir, que ésta fué la más entusiasta de todas las empresas de su vida, por dos razones: la una, porque era la primera del califa que el Imperio habia querido más; y luego, por ser contra los perros malditos que habian asolado con inaudita temeridad las fronteras y los campos, internándose hasta los de Talavera la desgraciada; que no llegaron más acá, por más que la voz de la fama, con los ecos hiperbólicos del miedo de las almas timoratas y pusilánimes, hicieran venir sus huestes atrevidas hasta una jornada de Córdoba, la capital.

Jamas se desplegó más grandeza de batalla: miéntras los preparativos en Córdoba, fué la córte semillero de flechas y de lanzas; y las máquinas ingeniosas que se hicieron, llevaron á todos la admiracion.

Y qué diversos colores en los trajes! Cuando hacian alarde en los campos con sus cascos acerados ceñidos de rojos turbantes; sus armaduras de plata bruñida, resplandeciente como las aguas de un lago heridas por el sol con rayo perpendicular; sus flotantes marlotas de variados matices y sus lanzas alzadas de doble filo,

parecia en sus movimientos un inmenso mar de espejos tunecinos fluyendo y refluyendo en caprichosas oleadas. Y tanto era el estrépito, que, como dijo un poeta, temblaba hasta el horizonte mismo.

Ya marchan los guerreros á la lid! Las hermosas les bendicen y les miran ir con tristeza; ay! cuántos volverán? El alfaquí en la aljama rezó, como es costumbre, la oracion:

«Gloria á Dios, Señor del Universo!

»Su atributo es la misericordia.

»Él es el Rey del Dia del Juicio.

»Adorámoste, Señor, é imploramos tu auxilio.

»Tú nos llevarás por las sendas de los que colmaste de beneficios.

»¡De aquellos que no provocaron tu cólera y se preservaron del error!

»Loado seas, bendito seas, adorado seas!

»Tuya es la gloria, tuyo el poder, tuya la fuerza.

»Mírennos tus ojos en los senderos estrechos y en los lances arduos; llévenos tu mano, y nuestros serán los beneficios para adorarte por toda una eternidad.»

Tal fué la oracion. Las doncellas, en tanto, entonaban cánticos prematuros de triunfo, y sus ecos resonaban en los corazones de los guerreros con aspiraciones de gloria. ¡Es tarea dulce arrojar el laurel adquirido á los piés de la que se ama!

Oh! El poeta que esto escribe, no sueña felicidad más grande!

Todas nuestras aspiraciones, todos nuestros conatos y esfuerzos son dirigidos por el amor con su superior instinto; y es que el amor tiene en sí los gérmenes de la inmortalidad y su secreto deseado. ¡Desgraciado el que no puede trasmitir su nombre á las generaciones futuras por medio de una próspera descendencia! Pasa sobre la tierra sombrío y solitario, tan veloz como un soplo, y sin dejar huella alguna que marque su tránsito arrebatado; como una nave sobre el mar; como un rayo en el espacio; como un grito en la inmensidad.

El alma llena de amor absorbe toda la vida, absorbe la eternidad de los tiempos. Vuelve su vista atras, y recorre conmovido la escala de sus abuelos, arrojando flores de gratitud sobre sus tum-

bas; y de esta manera uno á uno llega hasta el primero de los hombres; y su recuerdo se confunde con el soplo que lo creó y con el Sér superior de donde tomó procedencia, anterior á los siglos, sin principio ni fin, anterior á todo sér, coetáneo sólo de sí mismo, de sí mismo en quien está inscrita la eternidad misma; y ve el hombre la procedencia de los demas hombres igual á la suya, de la misma raíz, como todas las ramas del cedro de un mismo tronco, y siente un cariño fraternal hácia la humanidad entera, de quien es hermano, y esparce su alma en el amor infinito de lo eterno. Y luégo inmerge su pupila en la oscuridad sombría que guarda los tiempos venideros, y ve á la humanidad, que procedió de Dios mismo, marchando de nuevo hácia Dios, como los puntos de un círculo uno en pos de otro sin hallar jamas el fin; y al hombre que salió de la mano de Dios formado de un puñado miserable de deleznable y hediondo fango, aunque lo ennobleció con el soplo divino de su espíritu inmortal, rejuveneciendo su forma material incesantemente, produciéndose eternamente, con la aspiracion constante de la inmortalidad en la perpetuidad de su especie, y repartiendo los átomos de su espíritu inmortal é incorruptible en elementos de nuevas vidas, en los hijos, que al dia siguiente de su desaparicion de sobre la haz de la tierra continuarán con nuevo brio las alabanzas perennes de gratitud y de reconocimiento que cuotidianamente dirigia á su Creador; y se siente conmovido, y dilata su alma en el amor de lo infinito, cuya atmósfera comienza á respirar. Quién, pues, no siente el impulso de la paternidad? Este es el amor. Lo vemos en los elementos de la Naturaleza que se combinan constantemente en nuevas sales; lo vemos en esa inmensa armonía en los espacios por la atraccion fecunda de los mundos; lo vemos en la flor que se deshace en pólen sobre su mismo cáliz; lo vemos en el bruto que reclama con melancólico arrullo el amor de su compañera desde la rama de un árbol, que un débil soplo del céfiro estremece. ¿Quién no siente el impulso de la paternidad? Esta es la ley universal, la ley de la creacion, ley de amor.

Cuál es el móvil de nuestras acciones? Si preguntais á un avaro, que acumula sus riquezas; al guerrero, que expone su existencia,

qué más generosidad! por un átomo de gloria que le hace elevar por un momento sobre los demas hombres; al político sagaz, que socava subterráneamente las gradas del poder que ambiciona; al marino, que hiende las olas en la soledad espantosa del mar y entre sus brumas y tormentas; al químico, que sondea en su apartado laboratorio los simples elementos de la materia; al orador, que atrae la general admiracion por su elocuencia; al poeta, que desde su oscuro rincon sorprende en los rayos de su genio las armonías de lo infinito y de lo celeste; si le preguntais por qué cede al impulso irrefragable de su inclinacion, quizás no encuentre ninguno en su razon palabras con que contestaros: lo ignoran ellos mismos: sienten una cosa superior que los impele, que les dice: *andad;* y *andan:* (esta fué la palabra sublime del más sublime amor, *fiat;* y todo fué armonía del amor); pues bien, el que más, acaso os dará por respuesta la única que tiene toda accion instintiva: ese *porque sí* tan expresivo, que dice el niño áun irreflexivo cuando le preguntan: Por qué quieres á tu madre?

Observad su vida, sin embargo; su deseo es elevarse sobre las esferas vulgares, distinguirse sobre la generalidad: y por qué? y para qué? para deponer toda su popularidad, toda su fama, todas sus ilusiones más queridas á los piés de una mujer, cuyos encantos hicieron palpitar su corazon; de una mujer que, extraña las más veces á las bellas idealidades de su imaginacion y de su instinto, ó les paga con desdenes, ó la enamoran otras prendas, en las cuales ellos jamas pararon mientes por juzgarlas despreciables; una mujer, de quien se aprecia las más veces, como en otra ocasion he dicho, un pequeño pié, una bonita mano, una sonrisa graciosa, una mirada expresiva, una palabra discreta, acaso un bello prendido, un traje elegante, ó la ligereza en el baile, ó el desparpajo en la sociedad; pero, no obstante, una mujer con quien se sueña despues, entre las ilusiones de gloria, las ilusiones lisonjeras de la paternidad. ¿Serán precisos para la felicidad conyugal ese pié, esa mano, esa sonrisa, esa mirada? ¿Son dones necesarios á la maternidad? ¿Será preciso la adulacion, el aplauso, la fama, el laurel para ser un padre cariñoso, sabedor de sus deberes, circunspecto y honrado? No; pero esas gracias son el cebo de la simpatía,

que es el anzuelo en el amor. En la naturaleza inanimada é irracional hay perfumes, suspiros, sonrisas y trinos. ¡Si es la ley de la armonía universal!

Qué agradable es el sueño de la paternidad! Oh, amada mia! vírgen de mis sueños, manojo de rosas y azucenas! si algun dia llego á ser tan venturoso que logro enlazar mi mano con tu mano, y el ángel del amor cierne sobre nuestras frentes confundidas sus alas de placer, tú me darás entónces los aromas de la inmortalidad. Quiéralo Dios, amada mia, capullito entreabierto de azahar! ¿Cuál dicha más grande puedo yo ambicionar? Tu amor y una próspera descendencia: hé aquí mi anhelo para el porvenir! Por eso abandoné los lugares deliciosos donde se meció mi cuna y ensayé mis primeros juegos infantiles; por eso dejé con lágrimas el hogar cariñoso de una anciana madre, á quien idolatro con frenesí, y que me llenaba todos los dias de delicias con sus cuidados; por eso arrostré las eventualidades de mi destino incierto; por eso vivo desterrado y circunscrito á la soledad profunda de mi corazon, sin otro horizonte, ni más luz, ni más ambiente que tu recuerdo; por eso pulso la lira de los poetas; y por eso busco aplauso y gloria, y fama y porvenir, si la indulgencia me acepta los conceptos triviales é incorrectos de un pobre loco enamorado: y los aceptará, porque tú los inspiras, instigando los sentimientos más puros de mi corazon; y los aceptará, porque, inspirándolos tú, tienen que participar de un algo de tu belleza.

Qué sueño más hermoso que el sueño de la paternidad!

Ya parten á la guerra santa los guerreros valerosos; les sigue la bendicion de sus padres y la de sus amadas; y éstas, al partir, así les dicen:

«Ya van los guerreros á la lid: miradlos: ese sol que los alumbra, es el sol que los encaminará á la victoria!

»Y cuántos son! uno, diez, ciento, mil, cien mil; los he contado: pero no; los guerreros son innumerables como las arenas del mar.

»Cuando vuelvan coronados de laurel, nuestro amor acabará su felicidad completa, pues para entónces serán las delicias.

»No llorad por los que mueran: su felicidad será mayor, por-

que sus nombres se repetirán con orgullo por las tribus, y ellos irán al Paraíso, donde los esperan las huríes de ojos verdes y labios de ambrosía.

»Venturosos los que van á la lid!»

---

## III.

### El lago de las hadas.

Conoceis á Medina Ronda?

Ebn Bathutha nos la ha descrito con colores brillantes; pero yo, que he nacido en ella, sé que Ronda es más hermosa.

Él dice que «es Ronda madre de regiones y castillos; tierra bien regada y fértil; una arboleda frondosa; un país de delicias, de siembra y de cria de ganados, que abastecen á la ciudad de toda clase de mantenimientos, así frescos como añejos.»

Á esto añade, «que Ronda es, por sus moradores, ciudad de príncipes y poderosos, de soles y de lunas; ó lo que es lo mismo, que esto es lo que quiere decir el viajero árabe, de apuestos mancebos y de garridas doncellas; y dice tambien, y ay! ¡que no es mentira! que son las mujeres muy seductoras, y que solian vestir con elegantes calzas para cubrir sus delicadas piernas, quedando heridas con su belleza las mejillas de sus amantes, y apasionándose los corazones con el perfume que exhalaban de sus bocas.»

Y otro poeta dijo:

Para el placer de los ojos —es un paraje risueño,
Y un lazo de seducciones —que cautiva al pensamiento,
Y una tela parecida —á nube que se ha deshecho.
Y la bondad de su tierra —es tanta, que en aquel suelo
No faltan siembra tras siembra —con cosechas sin ejemplo,
Por muchos años seguidos —sin que descanse el terreno.
Sus mujeres principales —y las hurís de sus huertos
Sonríen con blancos dientes —como flores que han abierto.
Y su valle es un tejido —y copioso semillero,
De jardines y de arraudhas —de preciosas flores lleno.
Y brotan allí las rosas —entre aquel follaje espeso
Como se extiende el rubor —de una hurí en el rostro bello.

Por lo cual añadió un tercero, encomiándole:

Se parece á una sultana —en lo esbelto de su talle;
Su diadema entre las nubes —con atencion contempladle,
Y á la luna llena entónces —la encontrareis semejante.
Ved el aura lo que dice —cuando viene de sus calles;
Aventaja á las más lindas —con su adorno incomparable,
Y amorosos se le inclinan —los luceros de la tarde.

Tal han dicho poetas y escritores arábigos; y no dijeron más, porque es difícil su descripcion.

Sin embargo, Ronda es la mejor de las regiones; tiene valles profundos y llanuras como mantos extendidos; y en ellas, salpicadas, multitud de almunias y quintas deliciosas, y alquerías rodeadas de florecientes raudhas y frondosas alamedas; pero sus horizontes, muy lejanos, están admirablemente recortados por crestas levantadas entre un cielo tan puro, que parece el arrecife del Paraíso, si no es ya que Ronda misma participa algo de aquellos sitios inmortales y predilectos. ¡Tal es su hermosura, semejante á una vírgen delicada sentada sobre un trono elevado y radiante de esplendores!

Y es así; porque, si contemplais su posicion sobre la roca tajada, más asemeja una sultana reclinada en el calado alfeizar de su agimez pintoresco, contemplando con éxtasis de dulzuras celestiales las sonrisas del rio que corre bajo su planta, que una ciudad asentada sobre cumbres, donde sólo pudieran colocar sus nidos las águilas atrevidas.

Pero qué cielos! Bellos son cuando el sol los inunda con sus rayos; pero es más bello cuando los ángeles asoman á ellos sus miradas como estrellas, tendiendo al aire sus vaporosos velos de zafiros orientales.

Su ambiente es siempre fragante con el hálito de las violetas y del nenúfar.

Pero, á qué más? Es hermosa sobre todas las ciudades hermosas del Andalus.

Y por este tiempo, cuando gobernaba con leyes sabias de paternidad y de justicia el floreciente Imperio el venturoso Amir de los muslimes Abderrahman III (Dios se apiade de él), el de los

ojos azules y cabellos como hilos batidos con primor de oro el más puro, vivia en Ronda un mágico, un sabio en la ciencia oculta de los espíritus incomprensibles y en la nigromancia, y el cual era llamado Ibrahim.

Y de este Ibrahim se contaban maravillas y cosas estupendas en Ronda, y en todos los contornos de Ronda, que ya sabeis que estaban muy poblados, por hallarse en ellos parajes tan deliciosos como *los vergeles* (Arriate) en la campiña, y *el deleitoso* (Farajan) en la montaña; sin otros muchos pueblecitos, asiento de belicosas tribus, como Benaojan, Benadalid, Benahavrí y Benagalbon.

Ibrahim tenía inteligencia y comercio con Eblis, y muchos le vieron, á mitad de las noches de tempestad, cernirse con él sobre las nubes con alas asombrosas de murciélago, y algunos contemplaron su faz al resplandor fugaz de los relámpagos.

Debajo de la ciudad, entre las caprichosas rocas que se abren para dar curso al Guadalevin, de roncos ecos y juguetonas aguas, tenía su morada en una grande cueva que en el tajo se abria, y áun subsiste, y adonde no se llegaba más que por una estrecha senda rodeada de picos inaccesibles ó profundos precipicios, por la cual era difícil caminar, pues por ella era fácil perder el sentido, como los réprobos en el Sirat.

Mas sucedió á las veces, que yendo á buscar los auxilios de su mágico poder algun amante necio desdeñado, perdido el tino, cayó por los hondos abismos, donde la muerte es inevitable; pero él se lanzó en su socorro, y, deteniéndole en medio de sus tumbos arrebatados, le hizo venir con planta firme y segura por picos y peñas que las cabras no pueden dominar.

Allí, por toda compañía tenía las águilas que se albergaban durante la noche, y los buhos durante las horas de la luz; mas era nido tambien aquella cueva de toda clase de insectos y reptiles venenosos.

Con todo esto, y otras muchas cosas más que se sabian y se exageraban, ya veis cómo hablarian de él en la comarca. Su nombre sólo producia espantos, y era el terror de los adolescentes, y áun de los grandes ya en edad.

La primavera habia llegado en pos de las primeras flores del almendro y de las violetas primeras; que unas y otras son sus mensajeras de honor.

«Y los prados sonreian de júbilo con la vuelta de su amada,» como en aquella ocasion cantó en su laúd con estro delicado el inmortal Osyuthi, añadiendo esta casida:

La primavera ha llegado —y sonríe el huerto dulce,
Pues há tiempo que lloraban —sobre su seno las nubes.
Las nubes lluviosas vierten —sus raudales que difunden,
Hasta que sonríen las flores —exhalando sus perfumes.

Y murmullos de aguas, y trinos de pájaros, y suspiros de brisas, y rayos de la luz que alboreaba, y gotas del rocío que crugian, brillando como lluvia de diamantes sobre cálices y hojas, y zumbidos de insectos y mariposas, y ecos del tajo que retumba; toda voz, rumor ó canto, son himnos apasionados de placer.

Ibrahim, aunque viejo y nigromante, habia bajado á orillas del lago á rejuvenecerse en su espíritu con la pureza de la luz y del ambiente, y con la frescura de las aguas y de las plantas.

¡Como que ésta era la mañana en que las aguas se ruborizaron al retratar tan hermosa á la hermosa flor del granado! (9)

Hay un paraje, siguiendo el curso del Guadalevin, donde, saltando el rio en tumbo asaz precipitado por un tajo de alta cerviz, cae en forma de hinchada catarata sobre una inmensa cavidad cubierta por las aguas, rodeada su márgen por todas partes de rocas inaccesibles.

Es éste el *Lago de las Hadas;* y llámase así, porque en él tienen su cueva de caprichosas estalactitas, con paredes de verdes culantrillos, de cada una de cuyas hojas impermeables está pendiente siempre una esplendente gota, que es gérmen fecundo de un diamante.

La catarata que allí ruidosa se despeña en forma de apiñada nube descendente de espumas y de gotas, toma mil colores al contacto de la luz, cuyo amor pudoroso la descompone.

Y yedras eternamente verdes, é higueras bravías que dan fruto

sabroso á las aves que allí llegan, revolotean, saltan y trinan, y cornicabras de aromosos cuernos, y otras muchas plantas de lindas flores y feliz verdura entapizan, sin secarse ni caerse jamas, las altas paredes, dando á las aguas del lago el color verdioscuro del mar cuando está sereno y se enloquece con sus infinitos círculos y ondulaciones.

Mas, por la parte de abajo, nogales gigantescos, olmos de plateadas hojas, piramidales chopos, mimbres y sauces inclinados, adelfas de sonrosada flor, y laureles perfumados de gloria, mastrantos y juncias, que son las alfombras y lechos de las ninfas, forman deliciosos bosquecillos en sus márgenes poco extendidas por el límite que los encumbrados tajos oponen á su desarrollo.

¡Oh qué deleite tan agradable se siente al visitar por la mañana el lugar encantado de *Las Hadas;* superior en seduccion al de Nayerin, «donde las palomas modulan sus arrullos y se estremecen las ramas, y los árboles y el rio baten con suave murmullo sus hojas y sus aguas!» (10)

Sitios amados de eternos recuerdos para mi alma! ¡Riégueos abundante el raudal de mis lágrimas; aunque poco os aprovecharán, si no os regó el cielo con sus copiosas lluvias!

Digo, pues, que Ibrahim llegó á las orillas misteriosas. El brillante resplandor de la aurora esparcida aparecia sobre las cumbres é iluminaba el valle. Así radiará de esplendores, cuando mi hermosa, la que adoran mis entrañas, descienda por *la ladera* asida de mi brazo y descanse en *la peñuela*, para tomar nuevo aliento, hasta que llegue á las orillas del rio donde tantas veces la he cantado. Dios lo quiera!

La mejilla sobre una mano y el codo sobre una piedra entapizada de musgo, así contemplaba Ibrahim meditabundo las sonrisas de las aguas, conmovidas con los besos cariñosos de la brisa de la mañana, y el pudor, por la amapola retratada.

—Ibrahim! oyó de pronto murmurar el mágico; y salia la voz del fondo de la linfa cristalina.

—Ibrahim! con eco sordo retumbó la montaña entre el confuso estruendo de las aguas despeñadas.

—Ibrahim! repitió el eco argentino, miéntras se levantaban

sobre la superficie del lago redondas pompas como fanales trasparentes de cristal.

É Ibrahim, con su ciencia y nigromancia, tuvo miedo; pues, aunque siempre habia deseado ver *Las Hadas* de aquel lago, la proximidad de las cosas anheladas ardientemente hace estremecer con la prevencion y el ánsia.

Ibrahim hubiera huido aterrorizado: ¡tal es la debilidad humana, áun teniendo pactos con el demonio! pero tenía miedo hasta de huir; y de esta manera, ni se atrevió siquiera á mudar de su postura.

—Ibrahim! murmuró por última vez el onda apaciguada.

—Si el temor no me hace soñar falsas imágenes, Ibrahim contestó esta vez al eco, sobreponiéndose á sus mismas fuerzas, ¿quién me llama?

—Somos nosotras, tus compañeras en la soledad.

—Y ¿quiénes sois vosotras, sobre cuyas frentes nunca posé la mirada?

—Las hadas de este lago; los espíritus de las que mueren de amor, que venimos á vagar en las umbrías, miéntras mueren tambien los que fueron objeto especial de nuestro cariño, para que nos dén el suyo en el Paraíso, pues á nuestra vista enloquecerán.

—Sin embargo, yo muchas veces os busqué en el valle, y á orillas de las aguas, cuando el sol moria, y cuando el alba anunciábale en el Oriente, y mis ojos avaros no gozaron jamas vuestra presencia.

—Sí; en verdad que tú nos viste.

—Nunca.

—Todos los dias.

—Jamas. Dios sabe la verdad!

—Pues escucha y te convencerás: la nube que se colora cuando la ilumina el sol, es nuestro manto que flota en el espacio cuando subimos hácia la region de la luz; el campo publica nuestra llegada, vistiéndose con los colores de cada flor, y cada flor no es otra cosa que un átomo de nuestra sonrisa placentera; retumba la montaña á nuestro paso, pero con eco apacible, pues somos nosotras el gérmen de toda armonía terrena, como los ángeles de toda

armonía celestial; el alba, en fin, ¿no se anuncia con nuestras lágrimas de la noche?

—Entónces, sí; yo sentí vuestro espíritu en todas partes, y ansié veros en vuestra presencia inmaterial. ¡Cómo sereis deslumbradoras! Así, así es como os he buscado, y jamas, jamas os pude encontrar. Decidme, pues: ¿cuál será el medio de dar vida á mis pupilas con la luz de vuestras miradas?

—La muerte y el Paraíso.

—Pero yo no quiero morir todavía; áun me ofrecen gustos los dias de mi existencia.

—Pues bien! por Dios te juramos que nadie hará por tí lo que nosotras; pero ha de ser con una sola y precisa condicion.

—Imponed la que querais, y tenga yo la gloria de admiraros.

—Tú tienes un espíritu que te ilumina; por su influencia puedes conseguirlo todo, todo, menos dos misterios: los del cielo, y los de la tumba. ¡Están vedados unos y otros á los mortales y á los espíritus imperfectos!

—Y bien; no es Eblis?

—Tú nos verás en forma humana, tal como existimos en los tiempos.

—Oh! oh! pero esa dicha?....

—Se alcanza con servicios.

—Ordenad, mandad cuanto gusteis, y yo sumiso obedeceré: nada hay difícil en la tierra al espíritu que me auxilia.

—*Condensarás aromas y vapores; les darás, condensados, las formas seductoras de la más hermosa de las vírgenes, superiores á las de las cuatro incomparables de Mahommad, el Profeta de Dios; sus ojos brillarán con el fuego que animó las pupilas de Nowara, no iguales en el mundo, y á muy pocas semejante en el cielo mismo; sus labios sonreirán con la sonrisa de Cámar, que es la sonrisa de las gracias; y su talle y su frente serán un modelo perfecto de belleza. ¿Qué no se podrá sacar de aromas y vapores?*

—Pero no llega á tanto mi poder.

—Eblis te ayudará.

—Y ¿dónde veré yo los ojos de Nowara y las sonrisas de Cá-

mar; Nowara y Cámar, las hijas de Ómar As-saîg, el Sahabalmedina de Córdoba, de cuya muerte han corrido ya noticias de Oriente hasta Occidente por órden expresa del poderoso Amir de los muslimes, el grande, el magnífico, el espléndido Abderrahman? Oh! el que las vió, por fortuna, bien puede llamarse feliz!

—Gozarás de su vista, aunque te embriaguen sus miradas.

—Gócelas yo, y muera despues; porque me cautivó su fama lisonjera.

—Al caer de la luz en tu cueva silenciosa.

—Cogidos tendré los aromas más fragantes de las flores del valle, y encerrados los vapores más puros que hoy el sol levante.

—Hasta el crepúsculo.

—Hasta la tarde.

—Bendice á Dios por tu fortuna.

—Bendito sea eternamente!

Y las pompas se deshicieron, y siguió sonriendo el agua, y estremeciéndose las hojas, y suspirando las aves.

É Ibrahim, con un mundo de ilusiones en su mente, partió hácia su cueva en la montaña, y Eblis, evocado por él, le visitó.

Como la noche fué toda rocío, la mañana fué luégo toda flores entreabiertas y vaporcillos ligeros.

Ibrahim, por lo tanto, hizo un rico acopio.

———

# IV.

## Náma.

—Pasó la luz, y la noche va á extender su manto negro, como las pestañas de la hermosa; mas las estrellas rasgarán su velo para asomar su rostro, como los ojos de la hermosa por entre las pestañas, para que resplandezca la luz.

»Mas las *hadas del lago* no han venido, y los perfumes y los vapores encerrados luchan por romper las redomas donde se les guardan.

»Oh! para cuando las *hadas del lago* lleguen, yo tendré mi cueva iluminada: las luciérnagas darán su fatuo brillo.

»Y ¿qué será la luz tenue que despidan los ojos de las luciérnagas? Acaso almas errantes, desterradas del Paraíso: no; son las sombras de los que dejaron deudas siniestras.

»Cuando mis ojos vean los espíritus de las *hadas*, mi cuerpo se rejuvenecerá: ¡qué radiantes van á alumbrar entónces mis pupilas! como rayos penetrantes.»

Leves ecos resonaron en la cueva, como los de la nube que se acerca á la arboleda. Ibrahim tuvo de nuevo pavor.

Un resplandor sonrosado se fué extendiendo por toda la cavidad; y á poco, una esplendente luz la daba el resplandor del sol en su apogeo.

Ibrahim sintióse reanimado; pero su barba permanecia blanca como la espuma.

Miró en todas direcciones: una ligera nube envolvia todo el ámbito, y asemejaba la gasa trasparente que cubre las mejillas de la desposada honesta.

Mas trasformándose la nube paulatinamente, iba tomando cuerpo y condensándose en dos distintos grupos, de los cuales el uno tomaba los colores suaves del alba, cuando empieza, y el otro los del cielo al medio dia, con que impresionóse el ópalo enamorado. Es decir, que el uno se ponia pálido sonrosado, y el otro azul blanquecino y trasparente.

Á cada momento las formas aparecian más determinadas: así, si al principiar fueron confusas, luégo se hicieron claras, lúcidas, limpias, como un cristal batido por las aguas. Eran dos vírgenes de una belleza angelical, y fuera de la humana.

Ibrahim quedó pasmado: su sueño parecia tan hermosa realidad! no lo creia.

Al levantarse las dos beldades esparcieron la fragancia del loto, semejante á la que trae la brisa de las flores del verjel.

Estas dos beldades éranse los espíritus de Nowara y Cámar, con todos sus hechizos extraordinarios; éranse dos soles de la mañana; «éranse dos lunas de la negra noche; dos gacelas de la soledad; dos ramas del Naca; dos imágenes, en fin, de la hermosura perfecta,» como en vida las llamó un poeta persa.

—Hagamos, dijo Nowara á Ibrahim sin dejarle salir de su estupefaccion, hagamos una vírgen de ojos penetrantes, hermosa como un sueño que se realice.

—Para ello, contestó Ibrahim reponiéndose, aunque mal balbuceando sus palabras, para ello preparé los aromas y el vapor más puro.

—Nosotras la daremos nuestras formas disfrazadas, pero tan hechiceras que fascinen irremediablemente: ay, del que la mire! enloquecerá! Querrá gozar sus caricias, y jamas podrá alcanzarla, pues volará como el torbellino sin descansar jamas. Si alguno llegara á tocar la fimbria de su chilaba vaporosa, ella se disolverá como una nube halagada por el sol; y, cuando esta ilusion desaparezca, la muerte pondrá término á la locura del incauto.

—Así sea, dijo Ibrahim; y colocó sobre el trípode de bronce la redoma de los perfumes, que guardó.

Entónces imprecó la ayuda de su fiel amigo Eblis, con palabras nunca oidas, y de tal manera incomprensibles, que Nowara y Cá-

mar, con ser ya sólo dos espíritus, aunque revestidos de una forma humana ilusoria, Nowara y Cámar no las pudieron descifrar.

Los perfumes se agitaron condensados dentro de la redoma: el mágico asió la de los vapores, y al acercarla, y al poner en contacto sus bocas, que estallaron, un atronante estampido estremeció la cueva, y retumbó en la tortuosa hendidura de la gran montaña, hasta perderse, menguando en el espacio, cada vez con són más hueco y apagado.

La cueva se llenó de deleitosísima fragancia, con el olor inmortal de la ambrosía, y una tenue lluvia de leves gotas empapó el pavimento y refrescó y humedeció la atmósfera.

*Náma*, la vírgen de penetrantes ojos, formada por agradables perfumes y vapor de agua, *Náma* apareció: ¿vísteis ilusion más hermosa?

Sus cabellos eran la noche oscura, y su faz la luna llena;

De gacela su cuello torneado;

Sus ojos, como los de la gacela que caza al leon, enfermos de amor, pero más puros.

Copiosas, como el mar, eran sus gracias; de aquí Náma.

El aroma de su aliento, como un jardin sobre un otero; y la esbeltez de su talle, como una rama que descuella en un collado.

¿Á quién, despues de haber contemplado sus mejillas, agradará el fuego de la anémona, ni la suavidad de la rosa áun en capullo?

Perlas eran sus dientes;

Sus cabellos, como el follaje de la palmera, abandonados;

Los labios, la sonrisa perenne del amor.

Y esta descripcion está tomada de la casida que escuchó Ibrahim, cantada en los aires por voces desconocidas, y que decia así:

Quién formó las negras sombras —del negro de tus cabellos?
Quién de la luz de tus sienes —el resplandeciente velo
Con que aparece la aurora —en sus cabellos soberbios?
Cuando desata los rizos —de ese cabello tan negro
Se torna noche, y oscuro —el dia de más luz lleno.
Mas si descubre su rostro —lanza tan claros reflejos,
Que de Oriente hasta Occidente —ilumina el mundo entero.
Y, como nace la aurora —de la oscuridad saliendo,
Así deslumbra su frente —entre sus rizos espesos.

Ibrahim no salia de uno á otro espanto.

—Es una gacela perseguida; y vedla! trémula, quiere huir hasta de su misma sombra, y le espanta la soledad. Pero no; ni corre, ni huye; revolotea y voltea como una estrella, y como ella parece que aspira á deslumbrar.

—Entónces qué será? volvia á preguntarse.

Mas Náma descubrió su rostro, é Ibrahim murmuró:

—Loco de mí! Es la luna llena que se muestra en mitad de la noche, y ciñe su cuello con un collar de brillantes estrellas. (11)

Náma sacudió sus alas, é Ibrahim desfalleció.

—Me han herido con mis propias armas: cómo me dejé seducir?

Nowara y Cámar habian desaparecido; pero Ibrahim estaba desesperado.

Sus labios pronunciaron palabras siniestras, y Eblis apareció.

—He formado, le dijo Ibrahim, esta vírgen de los perfumes y de los vapores; mas si yo la tocara se disolveria, y muriera luégo en mi desesperacion: tal es su destino! Sus ojos, sin embargo, me cautivan, y tengo el infierno en mi corazon.

—Nuestro poder no alcanza á deshacer lo hecho, Eblis le contestó.

—Cuál será entónces mi esperanza?

—Yo te vengaré.

—Y qué harás para vengarme?

—Mi mision es el odio hácia toda la Creacion desde el momento en que me rebelé. Oh! gozaré en hacer sufrir á los que se tienen por felices en la tierra ántes de haber llegado al límite de sus dias: y esta vírgen será el instrumento de mi crueldad.

—No te comprendo.

—Recorrerá el mundo con pasos incesantes. ¿Qué corazon no turbará con su aspecto cautivador? Ella será tribulaciones por donde pase alucinando, y la desesperacion serán las huellas que deje en su camino.

—¿Olvidas que está formada por la voluntad de dos espíritus superiores á tí, y sujeta á su voluntad?

—Pero yo la daré animacion, la animacion que la falta, con mi espíritu, y tambien me obedecerá.

Su voluntad fué cumplida; y el rayo de su inspiracion brilló en la mirada penetrante de Náma, cada vez más fascinadora.

—Vuela! le dijo entónces; vuela adonde te envien los deseos de tus espíritus creadores; preséntate *al más feliz* por donde pases; y, si él logra aprisionarte, tú serás su dicha en este mundo; su muerte, en cuanto logres escaparte. Eres, pues, la herencia *del más feliz.*

Náma desapareció de la cueva.

Eblis voló al imperio de las sombras y de las llamas; Ibrahim cedió al del sueño, en cuyos brazos se arrojó.

Si más tarde hubiera ido por el *lago de las hadas*, acaso hubiera sorprendido la escena que he de referir, si la mente me ayuda.

Alabado sea el nombre del Señor!

Cuando Náma desapareció de la cueva del mágico, los espíritus de las hadas del lago la reclamaron á su aposento. Ya le conoceis.

Con qué esplendor la recibieron!

Tres asientos de césped estaban tirados en el suelo, y éste alfombrado de musgos y de perlas.

Náma sentóse en medio. Todas las sombras eran fantásticas, pero deslumbradoras; parecian sin embargo evaporarse.

Nowara fué la que habló: Guadalevin áun repite en su curso sus acentos cadenciosos, como los de la música de los ángeles. Yo los he oido.

Hé aquí sus palabras ahora:

—Eres hermosa más que nosotras fuimos en nuestros dias, pues te hemos adornado, y en tí sola se reunen todas nuestras perfecciones, y es ademas tu materia de una sustancia más pura, de fragancia y de vapores. Tu destino, sin embargo, es pasajero. Tal le sucede al arco iris: brilla más hermoso que el sol por sus colores de una tierna suavidad; mas dura ménos que la nube en que cabalga, si se resuelve en lluvia.

»La atmósfera que te ciña será de gloria; y los que luégo te vean moverán su lengua con la alabanza. Cuántos suspirarán por tí!

»Te hemos dado la vitalidad de la planta; nuestro poder no al-

canza á infundirte sentimientos. Y á qué los quieres? Brille en tus labios perenne la sonrisa como en los de la flor.

»Marcha! marcha pues: y allí donde veas los dos más bellos donceles que engendraron entrañas de madre venturosa, allí detén tu vuelo y pon tus asechanzas. Pregunta si son Cámil y Tharif: las brisas te lo dirán; pero, donde quiera que se encuentren, allí estarán cargadas con los ecos de su gloria.

»Porque es tan grande, que se extiende de un confin al otro confin.

»Cámil y Tharif son dos guerreros de la tribu de Himyar.

»Su tienda se alzará majestuosa entre la de los Benu Adhhá y los Benu Abdes-salam, y los Benu Almontazir y los Benu Simac; porque unos y otros, todos ellos, tienen en sus venas la misma sangre de los antiguos reyes de Sanáa, moradores de Gomdan.

»Su estandarte de batalla es rojo; rojos los turbantes, y rojas sus marlotas del color de la sangre.

»Pero sus cascos y corazas son de plata bruñida, y radiantes como un lago tranquilo herido por los rayos perpendiculares del sol.

»En su guarda no habrá centinelas; pues, miéntras ellos duermen, velan su sueño con esmero ángeles del Señor.

»Tales son los desdeñosos, cuya venganza solicitamos: Cámil y Tharif. Ve, Náma, ve, é infunde en sus corazones tribulaciones. Cómo se han de resistir á tu hermosura? Entónces nosotras nos vengaremos.

»No escatimes seduccion ni encanto: anímense sus ojos y mueran.

»¿No morimos nosotras, y era de amor, y de amor por ellos?

»Coja desdenes quien sembró desengaños; coja la muerte quien no quiso dar dulzuras ni áun en la agonía.

»Oh! al que toque la fimbria de tu manto, un abismo se le abrirá á sus piés, y en pos de él la muerte!

»Pero, oh Náma! tus labios que se abulten con la ilusion del beso, hasta llegar dos líneas ántes de sus mejillas. Entónces enloquecerán. Qué más venganza!»

Nowara calló.

Náma alzó su vuelo y desapareció.

La aurora se anunciaba en el Oriente: sólo susurraba el rio.

Ni un ave aún, ni una flor, habian despertado: todo era sombras. Nowara y Cámar se estrecharon con dulzura, lanzáronse al lago sosegado, y el agua las disolvió como dos perlas.

Todo el cielo fué luz, porque la aurora brilló.

---

# V.

## Huestes y tiendas.

Cuántas banderas van al aire desplegadas! qué lujo de colores! cuánta leyenda campea en los escudos! ¡cuánto signo en los pendones! como que son señales para la victoria! Pero ¿quiénes vencerán?

Porque el cristiano tambien hizo sus aprestos, y á fe que fueron gigantescos! Y les siguen muchos valientes que vinieron de lugares apartados á visitar el sepulcro del Señor Sant-Yago, y á demostrar luégo su valor en defensa de la Cruz.

Cazará pues el leon al leon? Se tenderán mutuas asechanzas; pero frente á frente se encontrarán en el camino, y unos y otros, todos á la vez, afilarán sus garras.

Qué asemeja el campo donde se dilatan las tiendas levantadas? Un inmenso rebaño de gacelas en descanso junto á un arroyo.

Pero nó; el movimiento, la agitacion, el entusiasmo, la gritería, el rumor que de todas partes se desprende, le asemejan á un mar conmovido en roncas olas por el soplo pertinaz de los vientos enfurecidos.

¿Cuál es aquella tienda, refulgente con sus vivos colores heridos por el sol de la mañana, que se alza entre las demas tiendas, majestuosa aunque altanera, con reflejos de grandeza?

Maldita sea la lengua de la murmuracion! ¿No sabeis que en ella se alberga el poderoso Amir de los muslimes, el califa del Andalus, el grande, el magnánimo, el espléndido Abderrahman, merecedor de todo privilegio por sus costumbres de magnificencia?

Está su tienda rodeada de otra multitud de las más lujosas: ¡es claro! como que en ellas descansan los chaiques de las tribus, ima-

nes, catibes, xeques, jaquimes, alfaquíes y ulemas, y toda la córte del califa generoso, y los poetas que encomiarán sus glorias, y las sultanas y las favoritas que fraguarán en sus senos su delicia.

No les conoceis? Es un campo dilatado de preciosos colores, y una campiña sembrada de brillantes flores.

Mirad las tiendas: aquella es la de Obeidallah. Éste es el valiente que dirige las máquinas de guerra, las formidables catapultas: ningun muro, por fuerte que haya sido, dejó de ceder á su impulso irresistible; con ellas cayeron las murallas de Zaragoza y las de Toledo, y hasta las de Bobaxtro, en lugar inaccesible, y que eran defendidas por los muwaladíes y los hafsunitas, valientes y feroces, como lobos acorralados.

Luégo la sigue la del arráez Almudhaffar. Es príncipe de la sangre, y su insignia igual á la del Amir de los muslimes; y en sus flámulas campean las mismas leyendas repetidas: «No hay Dios sino Al-láh;—Mahommad es el enviado de Al-láh;—No hay poder ni fuerza sino en Al-láh; y—Sólo Dios es vencedor.»

Pero Almudhaffar gobierna diez mil infantes y cinco mil caballos; quince mil de los bravos, quince mil probados en torneos y en combates.

Junto á la tienda de este príncipe están aparejadas las de las tribus himyaritas, de estirpe régia y de pura sangre; y no falta allí ninguna, pues, como ya lo he dicho, allí se encontraban la tribu de los Adhhá, y la de los Abdessalan; y hasta los Benu Almostasir, raza perenne de alimes ó sábios, y hasta los Benu Simac, familia distinguida por muchos siglos consecutivos entre los jueces ó cadíes. Pero en medio de las suyas se levanta la tienda de Cámil y Tharif, que mandan cada uno cuatro mil toleitanos, oriundos, como ellos mismos, del Yémen, los únicos que llevan las armaduras reales de las falanjes del califa. Y si Cámil y Tharif gobiernan ocho mil entre los dos, los chaiques de las tribus himyaritas, sus hermanos, cuentan cada uno con tres mil; de manera que son veinte mil, veinte mil, los valientes originarios todos del Yémen.

Á estas cinco tiendas hermanas y de banderas iguales, rojas, con estrellas de plata, síguese la tienda de Selim. Le conoceis? Pues yo os contaré sus hechos memorables.

Selim era el primogénito de Yahya, octavo soberano edrisita de Fez. Mas, cuando Selim nació, murió su madre. Su padre, sin embargo, llegó á tener una prole numerosa de las concubinas de su harém.

Y como Selim era el único de real sangre, puesto que Jadicha, su madre, era hija del califa omnipotente de Damasco, sucedió que Selim fué el objeto de todos los cuidados paternales.

Pero ay! ¡cuán mal suelen éstos dirigirse hácia la juventud, cuando en lugar de estimular su desarrollo por el trabajo de los estudios y por los ejercicios de la fuerza, se la debilita, se la enerva, se la afemina ignominiosamente con los placeres prematuros!

Selim á los catorce años tenía un delicioso harém, y en él las más hermosas vírgenes de Oriente y de Occidente en número de tres mil, y ninguna pasaba de trece primaveras cumplidas; aunque habia muchas que no las tocarian ni áun llegando dos estaciones más de flores y sonrisas.

¡Cuántas de estas inocentes vió Selim agostarse en solo un año de una fiebre latente, pero continua!

Selim tambien habia perdido las rosas de sus mejillas; cobró una palidez mortal; negras y bajas ojeras sombreaban sus pupilas lánguidas y desanimadas por el hastío, y una laxitud indolente se habia apoderado de todos sus miembros fatigados y laxos. Nada era ya bastante para excitarlos.

Los médicos más afamados del Universo entero vinieron de los más remotos países á estudiar las causas de su dolencia; pero ninguno acertó con ellas.

Él se moria; se moria de puro fastidio de la vida, y en nada encontraba placer. Viajó del Sur al Septentrion, y nada, nada le distraia; todo eran fiestas en su alrededor, y todo enojo.

Y dicen que una noche soñó, porque era bueno, y sus vicios no procedian de él.

Y entre sus sueños vió ejércitos de paladines, como él demacrados; pero lucharon, y, al ejercitar sus fuerzas, les vió poco á poco rejuvenecer, y desenvolverse y tomar sus rostros, ántes macilentos, la expresion agradable de la felicidad.

Y despertó en su locura; y, llamando á los siervos que le pre-

paraban los címbalos para entretenerle con la música y el canto lascivo, y con las copas de olorosas frutas,—

—Léjos de mí, les gritó con fiereza; léjos de mí la vanidad y el deleite: la más bella de mis ninfas, la cítara mejor templada, el más grato perfume del ámbar y del almizcle quemados en la dorada copa, no bastarán para excitar mi sonrisa en el letargo; pero si me dais un caballo veloz como una ola, y más que una ola impetuoso; si me vestís la pesada armadura del soldado, y bajo del brazo, hoy tan cansado, poneis una lanza de dos filos, mi alma se rejuvenecerá; seré un leon en el combate, y él me dará las fuerzas que he perdido en la molicie.

Y sus siervos se miraron con espanto, y creyeron sus palabras hijas de la demencia y de la fiebre.

—Dios nos proteja! exclamó Almául; y era porque el sultan de Fez, Yahya, les dijo al partir con Selim:

—Ay de vosotros, si Selim muere! Mil cabezas no bastarán para saciar mi cólera en tal desventura. Qué digo mil? ni cien mil. Rios de sangre regarán mi Imperio, y sus gotas evaporadas nublarán al sol mismo en el zenit de su carrera.

—Un caballo! gritaba en tanto el príncipe africano; ¡un caballo y una lanza! Esta es la vida; y ¿me dejareis morir en la inercia que me mata? Ay de vosotros! Morireis ó cumplireis al punto mis mandatos. Un caballo! ¡Un caballo y una lanza, y campo abierto!

Sus servidores huyeron, dejándole encerrado por cautela, creyéndole acometido de un acceso de fiebre, y Selim postróse al fin rendido y con más debilidad.

Y fué opinion de Hamza, otro de los de su servicio, celebrar consejo y determinacion, y ver si al príncipe edrisita convendria lo que pidió; y, aunque los más lo tuvieron por temeridad y locura, luégo, al ver la postracion en que Selim habia caido, se lo concedieron, por no amargarle este gusto, acaso el último ántes de morir.

Mas oh poder admirable de Dios!

Cómo te dejará mi labio de bendecir?

Bendito seas por todas las edades, por toda la eternidad!

Selim, con el ejercicio de las armas, tomó vigor y desenvoltura; sus pupilas brillaron con la alegría de la juventud, y anémonas encarnadas de roja púrpura volvieron á matizar sus mejillas morenas y tostadas por el sol de África.

Y de este modo vino al servicio de Abderrahman, despues que el fanático, ó más bien embaucador Fathimita el Mahdí, logró arrojar del trono de Fez á los de su tribu esclarecida; y con él, bajo su mando, llegaron cuarenta mil africanos, de muchas, muy diversas y muy nobles tribus, los primeros que asentaron la planta segura en el encantado suelo del Andalus. De manera, que ya sabeis: Selim solo contaba cuarenta mil soldados, aunque divididos por el príncipe edrisita entre los ocho generales que le acompañaban, los más esclarecidos de todo el África.

¿Seguiré enumerándoos los que fueron? No; porque fuera entónces interminable: eran tantos, tantos, tantos!

Pero concededme un instante. ¿Veis aquellas tiendas empavesadas de banderas blancas, blancas como el cuello de los cisnes? Son los guerreros oriundos de Damasco, arraigados en Elbira y en Garnatha, defensores de la Alhambra, que en su dia no tendrá semejante como alcázar de deleites y grandezas, y ellos solos forman un ejército de treinta mil.

Y más allá, entre aquel laberinto de banderas de infinitos colores, no veis las verdes? Las verdes, sí; ¡qué gallardas y graciosas ondean! oh recuerdo agradable de la patria! Allí está Ronda; allí la tribu ilustre de los Jázrech, descendientes de aquellos ansares que protegieron la fuga del Profeta. Son de los primeros creyentes; y el jefe de sus taifas lo es Abú Saîd, hijo de Sâad ebn Obeda, hijo de Horetza, hijo de Abi Hazima, hijo de Tsaâbaba, hijo de Tharif, walíes perpetuos de la cora de Tecorona, y retoños fecundos de cuyos frutos saldrán los reyes de Granada, que eclipsarán en grandeza á todos los reyes del mundo.

Diez mil son los caballeros; diez mil, y todos fuertes y briosos! Allí está Ronda. Bendita sea! Ay! donde quiera que esté mi patria, la bendigo. Qué me importan sus desaires? ¿No me dió su luz, su campo, su vida? Espárzase mi alma en su recuerdo! Ella será el objeto de mis canciones, como es la causa de mis desvelos en

mis sueños. Toda armonía que brote del alma, será para mi patria; no la pido que me lo agradezca, porque hacerlo así es mi deber; lo que la ruego es que me escuche, que escuche las bendiciones que la envio. Ella está cierta de la sinceridad de mis afectos, hijos del corazon, no de bastardas aspiraciones.

Amrú, y Abul-Walid, y Abdalláh, y mil y mil capitanes más, se encuentran en el campo. El uno, diestro en el arco y en las flechas; el otro, en la honda de certera puntería; y cada cual, y todos, valientes son por el entusiasmo que les anima.

Qué no hará ejército tan valeroso?

Ya los vísteis. Cien mil, y más de cien mil, un millon; un millon, y todos fuertes, fuertes como una muralla de granito.

Dóblase la montaña combatida por las olas del mar, la montaña gigantesca que desafia á las nubes.

Y qué! ¿hay quién resista las oleadas de un millon, de un millon de guerreros entusiastas?

Ménos numerosos eran aquellos con que se habia subyugado, por las huestes del Profeta, la Persia y el Egipto y el África, regiones inmensas.

Ay! las olas van á estrellarse contra las olas, y el mar se encuentra levantado por vientos continuos, ambos de pujante fuerza.

Si viérais el campamento del Cristiano, temblaríais de pavor. Son tambien muchos! Y ocupan las cumbres, como el águila real; pero las cumbres están cuajadas, y la montaña no puede resistir ya tanto peso sobre sus hombros, aunque son titánicos. Cuando estalle como un volcan oprimido, ¿qué llanura no inundarán los torrentes desbordados de su lava?

Sepultada en sus ruinas quedará la ciudad, y la villa y el aduar modesto del pastor humilde; y segada, áun en flor, la mies, que era esperanza; y las más firmes murallas se desplomarán como montecillos de arena arrastrada por el Semum, ó como al són de las trompetas los muros de Jericó.

Ay! Dios es el Señor de las victorias! Su dedo omnipotente ya las marcó en el libro del destino. ¡Cúmplase, pues, su voluntad soberana!

# VI.

## Sombras de espanto.

Abderrahman está triste, está sombrío.

Qué! No le satisfacen los guerreros que se aprestan á la lid? Acaso no son más que las arenas? Un millon!

Hay mudos presentimientos que acobardan al corazon. Pero esta es condicion de los débiles, y Abderrahman fué siempre magnánimo.

Qué vez no sonrióle la fortuna?

En todo el mundo era proclamado feliz.

Dicen sus historiadores, sin embargo, que en el lecho de la muerte confesó que sólo catorce dias contó en su larga vida de completa felicidad.

Cualquiera lo extrañaria al ver sus nobles empresas.

Él mismo no cantó su poderío? Ved lo que dijo cuando levantó el alcázar esplendoroso de Az-zahrá:

Cuando dejar claro nombre —quieren los reyes ilustres,
Es fuerza que con las lenguas—de las artes lo divulguen.
Por ventura ¿no veis cómo —se conservan en su cumbre
Las pirámides egipcias —que los tiempos no destruyen?
En tanto ¿cuántos imperios —no cedieron al empuje
Del tiempo que los uniera —á sus mil vicisitudes?
Ciertamente un edificio —cuya mole al viento abrume,
Dá manifiestos indicios —del poder del que lo funde.

De esta manera, y con la ayuda de los sabios alarifes, Áhmad El Yumeú, el griego, y Aly ebn Cháffar, el de Alejandría, elevó mezquitas, entre ellas la principal de Córdoba, en donde su jathib Mondzir ebn Saìd explicaba la sagrada lectura y hacía abluciones

y sacrificios; y despues sus alcázares, entre ellos el de la *Flor*, donde recibia caricias de Zahrá y las embajadas tan fastuosas como las del emperador de Grecia y las de Othon de Alemania, las de Hugo y de Cárlos de Francia, y las del Señor de Roma, con otras mil de muchos emperadores y reyes y señores de todo el mundo.

Qué más felicidad! ¿puede aspirar á más un soberano entre los hombres?

Era príncipe de los creyentes, querido de los muslimes, amado de sus pueblos, vencedor de sus enemigos, adulado por el amor de las más hermosas, mimado por la fortuna, cantado por los poetas, ensalzado por los sabios, nieto de ilustres abuelos, padre de hijos esclarecidos. Qué más? despues de éstas, que son todas las dichas de la vida, ¿pudo haber un rastro de tristeza en su semblante?

Pues vedle: en el campo está, y pálido como la muerte.

La noche iba á derramar sus sombras.

La oracion habia concluido: en las tiendas reinaba ya el silencio.

Entónces Abderrahman abandonó la suya: nadie le seguia: iba solitario como un cometa. El rastro que dejaba en pos de sí era el aroma de su grandeza; mas ¿lo pueden respirar almas vulgares?

Abderrahman avanzó por entre las tiendas, que formaban calles, y recorrió todo el campo.

La majestad de su paso era el seguro para con los guardias y centinelas: así, ninguno se opuso á su tránsito.

Mas tanto avanzó el califa, que el campamento perdióse en la oscuridad como una neblina vaga: apénas ya se veia!

Su andar era incierto, su pensamiento confuso; mas el corazon le latia con violencia, y á las veces tuvo que detenerse para respirar.

Luégo llegó á la márgen de un manso arroyo: el rumor de la linfa, al deslizarse, formó eco en su oido, y se detuvo.

Detúvose, y sentóse sobre el césped: sentóse, é inclinó de nuevo su barba sobre el pecho. Áun no habia cesado la agitacion.

De esta manera le sorprendió la media noche.

Las gotas del rocío habian refrescado su frente abrumada: en-

tónces se alzó, y miró al cielo; pero todo con vaguedad é incertidumbre.

Ni una estrella, ni un rayo de luz!

Sólo las nubes; pero nubes oscuras y densas y espantosas; nubes horribles como la boca del antro negro donde Eblis habita con sus legiones aterradoras de espíritus infernales.

—No hay remedio, esclamó. Dios lo quiere! Y ¿expondré yo tanta vida generosa á la derrota inevitable?

»Oh Dios! cómo siente el corazon tan grandes dudas?

»Consultaré con los sabios; pero, Señor, infúndeles tu luz!»

Cualquiera que le hubiera oido, le tendria por loco. ¿Quién pudiera desconfiar del triunfo con ejército tan lozano? Sólo Abderrahman, absorbido en la soledad del corazon, y en la soledad de un campo desierto y de una noche tenebrosa.

No obstante, retrocedió hácia el campo de los reales asentados. El silencio era sepulcral en él; de vez en cuando lo interrumpia sólo la voz de alerta! del centinela que velaba, ó el relinchar de los caballos.

El campamento estaba cuajado de piras encendidas en señal de vigilancia é inteligencia; mas sus llamaradas brillaban como rayos en la oscuridad, y eran las estrellas que faltaban aquella noche en el firmamento, que habian descendido á resplandecer entre las tiendas de Abderrahman.

Cuando tomó la senda, paso á paso, tornó á caer en su meditacion profunda. Ni los relinchos, ni los gritos de los que no dormian y suelen alborotar, y el esplendor de los fuegos, que ondeaban como flámulas encendidas, nada era bastante para sacarle de su melancolía.

Al llegar á su tienda, no cuidó del incógnito con los que la guardaban.

Así, fué general la admiracion, y se alzaron rumores.

Éstos crecieron y se extendieron con grandes proporciones por todo el campo, cuando el poderoso Amir del Imperio musulman del Andalus mandó venir en aquel momento á su presencia á todos los chaiques y jefes, y á sus más leales servidores, á todo, en fin, el que pudo dar útil consejo.

El primero que llegó fué el veterano Almudhaffar; tras él vinieron Obeidallah y Selim, y Adhhá y Salama; Choyux, el feroz, y Annayar el fuerte; el valeroso Fárach y el terrible Alahnâf, y otros mil y mil más; porque, ya lo sabeis, que eran muchos, muchos, más que granos de trigo contiene la preparada troj.

El jathib Mondzir ebn Saîd fué el primero que habló, y dijo:

—En el nombre de Dios! Hablar de su excelsitud, es hablar del Océano: tan grande es! Poderoso Amir, nos has llamado.

—Sentí mi valor desfallecer; un vago presentimiento ha asaltado mi alma, y os he llamado. Vuestro será el consejo, y resolveré.

—Tu mano es liberal como una nube que se resuelve, murmuró el arráez Almudhaffar; por eso te llaman el benéfico y el magnífico; pero más que liberal y munífico é indulgente, tienes el dón de la prudencia, que te hace superior á un anciano de largos años.

—Te saludan por mañana y tarde y noche, exclamó á su vez Salama (éste era de los himyaritas), bocas de bendicion, de prosperidad, de ventura y de cariño. Puedes hablar.

—Ay del que siente tribulaciones! suspiró el califa.

—Tranquilice Dios tus ojos, respondió el jathib: no los embarguen estupor ni sueño sombrío de funesto augurio.

—Ah! porque soñé despierto, por eso fueron mis espantos. Yo ví del monte elevado precipitarse con imponente estruendo la avalancha de las nieves empedernidas; y, ay! no quedaron pinos en la falda, ni álamos ni olmos en la llanura: dobláronse á su embiste como débiles juncos, á pesar de su espesura. Porque abundaban tanto como lanzas en mi ejército de batalla.

—Di, con el Profeta del Señor, prorumpió Mondzir aterrado; dilo, y pacificarás tu corazon trémulo: *Yo me refugio del Señor de la aurora (huyendo) las insidias protervas de las criaturas; y de los males de la negra noche cuando nos sorprenden (desprevenidos); y de la maldad de las que soplan en los nudos y de las asechanzas que puedan proporcionarnos los que nos envidian.*

Todos los circunstantes repitieron con el jathib la sura del sagrado libro, y despues continuó Mondzir.

—Dios es el refugio de la tribulacion.

—Del que confia en Dios, Abderrahman le respondió; del que pide á Dios ayuda, y del que se refugia á Dios, es siempre la victoria y las palmas. Pero en mi ánimo hay ya principios de desconfianza y de duda, y Dios, esto es cierto! Dios castiga más al que desconfia que al que no cree: aquel es más culpable, porque recibió la luz, y continuó ciego por su ignorancia.

—Entónces..... murmuró Choyux sin terminar la frase.

—Ántes que el alba asome, dijo el Amir con tono firme é imperioso de voluntad resuelta y enérgica, las tiendas se batirán, y todos, todos sin excepcion, tomaremos la vuelta á Córdoba, la sultana.

—Si las ramas del ban se inclinan, es sólo para darte acciones de gracia, poderoso y alto Amir, continuó Choyux con respeto; pero crees tú que tus soldados te obedecerán sin murmuracion?

—Dios lo quiere, contestó el califa.

—No lo quiso jamas, dijo Choyux con furia que mal enfrena la dignidad y el respeto; cuantas veces te aproximaste por la mañana á las ciudades de los infieles, ¿no fuiste árbitro por la tarde de la vida de sus moradores, que te abrieron las puertas pidiéndote piedad?

—Talavera! Ay de tí y de tu campo! presa fuiste del gavilan, y no te soltará de su garra, si el águila torna á su nido! Esto dijo Almudhaffar.

Á estas palabras el califa vaciló de su propósito, y se acudió al Concejo; y cada uno habló segun sentia. Cuando todos hubieron hablado, el califa quiso saber la opinion de los dos guerreros yemeníes Cámil y Tharif; pero no se hallaron en la concurrencia.

—Son valientes y no me habrán abandonado, dijo Abderrahman; y un emisario partió hácia sus tiendas á reclamarlos.

Discutióse en tanto, porque eran distintos los pareceres.

Pasaron algunos instantes; fueron éstos de verdadera ansiedad.

El emisario vuelve por fin; pero y Cámil y Tharif? Cámil y Tharif no le acompañaban.

—No estaban dispuestos, y se preparan para venir, dijeron algunos al ver llegar solitario al enviado.

—Son extranjeros y temen dar sus consejos, dijeron otros.

—La tienda la encontré desierta! exclamó el que habia ido; y fué general la admiracion.

—Ahora no habrán ido al palacio de Ómar, dijo un chusco.

—En el palacio de Ómar no hay más que honra, contestóle á éste otro guerrero. Era Saffar.

Pero es lo cierto que Abderrahman palideció aún más, si en su rostro cabia más palidez.

Funesta fué la noticia en la tienda del Amir: todos desde entónces convinieron la retirada, porque decian que la vision del rey y la fuga de Cámil y Tharif no eran indicios de cosa buena; ántes bien anuncios del cielo, y cierta la derrota.

Choyux solo se opuso con tenaz resistencia, y le apoyó con la suya el valiente Almudhaffar, vencedor muchas veces del infiel.

Entónces se convino, con unánime asentimiento, que al romper el dia se batieran tiendas, y, formados los pelotones y las taifas, se escogieran de entre todos cuarenta mil de los más fuertes: el Amir mismo les guiaria á la batalla, y por generales quedarian el arráez Almudhaffar, su tio, el ingenioso Obeidallah, Choyux, el bravo, y el terrible Alahnâf.

La luz del alba se anunciaba en el horizonte, y los chaiques y los jefes partieron á dar las órdenes entre los suyos. Mondzir solo quedó con el califa.

—*Ciertamente*, le dijo, *te hemos abierto una puerta manifiesta para que te perdone Dios por tus pecados pasados y venideros, y te otorgue su gracia cumplida, y te dirija por el camino recto, y te conceda su poderoso auxilio.*

Abderrahman fué repitiendo los versículos éstos de la sura XLVIII del Coran; y, terminados, exclamó:

—Dios sólo es vencedor! Gloria á Él!

---

# VII.

## La Vírgen en los campos.

Pero y Cámil y Tharif? Dónde fueron los caudillos valerosos?

Seguidme: el poeta todo lo sabe y domina la creacion.

¿No le habeis visto á los ecos de su lira sujetar el mar y las tempestades? La nube se sonrosa, vierten los campos sus flores, callan silenciosos los arroyos en apacibles remansos, y los cielos sonríen de deleite cuando oyen su voz entre los acordes de su cítara.

Los ángeles repiten sus acentos hasta en el sétimo cielo, y son sus cantos solemnes los más queridos del Señor.

Ni voz ni eco alguno les sobrepuja; porque la poesía es la palabra de Al-láh; por eso, para el poeta sólo no hay misterios en la creacion.

¿No habeis leido las causas de *la palidez de las estrellas*, el orígen *del rocío*, la creacion de *las perlas, el rumor de las fuentes* y *el destino de las aves*? Qué más podeis apetecer? Y ántes lo ignorábais.

Pero ya alcé mi pensamiento hasta Dios: me inspiré en las fuentes generosas de su infinito saber, y rasgué los velos que ocultaban sus misterios incomprensibles; y el Señor dió dulzuras á mi voz y gratas flores á mi fantasía.

Ésta fué la única herencia del poeta, y la más noble.

Porque, despues de los dias de la creacion, llamó Dios á todos los hombres, hijos del primer hombre, y reuniólos en el dintel del Paraíso.

Y les dijo:—Todo lo que he creado es bueno, y formará vuestras delicias en la tierra: para vosotros pues serán los dones.

Y luégo añadió:—A tí, y se dirigió á uno de ellos, te doy campos y tierras: tú los harás fértiles con tu trabajo, y serás labrador: haz siembras en pos de siembras, y tendrás cosechas en pos de cosechas. Toma una yunta.

Y á otro dijo:—Á tí te doy gacelas y rebaños; los llevarás al monte más floreciente, y se alimentarán de aromáticos tomillos; y te darán leche para nutrirte, y lana para abrigarte. Tú serás pastor.

Y despues á un tercero:—Á tí te doy este cáñamo: le trenzarás y harás una red: tiéndela sobre las aguas, y copiosos peces harán tu cosecha. Tú serás pescador.

Y del mismo modo fué haciendo á cada uno de los demas hombres, á éste comerciante, cazador á aquel; cuál diamantista, para engarzar adornos á las bellas; cuál alarife, para levantar viviendas y murallas para la morada y para la defensa.

Y todos los hombres salieron de allí con su profesion; y para todos hubo las muy suficientes.

Y sucedió, que uno solo se quedó sin ella.

Y dijo al Señor:—Yo nada tengo, y nada me habeis dado!

Y el Señor le contestó:—Ay, venturoso de tí! porque para tí es el más precioso de mis dones soberanos.

Y puso en sus manos una cítara templada por los ángeles, y le dijo: Tú serás poeta, y tu imperio el infinito.

Quién no conoce á Moises? Ese fué el poeta inspirado por Dios, el primero que cantó sobre las cumbres del Sinaí. El desierto se estremeció con la dulzura de su voz, porque Moises cantó la luz y las maravillas de la Creacion.

Ahora bien! ¿qué misterio hay en el Universo reservado para el poeta?

Seguidme; y aunque la noche es lóbrega y aterradora, Cámil y Tharif aparecerán á vuestros ojos, claros, palpables, distintos.

Dormian en el campo sobre el ház de sus laureles adquiridos.

La gloria les circundaba á su alrededor con la brillante aureola de los héroes.

La tranquilidad reinaba en su conciencia, y la esperanza; por esto su respiracion era templada, dulce, serena, como los astros.

Aquel dia tenian andadas luengas parasangas de camino, de

manera que el cansancio aumentaba el desplome de los miembros con el sueño.

Sin embargo, una vírgen no alentará con más dulzura que los dos mancebos generosos.

Y era su aliento, al salir por entre sus labios florecientes, como un céfiro suave al atravesar por el resquicio abierto de dos hojas.

Ni el más leve rumor incomodaba en el contorno: si la brisa suspiraba entre las lonas de la tienda, su quejido se ahogaba sin terminar aún de exhalarlo.

Nada interrumpia, por lo tanto, el silencio ni la soledad.

De pronto, aunque lejano, vago murmullo vibró por los espacios; pero el sueño era pesado, y los héroes yemeníes no pudieron percibir nada.

A poco iba condensándose y tomando cuerpo, y aproximándose hácia el lugar de la tienda.

Y cada vez era mayor el ruido y la confusion; y eran voces siniestras y cási bárbaras de la soldadesca ruda; y cada vez tomaba más incremento la algazara, como el rumor de la ola que arrastra olas en pos de sí.

Y entre el susurrante alboroto que luégo se levantó con insolente liviandad á la puerta misma de la tienda donde Cámil y Tharif dormitaban, pareció escucharse, aunque flébil, lastimero y entre ahogado, pero dulce, locuaz, simpático altamente, el argentino eco de un suspiro lanzado de débil labio; así como entre el bronco són de la tempestad en el mar la oracion del marinero, ó como entre el silbo horrendo del Semum que abrasa el quejido del caminante arrastrado de entre la caravana, ó como el ay! del moribundo entre la fragosa bataola de la batalla encarnizada.

Cámil y Tharif se alzaron despavoridos.

—Qué! dijo Tharif; ¿no ha querido el enemigo esperar la luz?

Y empuñó su alfanje de la Siria. Cámil tomó su ejemplo.

Y ambos campeones salieron.

Qué pasaba en tanto en el campo?

Hé aquí lo que los dos vieron:

Una tumultosa turba cuajaba las avenidas, agitándose en convulsivos movimientos y en todas las direcciones.

Mas, plegado junto al mismo dintel de su benéfica tienda, los ojos de los dos mancebos valerosos tropezaron un fantasma, una ilusion bajo la forma de un sér viviente y animado, pero un sér desconocido.

Y, sin embargo, aunque ésta era la causa del bullicio, y la innoble soldadesca le asediaba, acorralándole como al lobo cogido en lazo, ni uno tan siquiera de los de la chusma osó aproximarse, ni tocar la blanca veste que la cubria, como una nube la faz de la luna en noche de Enero.

Así tambien el turbion de estrellas que la rodean no se atreve jamas á llegar al límite donde comienza la aureola de esplendores que circunda el astro de la noche.

Pero ¿qué sensacion experimentaron con su presencia los guerreros de las llanuras felices y siempre aromadas y verdes del lejano Yémen? Ellos no lo pudieron explicar; mas es lo cierto que Cámil cayó al suelo aletargado con los delirios del éxtasis.

No era dulce deliquio de amor, á pesar de todo; era atraccion, fascinacion, hechizo; y los ojos de la fantasma de la noche, de la vírgen solitaria en el campo, penetraron en su corazon cautivándole, como la mirada de la serpiente sobre la tímida paloma de los valles.

Acaso, como la serpiente, destrozará su corazon?

En un arrobamiento semejante, Mahommad, el escogido de Dios, montó sobre el Borraj, el caballo afamado más negro que una noche oscura, y más veloz que el pensamiento; y guiado por el arcángel de la luz, Gabriel, recorrió con todo despacio todos los siete cielos en que el firmamento se divide; y, lo creereis? á pesar de haber visto tantas cosas, apénas echó el tiempo necesario para cerrar los párpados abriéndolos repentinamente.

Pero esto fué por voluntad del Señor; pues el objeto más pequeño é insignificante que hay que apreciar en cualquiera de esos cielos, necesita indefectiblemente, para ser muy someramente inspeccionado, más tiempo que toda una vida que durara duplicadas siete veces las siete vidas más largas de los siete hombres que más soles hayan disfrutado de existencia en este mundo.

Cuántas maravillas pasaron ante su vista! Su libro, con ser el

más sabio y el mayor que la humana inteligencia ha producido, apénas las puede enumerar; bien es verdad que el Coran cási no es más que un breve extracto de la lectura inmortal y divina grabada en el diamante, código inmenso y eterno de la ley.

Así Cámil tambien vió en su éxtasis de cortos instantes fantasmas y visiones, que nunca se habian presentado á su mente, y sintió su corazon conmovido en fibras desconocidas, y su sien iluminada por el rayo de una luz más pura, de cuyo brillo no habia ni un reflejo, aunque fuese pálido, en su memoria.

Luégo experimentó una languidez suave, como un sueño deleitoso, que discurria por todo su sér, y una vaguedad incierta en su espíritu atribulado, y una idea fija en su imaginacion y en su mente, abrasada ya por el fuego devorador de un volcan.

Despues vió discurrir ante él doncellas encendidas de hermosura, como anémonas junto á una fuente, y doncellas pálidas como azucenas, pero pálidas de amor; y las unas y las otras fijaban en él sus miradas, y las chispas que de sus ojos se desprendian venian á caer sobre su corazon, como candente lava, y era el gérmen de una anhelosa inquietud.

En seguida escuchó armonías nunca oidas y cantos melifluos y argentinos, tan sonoros como las gotas de la mañana cuando caen desde las hojas sobre el cristal de las linfas; y estas músicas y estos cantos aumentaban la laxitud de su cuerpo, la excitacion de su espíritu, y la ansiedad y la agonía.

Y entre la turba de las vaporosas hadas que pasaban delante de él en larga hilera, como ejército alineado, cuáles cantando, cuáles batiendo palmas primorosas; éstas danzando ágiles, versátiles, ligeras; aquellas pulsando laúdes melodiosos y cantando; unas cerniendo perlas con cribas de oro, otras enlazando flores y tejiendo ricas guirnaldas; y todas igualmente bellas, igualmente excitantes y deslumbradoras; y todas igualmente aéreas, fugitivas, por una ilusion de triste recuerdo Cámil vió á Nowara.

Á Nowara, sí; á Nowara con sus ojos como la flor del loto; con su frente espaciosa y altanera y blanca como las cumbres en el Arafat; con su cuello de gacela generosa y su talle de palmera del desierto.

Á Nowara, sí; á Nowara con su flotante cabellera negra como la noche tempestuosa, y su rostro blanco, hermoso y deslumbrante como la luna llena en su apogeo.

Y oyó su voz, que él despreciara, entre los cánticos de las hadas fascinadoras, y le traspasó el corazon, herido de su dulzura.

Y encontró su mirada con la mirada de la vírgen que él habia rechazado en otro tiempo para él de más ventura, y sintióse enardecido con llama que le destruia alucinándole con sus colores.

Y cimbró la ninfa su talle al andar, como el ban sus ramas cuando pasa junto á él el céfiro juguetoncillo; y perdiendo locamente los estribos, y no pudiendo resistir ya más aquel encanto, en su frenesí, en su locura, precipitóse á estrechar la ilusion entre sus brazos, dando un salto hácia ella. Entónces salió de su letargo, y abrió los ojos con espanto.

Mas sólo vió á Tharif con sus brazos extendidos en actitud suplicante, y á Náma, la vírgen de ojos penetrantes formada de vapor y fragantes perfumes, solitaria en el campo como la luna en el cielo; á Náma, próxima á caer desfallecida de amor y embriagada de deseos sobre el seno palpitante del hermano venturoso.

Por lo demas, todo era silencio en torno, y todo el campo dormia descuidado y ajeno de la aventura singular y extraordinaria.

La noche era húmeda y sombría, y el ambiente fatigado.

---

# VIII.

## Nubes deshechas.

Cuando Tharif acudió al dintel de su aposento, movido de la infernal algazara que alzaba inquieta la osada soldadesca, halló á Náma acorralada, como gacela fugitiva, entre la jauría de los lebreles de caza.

Si recordais *el lago de las hadas* y *la cueva del mágico,* ya sabreis quién era Náma, la vírgen formada de vapor purísimo de agua y de gratos perfumes de las flores; y, si no os es infiel vuestra memoria, no ignorareis tampoco cuál fué la suerte á que sus espíritus creadores la destinaron.

Así, pues, esta noche vino á cumplir su mision de venganza desapiadada; y ved aquí que, al atravesar el lato campamento en busca de la tienda donde reposaban Cámil y Tharif, á la cual se dirigia, como dejaba en pos de sí un rastro largo de celestial ambrosía, y como de su frente emanaban rutilantes esplendores, todo era inquietudes y maravillas en su contorno, y alboroto y bullicio, pues lo tomaron á cosa de encantamento.

Y los soldados que despertaban, cediendo á su alucinacion, la seguian, los unos intranquilos y temerosos, y hasta con repugnancia; éstos eran los más pusilánimes, que todo lo abultan; y otros, ya gastados, soeces y provocativos.

De esta manera la encontró Tharif en los campos, y sus generosos impulsos de caballero le inspiraron bien pronto su deber.

Dió al aire su alfanje, prevenido para el acaso, y, tirándose contra ellos con voz de trueno é ímpetu espantoso,

—Ahora vereis, les dijo, cuál es el premio de vuestra cobardía; porque os he de castigar por mi propia mano.

Mas sólo su presencia infundió pavor en la turba; y era que todos sin excepcion tenian respeto y veneracion á los dos hermanos por su fama envidiable y por sus buenas hazañas.

Y como huyeron, y como Cámil áun permanecia desfallecido y rodando por los suelos, Tharif quedó solo frente á frente de su protegida.

Náma no habló palabra alguna; pero su mirada expresó muy á las claras al guerrero afortunado toda la gratitud de que estaba llena la vírgen y todo su contento.

Pero ay! la mirada de los ojos de Náma era un lazo de seduccion, y tendia malas asechanzas!

Tharif no pudo contestarla; quiso adelantar hácia la hermosa, y le flaquearon las piernas, porque le flaqueaba el corazon.

Entónces sintió miedo y fascinacion á un mismo tiempo; y en su amarga cuita queria retroceder hácia su lecho y avanzar hácia la bella que le enloquecia.

Ved aquí lo que dijo entónces cautivado:

—Hermosa; loada seas, porque tu orígen debe ser de lo más puro.

»Yo ví en el huerto la violeta cuyas hojas brillaban con el rocío;

»Era semejante aquella flor á la doncella de ojos azules, cuyos párpados están bañados de lágrimas: así ví á Cámar.

»Era semejante aquella flor á tu pupila en las tribulaciones; pero no; tu pupila es más hermosa, y ahora que está serena es de fuego vivo, y me abrasa las entrañas.

»Mas qué esencia traes contigo? Se respira un perfume deleitoso, como el aliento del Jozamí, [12] y debe ser tu aliento, tu aliento que discurre por el campo. ¿Dónde bebiste, pues, el ámbar y la ambrosía? Pero ya! ellos nacen en tus labios, y le derramas liberal y dadivosa, como la nube sus lluvias: ¡así, vírgen hermosa, así fascinas!

»Tu nombre debe ser Náma *(graciosa)*. Quién lo duda? ¡pues qué! las gracias no animan tu semblante? Loemos á Dios: Él crió á Náma.

»Su talle es esbelto, y se inclina, miradlo, como una ramita del Yrak.

»Por ventura ¿podrán gustar ya las ramas del ban, despues de haber admirado la flexibilidad de su cintura; ni los colores de la camelia africana, despues de haber visto sus mejillas; ni el mismo resplandor de la luna llena, cuando se ha gozado el placer de su mirada? Ya no hay otro encanto para mí.

»Tu aliento es almizcle del más puro y reciente, y rosas de Jericó son tus mejillas; tus dientes, terroncitos de azúcar cristalizada, y negros tus cabellos como la endrina; flores del granado son tus labios, y arrebatan.

»Eres delicias por donde pasas: díganlo las tiendas, pues se estremecieron; se estremecieron á tu tránsito; pero ay! acércate á mí.

»Yo renegué del amor y de sus goces, pero fué ántes de admirar el resplandor de tu pupila que ciega; ademas, tu esencia ¿no es divina? porque, ciertamente, tú me engañas bajo la forma de la mujer que ahora aparentas.

»Oh espíritu inmortal! acércate á mí; mi alma tiene sed de tí.

»Sed tiene de tí, y te busca; te busca como á la mujer á quien ama delirante el hombre enamorado.

»Acércate á mí, y ciñan mis brazos tu cintura, como ciñe la vid amorosamente al olmo á quien enamora: yo te daré mi amor, el amor de un héroe, y te ennobleceré, sobre tus glorias.

—Tharif! gritó con voz tremenda Cámil en este momento á sus espaldas; Cámil, que habia sacudido su letargo; Cámil, que sentia el mismo cautiverio, la misma fascinacion, el mismo infierno dentro de su pecho; Cámil, en cuyas entrañas ardian celos atroces.

—Tharif! repitió; tú lo juraste.

Lo juraste por la montaña;
Lo juraste por el libro santo escrito sobre el pergamino;
Lo juraste por el templo visitado y por la sublime techumbre;
Lo juraste por la venganza del cielo, y ella caerá sobre tí.

—Qué me importan sus iras, si Náma me da su amor? Porque la pasion que en mí se ha fermentado, es ya un infierno irresistible.

Ni súplicas, ni recuerdos, ni amenazas, nada contrariaban la voluntad del doncel apasionado. ¿Era acaso que en los ojos de Cámil ardia la misma llama y le denunciaba?

Tharif no estaba, sin embargo, en la hora de la observacion; cómo! si no podia prevenir el peligro! Porque detras de Náma, ya lo sabemos, estaba la muerte, como detras de un bardo de flores un precipicio, ó como detras de una sonrisa de confianza toda la hiel, todo el veneno de un corazon emponzoñado.

Y avanzaba hácia ella, como el viajero desconocido en el desierto.

Sabeis?

Tiene sed que le devora, y el calor le sofoca; pero el cuerpo está vacío, y ni una gota tiene con que humedecer el labio hinchado.

Entónces tiende la vista por la llanura interminable, y ¿lo creereis? Oh traidores medios del espíritu del mal! ¡Dios le confunda en las tinieblas eternas! Pues bien! El desierto en lontananza le ofrece límpidos lagos de agua cristalina y deslumbrante como la plata bruñida.

Anda y anda el caminante; la senda no tiene fin.

Á la sed y el calor se le reune el cansancio y la fatiga, y desespera.

Las aguas parecen alejarse á su llegada, y desmaya.

Y al fin tiene que rendirse, y la muerte le reclama las más de las veces, dejando en tierra su cuerpo exánime é hinchado hasta la deformidad.

Es igual la mariposa.

La apasiona la luz, la busca; caracolea en torno, como caballo montado por jinete enamorado; la embiste por todos lados con zalamería; mas, cuando se la aproxima, la luz quema sus alas delicadas, y muere despues la mariposa en una larga agonía y en un amargo desengaño.

Tharif avanzaba hácia la vírgen; ya tocaba con su mano las

orlas de su chilaba. El aura que al retroceder esquiva la beldad, se agitaba á su alrededor; embriagaba los sentidos: era el aura del deleite.

Pero hé aquí que en este momento su mano prende una toca.

—Ya la tengo! exclama con frenesí.

—Aparta! grítale Cámil. Y era su manto el que Tharif tenía entre sus manos; porque Cámil habia logrado interponerse entre la vírgen y entre su hermano, ciego con la seduccion.

—Quién eres tú para torcer mi voluntad? dícele Tharif con enojo y enfurecido. Dispon tu acero, y disputaremos su amor. ¡Ay del vencido!

—Á muerte!

—Á muerte! sí; porque te odio.

Dos espadas brillaron en la oscuridad de la noche; así brilla el rayo al rasgar el negro seno de la nube preñada de tempestades.

Dios lo quiso!

Breve fué la lucha, como la muerte de Tharif. Miradle; inerte yace al rayo de ese lucero que se asoma para verle entre las nubes.

La espada fratricida le hirió en el corazon; de él brota la sangre, como el agua y el mercurio de los surtidores en los palacios encantados del magnífico Abderrahman.

—Ya soy feliz! gritó Cámil en la locura salvaje de su bárbaro triunfo.

Y una carcajada espantosa salida de las brumas contestó á esta exclamacion indiscreta, y heló la sangre en las venas del guerrero.

Mas, repuesto un tanto, continuó:

—Ahora la vírgen de las sombras será mia, mia, mia; y no habrá competidor capaz de disputármela.

»Rayo de Dios! y qué hermosa! Grande como su belleza ha de ser el deleite, inextinguible, porque me abraso en el ánsia.»

Y corrió hácia Náma, delirante, como un niño pertinaz corre tras una mariposa que se ampara á las flores del verjel.

Las nubes del cielo iban abriendo sus compactas masas, y el resplandor de la luna penetraba por sus entreabiertos contornos.

Y daba claridad al campamento, que asemejaba una banda de palomas posadas en la llanura.

Mas, en torno de Náma, una ligera neblina habia extendido su manto, y la vírgen formada de vapor de agua y de perfumes agradables parecia levantarse á par de ella con sus alas de mariposa, aunque invisibles.

De esta manera revoloteaba en todas las direcciones con la volubilidad del insecto que representaba, y Cámil la seguia loco en todos sus movimientos.

Los brazos extendidos, la cabeza inclinada hácia la espalda, el pecho palpitante, el paso incierto, y el manto de roja púrpura caido hasta arrastrar. Éste era Cámil.

Á veces Náma descendia hasta llegar al alcance de su mano; Cámil se precipitaba sobre ella, y Náma revolvia con ligereza.

La agitacion del guerrero fratricida era cada vez más sofocante; su pulmon parecia oprimido y respiraba con ánsia, miéntras el corazon luchaba por salir del pecho con la violencia de sus latidos.

Tenía los ojos desencajados y desgarrada la boca.

Qué siniestras eran sus carcajadas en la desesperacion!

Pero luchaba; y ya iba, y ya venía, y ya saltaba; y avanzaba aquí, y allá revolvíase, ya retrocediendo, ya precipitándose de nuevo, pero sin pararse jamas, en agitacion y vértigo continuo.

Una vez la ninfa de virginidad inmaculada bajó; su pié ligero y breve resbaló blandamente sobre el césped húmedo de la noche; su paso lento se adelantó hácia Cámil.

Cámil, inmóvil, la miró venir, y la dejó llegar.

Cuando ya estaba cerca, arrojóse violento sobre ella.

Ah! esta vez triunfó!

Su brazo estrecha fuertemente la cintura elegante y versátil de la diosa fugitiva; sus labios abrasados imprimen un ósculo en la mejilla sonrosada. Cámil triunfó!

Cámil triunfó! Náma es suya! Náma, la vírgen de ojos penetrantes, la vírgen formada por los mágicos con el vapor más puro del rocío y de la fuente, y con el más grato perfume exhalado de la rosa y de la clavellina.

Puede aspirarse á más gloria que á la de Cámil?

Eblis no la concedia *al más feliz?*

Y Cámil no era el más feliz de los mortales?

La luna en este instante hiere de lleno el cadáver de Tharif! Áun estaba abierta la herida; áun brotaba sangre su corazon.

Cámil era feliz? ¿y la sangre derramada de su hermano?

—Vuelve á tu estado primitivo, y formarás nuestro ambiente! gritó una voz en el espacio; y Cámil conoció la voz de Nowara, la hija de Ómar As-saîg, muerta de amor por sus amores; la voz de Nowara, el espíritu creador de Náma, que la reclamaba á su presencia.

Entónces sintió sus brazos vacíos del cuerpo que estrechamente sujetaban, y en su alrededor una agradable frescura y un olor celestial.

Y era que Náma, como ya he dicho, reclamada por sus espíritus creadores, se habia disuelto como una nube, y su esencia se evaporó hácia el cielo en gotas imperceptibles de rocío purísimo y en perfumes deliciosos y agradables.

Quién resiste semejante fascinacion?

Cámil se estremeció.

Tendió los brazos hácia el cielo; fijó en él sus pupilas, que ardian desesperadas; se levantó, hinchado su pecho como una montaña en cuyo seno hierve un volcan que va á romper con furia loca; dió algunos pasos inciertos y vacilantes; hizo un esfuerzo más, y lanzó una horrible carcajada que llenó de espanto la soledad.

Luégo se doblaron sus rodillas enflaquecidas; se conmovió de nuevo su cuerpo por galvánica sacudida, y doblóse como cedro arrancado por el furor del huracan: doblóse, cayendo con estrépito sobre el cuerpo inanimado de Tharif, sobre el cual lanzó el último suspiro.

Dios lo quiso! Loado sea el nombre del Señor!

---

# IX.

## Epílogo.

Cuando el sol apareció en el Oriente, despues de la oracion, los cuarenta mil soldados con que Abderrahman quedó en el campo se prepararon al combate, porque el ejército de los cristianos movíase desasosegado y amenazador.

Á poco se trabó el combate, y fué terrible.

Ordoño II, el monarca leonés, vencedor de Alange, de Mérida y de Talavera, tambien llevó la mejor parte en esta jornada, que presenció el Valle de San Estéban de Gormaz. [13]

Terrible fué la matanza para el Agareno y el Musulman.

Desde los campos de San Estéban hasta Atienza, montes, collados, riscos y bosques, todo el campo quedó sembrado de cadáveres islamitas, como haces tronchadas por vientos impetuosos que extendieron las espigas por el camino y asolaron el pegujar.

Los buenos, de corazon recto, creyeron la causa de la derrota la muerte de Cámil y Tharif, que fué para todos un misterio.

Mas Abderrahman tuvo coraje; y, aunque á poco dió una embestida, para él gloriosa, sobre los cristianos en Mindonia, juró siete veces por la piedra negra perder su real manto y su corona, ó ganarles una victoria como jamas se hubiera leido otra en los fastos.

Para esto vino á ayudarle el ánimo general de los que, habiéndose vuelto desde el campamento sin pelear, estaban descontentos y anhelaban esgrimir sus aceros fatigados y enmohecidos del descanso.

Ordoño, aunque en accion de gracias alzaba un altar digno al Dios de los Ejércitos en Leon, [1] no obstante, no se descuidaba, y así hacía alianzas con su vecino el de Navarra.

Publicóse en Córdoba el alghied ó guerra santa al són de los címbalos de guerra, y Abderrahman el magnánimo, y el valiente veterano Almudhaffar, se pusieron al frente de las taifas.

El *Valle de los Juncos,* allí se dió la batalla; y allí cedió al Musulman sus palmas el Nazareno, y áun le dejó llevarse prisioneros sus obispos de Tuy y de Salamanca, Hermogio y Dulcidio.

Dulcidio, el mismo que años atras, siendo simplemente sacerdote, llevó á Córdoba legados de paz para Mahommad en nombre de su señor Alfonso el Grande.

Abderrahman se envaneció con la victoria, y llevó sus armas hasta el territorio de Afranch, más allá de los Pirineos, porque llegó hasta Tolosa; mas ved aquí que á su vuelta le esperó el Navarro en difíciles desfiladeros de la montaña gigantesca, y allí de nuevo castigó á sus soldados que habian vencido en Jaen y en Elbira, en Zaragoza y en Toledo, y en Mindonia y Valdejunquera.

¿Seguiré enumerando sus hechos de varios sucesos con el feroz y valiente Ramiro II, y con el simpático conde Fernan Gonzalez, monarca sin cetro y sin corona, pero armado de tajante espada?

Esto lo dice la historia.

Omar As-saîg cedió en Córdoba al peso de los años; Saffar fué valiente y generoso, hijo digno de tal padre, y walí de Ixbilia.

En cuanto á los cuerpos de Cámil y Tharif, se les colocó en un lujoso sepulcro junto al de Nowara y Cámar, á la orilla del Guadalquivir, en el jardin donde pasaron la noche memorable de las penas que fueron su muerte; y un poeta escribió sobre su tumba:

Oh sepulcro! en tí se encierra —arrayan y vino puro;
Por lo tanto, oh pasajero! —es feliz este sepulcro.
Á los que aquí dentro yacen, —á Dios soberano plugo
Llevarlos al Paraíso —despues de admirar al mundo.
Leves gotas de rocío —se disipan como el humo;
Mas las plantas que aquí crecen—nunca doblan tallo mustio.

Los últimos dias de Abderrahman, de todos son conocidos.

En ellos se dedicó á la molicie en el alcázar de Medina Azzahrá.

Allí pasaba los dias entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y oyendo cantar los plácidos conceptos de Mozna, su secretaria y esclava.

Allí, los versos perfumados de almizcle de Aixa, la doncella de quien decia Ebn Hayen que era la más honesta, bella y erudita de su siglo, allí, pues, exhalaban su fragancia, con que arrobaban el alma.

Allí recitaba los suyos Safía, hija de Abdalláh, de la misma manera linda y docta poetisa.

Allí, por último, brillaba por sus gracias y agudezas la esclava favorita Noraitedia.

Con ellas, pues, dejaba discurrir las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos que ofrecian mezclados racimos de dátiles, de uvas y de naranjas como pomas de oro.

Dios le conserve en paz!

Bendito sea el nombre del Señor!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

# NOTAS Y ADICIONES.

# NOTAS Y ADICIONES.

Aunque no ignoro que las notas y apéndices son la mayor parte de las veces signos de la pedantería de los autores, más que sencillas aclaraciones para la ilustracion del texto en las obras literarias, sin embargo, he preferido arrostrar ese mal epíteto, que rechaza mi natural franqueza, ántes que dejar oscuros muchos pasajes de mi leyenda.

Infructuosas serian, si en mi obra las alusiones, aunque en un sentido metafórico, las hiciera sobre los dioses y fábulas mitológicas: en España, hasta los niños que van á la escuela saben quiénes son Saturno y Júpiter, cómo nació Vénus de la espuma de los mares, cuál fué la muerte de Píramo y Tisbe, y cuáles fueron los trabajos de Hércules; pero la lozana y brillante literatura de los árabes, hasta ahora nos es cási completamente desconocida.

Bien sabemos lo imperfecto de las obras de Castillo, Casiri y Conde: el Sr. D. Pascual Gayangos, catedrático en el Ateneo de esta córte de la lengua y de la literatura de los árabes, al traducir el texto del historiador Almaccari, lo trasladó al idioma inglés. Las *Inscripciones árabes de Granada*, de D. Emilio Lafuente Alcántara; la *Descripcion del reino de Granada bajo la dominacion de los Naseritas*, y las *Leyendas árabes*, de D. Francisco Javier Simonet; la *Muerte de Yachnadatta*, traduccion literal del sanscrito, por D. Leopoldo Eguilaz; *Las Orientales* de D. Pedro Lahitte y Ricard, y las *Historias de Al-Andalus, por Aben-Adharí de Marruecos*, traducidas por D. Francisco Fernandez y Gonzalez, son las únicas obras de este género que últimamente han visto la luz pública en castellano: pero ¿qué son estos trabajos, comparados con el número infinito

de libros que legó ese pueblo á la posteridad? Y eso que tan ligadas están sus obras con nuestra historia, así como con el orígen de nuestra lengua, de nuestra literatura y de muchas de nuestras costumbres.

En este sentido, los extranjeros saben más que nosotros de la historia de nuestros dominadores de ocho siglos: á ellos, pues, nos es preciso recurrir en nuestras dudas. Afortunadamente, la brillante pléyade de jóvenes orientalistas citados es bastante entusiasta; y, lo que por sus propios esfuerzos no puedan alcanzar, lo conseguirán los que en pos vengan, y que en la actualidad reciben de ellos los primeros conocimientos y la aficion decidida por la literatura de ese pueblo en las Universidades, cuyas cátedras, tan dignamente algunos de aquellos ocupan.

Ahora me importa hacer ciertas otras observaciones y salvedades sobre el espíritu y el desarrollo de mi cuento.

La mayor parte de los personajes que no son esenciales en el argumento, son históricos: con ellos mismos he querido retratar mejor aquellos tiempos, para lo que procuré conservar los rasgos con que la historia árabe nos los presenta. Así comprendo yo que puede entrar en la novela la historia, sin adulterar su esencia, que es la verdad de los hechos; lo contrario es causa de grandes errores, porque los acontecimientos referidos en las obras de imaginacion suelen quedarse impresos en la memoria de la generalidad, por lo maravilloso de que se les reviste, más que los que se aprecian en las de pura instruccion.

Las poesías todas intercaladas en el contexto son traducciones, y yo las he versificado, procurando que no pierdan su espíritu especial. Del mismo modo, en todo el desenvolvimiento de mi plan me he permitido introducir sentencias y versículos alcoránicos, y aprovechar delicadísimos pensamientos y graciosas anécdotas, tomados los unos de los poemas orientales, árabes y sanscritos, y los otros de sus mismas historias.

Al concluir esta aclaracion importante, me es forzoso dejar aquí consignada mi gratitud hácia los Sres. Simonet y Lafuente Alcántara, á quienes debe muchas correcciones mi obra; y al editor Sr. Gil Dorregaray, por el desprendimiento con que se ha brindado á hacerme esta edicion, bajo bases poco comunes por lo generosas.

---

Nota I, *pág*. 13. La casida puesta en labios de Abderrahman III, que es á quien se alude en mi leyenda, es de Abderrahman I, el fundador del Amirato cordobés. Hé aquí su traduccion literal:

I. En medio de la Ar-Rusafa se presentó á nuestra vista una palmera que mora en la tierra de Algarbe, léjos del país de las palmas.

II. Y yo la dije: te asemejas á mí en la peregrinacion y en la ausencia, y tambien en lo largo de la permanencia léjos de mis parientes y de mi familia.

III. Porque has crecido en clima en que eres peregrina; y semejante á tí, en la distancia, tu ausencia ha sido semejante á la mia.

IV. Caigan sobre tí las gotas de la lluvia de la mañana, con lluvia que reparta la humedad y despeje los cielos al regarte.

Conozco várias versificaciones de esta traduccion; pero tan adulteradas, que parece original de los pueblos occidentales: yo mismo, ántes de conocer la poesía primitiva, la arregle de esta manera:

Eres, hermosa palmera, —extranjera en este suelo;
Mas las brisas de Occidente —te acarician en extremo.
Tus raíces por ventura —hallan fecundo terreno,
Y tu copa se levanta —entre sosegados vientos.
¡Si tú sintieras, palmera, —las desdichas que yo siento,
Cómo lloraras conmigo —con llanto que fuera eterno!
No debes temer siquiera —de la fortuna lo adverso,
Que yo solo soy el blanco —donde sus tiros cayeron.
Cuando la suerte enemiga —y el furor de Abbas perverso
Me arrojaron de la patria —por quien lloro con anhelo,
Se regaron con mis lágrimas —las palmeras que crecieron
En la márgen que el Eufrátes—fecundiza con sus besos.
Pero ni aquellas palmeras, —ni el rio que marcha lento,
Conservaron la memoria —de mis penas y mis duelos.
No debes llorar, palmera, —ni debes echar de ménos
De la patria que dejamos —las llanuras ni los vientos.

---

Nota II, *pág.* 14. La traduccion literal de esta poesía es como sigue:

I. La nube llega sobre los prados que, llenos de angustia, se lamentaban por su ausencia.

II. La nube se acerca, los besa, y llorando con ternura, derrama sobre ellos el rocío bienhechor.

III. Y los prados se sonríen de júbilo por la vuelta de su amada.

El pensamiento de esta poesía de Osyuthi me fué siempre tan nuevo y tan simpático, que no pude ménos de ensayar sobre él una de mis pobres composiciones, que dediqué á mis queridos amigos Don José de Sancha y Don Eugenio Lafuente. Sin embargo, yo pulso la lira de Occidente, y mi poesía por lo tanto no puede respirar ese sensualismo, que es el carácter de la oriental; por eso, y para que se pueda formar el cotejo de su diversa tendencia, copio aquí, creyéndolo oportuno, mis

## AMORES DE LAS NUBES Y LOS PRADOS.

Dijo al cielo el mar: «Quien sube
Hasta tí, la gloria gana.»
Y se elevó una mañana
Entre el cendal de una nube.
Y asciende rápida, y vuela:
Sus alas la presta el viento;
Mas no llega al elemento
Donde alcanzar loca anhela.
Párase impotente y mira:
La inmensidad!..... Duda, asombros.
Se echa del viento en los hombros:
Él abrumado suspira.
El prado en flor yerto queda,
Temeroso de su afan:
Ella aclama al huracan,
Y al són de sus silbos rueda.
Muge en sus senos el monte,
Como preñado de lava,
Miéntras con su manto grava
Densa bruma el horizonte.
Y el aire que allí se alienta,
Y el campo todo contágia,
La voz horrenda preságia
De la próxima tormenta.
Quién la sigue? Muerte y sombra!
La pradera, al ver su ultraje,
Mandó á la nube un mensaje
Desde su tendida alfombra.
Llévalo la brisa: sube,
Y ante la nube se planta:
Habla, la hechiza, la encanta,
Y se estremece la nube.
Huyó el huracan y el rayo:
Tanto puede el dulce hechizo!
La nube, en fin, se deshizo
En tiernas gotas de Mayo.
Una y otra flor la toma;
Y de los frescos pensiles
Vuélvenla al cielo en sutiles
Dulces vapores de aroma.
Y vuela al cielo el vapor;
Y en forma así ya más pura
Logra tocar el altura
En las alas del amor.

---

NOTA III, *pág.* 14. El Gomdan.

Con la autorizacion de mi amigo el Sr. D. Francisco Javier Simonet copio á continuacion una ligera noticia sobre este célebre palacio de las historias árabes, que dicho señor escribió segun los datos que le suministraron Caussin de Perceval en su *Histor a de los árabes anteriores al Islamismo,* Noel Des Vergers en su *Arabia*, y Herbelot en su *Biblioteca Oriental.*

«Más famoso todavía (que el de Iram) es el alcázar llamado de *Gomdan*, »cuya fundacion se remonta á una época ya conocida de la historia árabe. »Edificóse, segun la opinion más recibida, por un amir del linaje de los Him»yaritas, antiguos moradores del Yémen, llamado *Xorahbil-Ebn Amr Dzuladzar,* y por otro nombre *Alixrah Yahsob,* que nació por los años 68 ántes de la »Era Cristiana. Pues este Xorahbil, habiendo señoreado el Yémen, quiso fun»dar en Sanâa, córte de sus Estados, un alcázar digno de su grandeza; y »tal le hizo, que la descripcion que de él hallamos en los historiadores árabes, »raya en lo maravilloso. Segun el célebre Cazwini, era el Gomdan un in»menso edificio cuadrado, que ostentaba en cada una de sus fachadas distinto »color; pues una era roja, otra blanca, otra amarilla y otra verde. En medio »de este recinto levantábase el alcázar propiamente llamado así, que constaba »de siete pisos, cada uno de siete codos de alto. El superior era todo de lu»ciente mármol y cubierto por una sola losa de jaspe, llamándose *Iwan,* por»que se miraba abierto por uno de sus frentes, descubriendo las risueñas »vistas de los jardines inmediatos. En los cuatro ángulos de este salon se »veian otras tantas figuras de leones huecos; pero con tal artificio en su in»terior, que, cuando penetraba el aire por sus gargantas, sonaban como si »lanzasen rugidos. La situacion de este alcázar contribuia á hermosearle más »y más; pues se levantaba sobre una colina en medio de Sanâa, dominando »la pintoresca ciudad y sus contornos, copiosos en fuentes, arroyos, bosques »de palmas y otras arboledas. Cuando el Yémen fué conquistado por los abi»sinios, su rey Abraha, que era cristiano, fundó al lado de Gomdan una sun»tuosa iglesia que decoró con gran magnificencia. Este prodigioso palacio »duró en pié algunos siglos, siendo la residencia favorita de los Tobbas y »otros amires del Yémen de la raza de Himyar. Se sabe que, por los años 622 de »Jesucristo, residia en este alcázar el príncipe himyarita *Seif Ebn Dzi Jazan,* »el cual, con ayuda de los persas, habia recobrado por este tiempo el dominio »de Sanâa y de toda la Arabia Feliz, expulsando á los abisinios sus inva»sores. Á esto aluden los versos de Ebn-Alarif, poeta andaluz contemporáneo »y favorito de nuestro célebre Almanzor, el cual, yendo un dia á visitarle »en el sitio de recreo llamado de *Alameria,* que poseia cerca de Córdoba, le »dirigió, entre otros versos, los siguientes:

*La Alameria descuella sobre todos los prodigios de la arquitectura.*
*Y tú resides en ella como Seif en el Gomdan.*

»En este mismo alcázar recibió ostentosamente el amir *Madicarib,* hijo de »Seif, á los diputados de las tribus de la Arabia que acudieron á darle sus parabienes y á ofrecerle sus homenages cuando entró á reinar en el Yé-

»men como tributario de la Persia, restableciendo en aquellas comarcas el »señorío de la antigua casa de Himyar. Famosa es en la historia esta so»lemne audiencia, adonde asistieron varios poetas, recitando panegíricos en »elogio del amir Madicarib, y donde se halló representando á los árabes de la »Meca Abdelmothalib, abuelo de Mahoma. El alcázar de Gomdan, residen»cia largo tiempo de los reyes himyaritas de Sanâa, subsistió hasta media»dos del siglo VIII de nuestra Era, en que fué destruido, juntamente con el »templo cristiano inmediato, por los árabes islamitas de órden del califa »Otzman.»

---

NOTA IV, *pág*. 25. La familia de Barmek, una de las más antiguas de Persia, habia llegado á los más altos honores en la córte de Harun, el cual nombró wisir á Chaffar, y confió el gobierno de las principales provincias á Mahommad y Muza, todos pertenecientes á ella. Pero, cualquiera que fuese el motivo, es lo cierto que convirtió en odio mortal todo su afecto. Cuando Chaffar recibió la órden fatal del califa, de darse él mismo la muerte, dijo al enviado:

—Puede ser que Harun te haya dado esa órden; pero tambien es posible que no estuviese en su cabal juicio. Vuelve, pues, y dile que has ejecutado su mandato, y que mi cabeza está fuera de la tienda. Si se arrepiente, continuaré viviendo; si no, te aguardo á la puerta del divan.

Habiendo entrado Cheser, dijo á Harun *el justo* que habia dejado fuera la cabeza del wisir.

—Tráemela para verla, añadió el califa.

«Reconoce, cantaba por esta causa un poeta persa, en la suerte de los Barmekidas los engañosos favores de los reyes, y teme ser dichoso.»

---

NOTA V, *pág*. 38. Entre las más bellas y originales anécdotas que nos cuentan las historias árabes, siendo esencialmente típicas y características, son preciosísimas las dos que á continuacion trascribo, y á las cuales hago alusion en el texto:

Hásan, hijo de Aly, habíase retirado sinceramente del mundo, y sólo se cuentan de él pruebas de santidad.

Un esclavo, que por casualidad le habia vertido encima agua hirviendo, se prosternó á sus piés repitiendo aquel versículo del Coran.

—El Paraíso es para el que refrena su cólera.

—Pero si yo no estoy colérico, dijo Hásan.

—Y para los que perdonan las ofensas, continuó el esclavo.

—Te perdono la tuya.

—Y para los que devuelven bien por mal.

—Te doy la libertad y cuatrocientas monedas de plata.

La otra, no ménos interesante, se refiere de esta manera:

Quísose en una ocasion saber hasta dónde llegaba la liberalidad de tres xeques de la Meca; para averiguarlo se decidió que un árabe acudiese á ellos suplicante. Llega primero á Abdallah, y le encuentra con el pié en el estribo para emprender un largo viaje. Oye los ruegos del fingido peregrino, y le regala su camello, todos sus muebles y cuatro mil monedas de oro, quedándose sólo con la espada. El suplicante parte en seguida en busca de Cais, y el esclavo de Cais le responde que su señor está durmiendo, pero le ruega que en su nombre acepte siete mil monedas de oro, las únicas que habia en su casa, y una órden para que le entreguen un esclavo y un camello. Cuando Cais despierta, aprueba todo lo hecho por su familiar, y sólo le reprende por no haberle llamado. Por último, el peregrino acude al ciego Arabah, que se adelantaba apoyado en dos esclavos, y quien, al oir su demanda, exclamó:

—Nada tengo ya; pero áun me quedan estos esclavos; tómalos.

Y, buscando á tientas la pared, llegó solo á su desierta habitacion.

---

Nota VI, *pág.* 61. Estos versos son de la bellísima *oriental* del desgraciado poeta Arolas, que lleva por título *El Infiel.*

---

Nota VII, *pág.* 73. Como es preciso acomodarse en ciertos lugares á las creencias de los pueblos árabes, no he podido ménos de dar el nombre de los rios mayores del mundo á los que por tales ellos los tenian. Así, pues, copio para prueba de esta aseveracion un trozo del viaje de Ebn Bathuta, que dice:

«El Nilo, que atraviesa este país (Egipto, pues describe el Cairo), excede

»en mucho á los demas rios por la dulzura de sus aguas, la extension y utilidad de su curso: los otros cuatro (mayores) son: el Eufrates, el Tigris, el »Sina y el Yon. Existen cinco más que puedan compararse con éstos, á saber: el Sindia, llamado el *Penjab* ó *Cinco rios;* el Ganges, adonde van los »indios en peregrinacion, y en el cual arrojan las cenizas de los muertos »cuando son quemados, diciendo que bajan del Paraíso; el rio Yun ó Yumna; »el Athil, en los desiertos de Kipsiak; y el Saro, en la Tartaria, á cuya ori»lla está la ciudad de Kant Balikh (Peking); corre desde aquel lugar al »Kause, y desde aquí á las ciudades de Zaitun en la China.»

---

Nota VIII, *pág.* 74. Dice Ebn Bathuta, en su *Viaje al Oriente,* que, despues de haber visitado el Egipto, se dirigió á las fronteras de la Nubia; pero que no habiendo podido penetrar allí, por los disturbios intestinos que en ella ardian, dió la vuelta bajando por el Nilo, y se dirigió á Gaza, *donde vió los sepulcros de Abraham, Isaac y Jacob, y de sus esposas.* «Todas las personas doctas »que encontró, dice, tenian por cosa averiguada que aquellos patriarcas y »sus mujeres habian sido enterrados allí; sólo los infieles contradicen estas »noticias, trasmitidas por los antiguos y admitidas como ciertas tan gene»ralmente.»

---

Nota IX, *pág.* 102. Esta imágen bellísima es de un poeta árabe; él dice: esta es la traduccion: «El agua del arroyo se ruborizó de vergüenza, porque »ella se miró en la flor del granado.» Los orientales llaman *gullanar* á esta flor, y significa *rosa de fuego*, siendo orígen de muy ingeniosas figuras de sus poesías.

---

Nota X, *pág.* 103. Nayircin ó Niren es el nombre de un valle delicioso en las cercanías de Damasco; y sobre él dijo un poeta estos versos, citados por el historiador Almaccari:

I. Oh! qué placer experimenté cuando visité el lugar ameno del Nayirein por la mañana!

II. Lloraban allí las nubes para que las flores sonrieran.

III. Y arrullaban las palomas, y se movian las ramas agitadas, y la arboleda y el rio batian con suave murmullo sus hojas y sus aguas.

IV. Paraje delicioso: riéguete abundante caudal de mis lágrimas; aunque poco te aprovechará si te niega sus lluvias el cielo.

Este último verso lo tengo intercalado en el texto mio, en la pág. 103.

---

Nota XI, *pág.* 110. En el poema de Antara hay un pasaje que dice así, y del cual el de mi libro es una copia:

«La ví moverse, y dije: es una rama del ban que se estremece al soplo del céfiro.

»Acercóse trémula, y dije: es una gacela asustada que teme por su vida en medio de la soledad.

»Descubrió, en fin, su rostro, y exclamé: es la luna llena que se muestra en mitad de la noche, ceñida con su collar de brillantes estrellas.»

---

Nota XII, *pág.* 134. El célebre Ebn Alfaradhi dice, hablando de un valle ameno: «*Se respira el perfume del Jozamí; quizás sea el dulce aliento de mi amada.*» Este símil, dice el Sr. Simonet, parece imitado del siguiente verso del poeta persa Hafedh ó Hafiz: «*La brisa de la mañana esparce el olor del ámbar; acaso es el aliento de mi amada que discurre por la pradera.*» Yo lo he usado en la segunda poesía de la página 14, aplicada al Faradhi; pero, en realidad, aquella es la traduccion de un pasaje idéntico del libro *Alf-leila-waleila.*

Nota XIII, *pág.* 141. El obispo Sampirs es el narrador de esta batalla, sobre la cual guardan un profundo silencio los historiadores árabes. Él dice que en ella fué tan brillante la batalla de Ordoño II de Leon, que *delevit eos usque ad mingentem ad parietem.* El Monje de Silos no es ménos expresivo, y afirma que desde San Estéban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar á Córdoba la nueva de tan fatal derrota; que grande debió ser, aunque se suponga la asercion de los cronistas algo exagerada.

No fué menor, sin embargo, la rota que hicieron sufrir á los cristianos en revancha de su vencimiento en San Estéban de Gormaz, al encontrarse uno y otro ejército acampados entre Estella y Pamplona, ó más bien entre Muez é Irujo, en un valle que, por estar cubierto de juncos, se llamó Valdejunquera. (921.)

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos (los de Leon, Navarra y el conde de Castilla). Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser más desastrosa para los cristianos, y muy señaladamente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros, con extrañeza general, el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que se sepa qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedicion. Sabemos sí que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habian visitado los países donde habian llegado las armas de sus mayores. De todos modos, al regreso tuvieron ocasion de reconocer su imprudencia; porque, rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera.

Esto dice el Sr. Lafuente de estas dos grandes batallas, las mayores dadas en tiempos de Abderrahman III, segun los datos que han podido darle Murphy, c. 3; Abarca y Moret, en sus historias; y áun el mismo Mariana, que la pinta con su clasicismo característico.

---

Nota XIV, *pág.* 142. La magnífica catedral de Leon debe efectivamente á este hecho su ereccion, siendo, como lo es, una de las más brillantes obras arquitectónicas de aquel siglo, y uno tambien de los mejores templos góticos de España.

FIN.

# ÍNDICE.

## PRIMERA PARTE.—NOWARA Y CÁMAR.


| | | Páginas. |
|---|---|---|
| INTRODUCCION.. | | IX |
| I..... | Soles y lunas. | 11 |
| II.... | No espanta el eco de una tumba?. | 17 |
| III... | Juegos y fiestas. | 23 |
| IV... | Los Benu-Himyar. | 29 |
| V.... | Cassr An-nâora. | 35 |
| VI... | El nido de las palomas.. | 43 |
| VII.. | Penas que matan! | 51 |
| VIII. | La gruta de las mariposas nocturnas. | 61 |
| IX... | La verdad resplandece como la luz.. | 67 |
| X.... | Han muerto las gacelas! | 73 |


## SEGUNDA PARTE.—CÁMIL Y THARIF.


| | | |
|---|---|---|
| INTRODUCCION.. | | 81 |
| I..... | El imperio de Abderrahman. | 83 |
| II.... | Venturosos los que van á la lid! | 89 |
| III... | El lago de las hadas. | 99 |

Páginas.


| | | |
|---|---|---|
| IV... | Náma. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 107 |
| V.... | Huestes y tiendas.. . . . . . . . . . . . . . | 115 |
| VI... | Sombras de espanto.. . . . . . . . . . . . . | 121 |
| VII.. | La vírgen en los campos. . . . . . . . . . . | 127 |
| VIII. | Nubes deshechas. . . . . . . . . . . . . . . | 133 |
| IX... | Epílogo.. . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 141 |


